

# Boletín Oficial del Obispado de Astorga



SEPTIEMBRE - OCTUBRE 2015

NÚMERO 5



# Boletín Oficial del Obispado de Astorga

Edita: OBISPADO DE ASTORGA • Admón.: ADMÓN. GRAL. DEL OBISPADO • Director: JOSÉ FERNÁNDEZ PÉREZ  
Nuevo E-mail: [boletin@diocesisastorga.es](mailto:boletin@diocesisastorga.es) • Teléfono: 987 61 53 50  
Imprime: GRÁFICAS LA COMERCIAL • Dep. Legal LE-425-1971 • AÑO CLXIII • Nº 5 SEPTIEMBRE-OCTUBRE 2015  
Suscripción: 30 Euros al año.

## SUMARIO

### SANTA SEDE

*Papa Francisco*

- Viaje a Cuba y EE.UU.

<i>Videomensaje</i> .....	435
<i>Misa en Santiago de Cuba (Cobre)</i> .....	437
<i>Congreso de los EE.UU.</i> .....	441
<i>Organización de la ONU</i> .....	454
<i>Carta Encuentro Familias</i> .....	466
<i>Misa VIII Encuentro Familias</i> .....	469
<i>Audiencia general sobre el Viaje</i> .....	473
• Espigando en otros Documentos del Viaje .....	478
• Carta Jubileo Misericordia .....	492
• Mensaje del Emigrante .....	497
• Mensaje Enfermos .....	503
• Mensaje Juventud .....	509

### XIV Asamblea Sínodo Obispos sobre la Familia

<i>Misa de Apertura</i> .....	520
<i>Discurso de Clausura</i> .....	526

### OBISPADO:

*Prelado*

- Homilías

<i>Nuevo Párroco de Puerta de Rey</i> .....	534
<i>Virgen de la Encina</i> .....	539

<i>Clausura en Castrotierra</i> .....	542
<i>Hogar 70 (Despedida Religiosas)</i> .....	545
<i>Ordenación Sacerdotal de Carlos</i> .....	549
<i>Missio de los Profesores de Religión</i> .....	554
<i>Virgen del Pilar (G. Civil)</i> .....	557

#### Secretaría General

• Nombramientos Eclesiásticos .....	561
-------------------------------------	-----

#### INFORMACIÓN DIOCESANA:

• Actividades Pastorales del Sr. Obispo.....	564
• Reuniones de Vicarios y Arciprestes .....	567
• Programa Pastoral 2015 - 2016 .....	569
• Hace cien años .....	571
• A modo de editorial: <b>Letanías Lauretanas</b> .....	575
• Sábados de la Misericordia.....	579
• Breves Noticias .....	581

#### VIVEN EN EL SEÑOR

<b>D. José Prieto González</b> .....	584
--------------------------------------	-----

#### BIBLIOGRAFÍA:

<i>Poético balbuceo en honor a Leopoldo Panero</i> .....	586
--	-----

### BOLETÍN OFICIAL DEL OBISPADO

La suscripción anual al Boletín Oficial del Obispado para el 2015 es de **30 Euros**. Se abonan en la Administración General del Obispado.

Se ruega a los suscriptores a quienes no se les pueda descontar, como Casas de Religiosos/as y otros, tengan la bondad de abonar la suscripción, del modo que les resulte más viable, durante los meses de **marzo y abril**.

#### CLÁUSULA DE INFORMACIÓN A SUSCRIPTORES DE PUBLICACIONES

De acuerdo con lo establecido en la Ley Orgánica 15/1999 de Protección de Datos de Carácter Personal, le informamos que sus datos personales serán tratados automatizadamente con la finalidad de remitirle publicaciones del Obispado de Astorga y gestionar su suscripción.

Para el ejercicio de sus derechos de acceso, rectificación, cancelación y oposición deberá dirigirse al responsable del fichero, Obispado de Astorga, en la dirección: C/ del Carmen, 2 - 24700 Astorga (León)

#### PORTADA:

Sagrada Familia, de Murillo

#### CONTRAPORTADA:

Sagrada Familia, de Luigi Filocamo y oración por las familias, del Papa Francisco.

**Videomensaje  
del Santo Padre Francisco  
al pueblo cubano en vísperas  
de su viaje apostólico a Cuba**

*Jueves 17 de septiembre de 2015*

*¡Queridos hermanos!*

Faltan ya pocos días para mi viaje a Cuba. Con este motivo, deseo enviarles un saludo fraterno antes de encontrarnos personalmente. Voy a visitarlos para compartir la fe y la esperanza, para que nos fortalezcamos mutuamente en el seguimiento de Jesús. Me hace mucho bien y me ayuda mucho pensar en su fidelidad al Señor, en el ánimo con que afrontan las dificultades de cada día, en el amor con que se ayudan y sostienen en el camino de la vida. Gracias por ese testimonio tan valioso.

De mi parte, quisiera transmitirles un mensaje muy sencillo, pero pienso que es importante y necesario. Jesús los quiere muchísimo, Jesús los quiere en serio. Él los lleva siempre en el corazón; Él sabe mejor que nadie lo que cada uno necesita,

lo que anhela, cual es su deseo más profundo, cómo es nuestro corazón; y Él no nos abandona nunca y cuando no nos portamos como Él espera, siempre se queda al lado dispuesto a acogernos, a confortarnos, a darnos una nueva esperanza, una nueva oportunidad, una nueva vida. Él nunca se va, Él está siempre ahí.

Sé que se están preparando para esta visita con una oración. Se lo agradezco infinitamente. Necesitamos rezar. Necesitamos la oración. Ese contacto con Jesús y con María. Y me da mucha alegría que siguiendo el consejo de mis hermanos Obispos de Cuba estén repitiendo muchas veces al día esa oración que aprendimos de niños. Sagrado Corazón de Jesús, haz mi corazón semejante al tuyo. Es lindo tener un corazón como el de Jesús para saber amar como Él, perdonar, dar esperanza, acompañar.

Quiero estar entre ustedes como misionero de la misericordia, de la ternura de Dios, pero permítanme que les anime también a que ustedes sean misioneros de ese amor infinito de Dios. Que a nadie le falte el testimonio de nuestra fe, de nuestro amor. Que todo el mundo sepa que Dios siempre perdona, que Dios siempre está al lado nuestro, que Dios nos quiere.

Voy a ir también al Santuario de la Virgen del Cobre como un peregrino más, como un hijo que está deseando llegar a la casa de la Madre. A Ella le confío este viaje y también le confío a todos los cubanos. Y por favor les pido que recen por mí. Que Jesús los bendiga y la Virgen Santa los cuide. Gracias.

## Santa Misa

### Homilía del Santo Padre

*Basilíca menor del Santuario de la Virgen de la Caridad  
del Cobre, Santiago de Cuba*

*Martes 22 de septiembre de 2015*

El Evangelio que escuchamos nos pone de frente al movimiento que genera el Señor cada vez que nos visita: nos saca de casa. Son imágenes que una y otra vez estamos invitados a contemplar. La presencia de Dios en nuestra vida nunca nos deja quietos, siempre nos motiva al movimiento. Cuando **Dios visita, siempre nos saca de casa. Visitados para visitar, encontrados para encontrar, amados para amar.**

Y ahí vemos a María, la primera discípula. Una joven quizás entre 15 y 17 años, que en una aldea de Palestina fue visitada por el Señor anunciándole que sería la madre del Salvador. Lejos de «creérsela» y pensar que todo el pueblo tenía que venir a atenderla o servirla, ella sale de casa y va a servir. Sale a ayudar a su prima Isabel. La alegría que brota de saber que Dios está con nosotros, con nuestro pueblo, despierta el corazón, pone en movimiento nuestras piernas, «nos saca para afuera», nos lleva a compartir la alegría recibida, y compartirla como servicio, como entrega en todas esas situaciones «embarazosas»

que nuestros vecinos o parientes puedan estar viviendo. El Evangelio nos dice que María fue de prisa, paso lento pero constante, pasos que saben adónde van; pasos que no corren para «llegar» rápido o van demasiado despacio como para no «arribar» jamás. Ni agitada ni adormentada, María va con prisa, a acompañar a su prima embarazada en la vejez. María, la primera discípula, visitada ha salido a visitar. Y desde ese primer día ha sido siempre su característica peculiar. Ha sido la mujer que visitó a tantos hombres y mujeres, niños y ancianos, jóvenes. Ha sabido visitar y acompañar en las dramáticas gestaciones de muchos de nuestros pueblos; protegió la lucha de todos los que han sufrido por defender los derechos de sus hijos. Y ahora, ella todavía no deja de traernos la Palabra de Vida, su Hijo nuestro Señor.

Estas tierras también fueron visitadas por su maternal presencia. **La patria cubana nació y creció al calor de la devoción a la Virgen de la Caridad.** «Ella ha dado una forma propia y especial al alma cubana -escribían los Obispos de estas tierras- suscitando los mejores ideales de amor a Dios, a la familia y a la Patria en el corazón de los cubanos».

También lo expresaron vuestros compatriotas cien años atrás, cuando le pedían al Papa Benedicto XV que declarara a la Virgen de la Caridad Patrona de Cuba, y escribieron:

«Ni las desgracias ni las penurias lograron “apagar” la fe y el amor que nuestro pueblo católico profesa a esa Virgen, sino que, en las mayores vicisitudes de la vida, cuando más cercana estaba la muerte o más próxima la desesperación, surgió siempre como luz disipadora de todo peligro, como rocío consolador..., la visión de esa Virgen bendita, cubana por excelencia... porque así la amaron nuestras madres inolvidables, así la bendicen nuestras esposas». Así escribían ellos hace cien años.

En este Santuario, que guarda la memoria del santo Pueblo fiel de Dios que camina en Cuba, María es venerada como Madre de la Caridad. Desde aquí Ella custodia nuestras raíces, nuestra identidad, para que no nos perdamos en caminos de desesperanza. El alma del pueblo cubano, como acabamos de escuchar, fue forjada entre dolores, penurias que no lograron apagar la fe, esa fe que se mantuvo viva gracias a tantas abuelas que siguieron haciendo posible, en lo cotidiano del hogar, la presencia viva de Dios; la presencia del Padre que libera, fortalece, sana, da coraje y que es refugio seguro y signo de nueva resurrección. Abuelas, madres, y tantos otros que con ternura y cariño fueron signos de visitación, como María, de valentía, de fe para sus nietos, en sus familias. Mantuvieron abierta una hendidura pequeña como un grano de mostaza por donde el Espíritu Santo seguía acompañando el palpitar de este pueblo.

Y «cada vez que miramos a María volvemos a creer en lo revolucionario de la ternura y del cariño» (*Evangelii gaudium*, 288).

Generación tras generación, día tras día, estamos invitados a renovar nuestra fe. Estamos invitados a vivir la revolución de la ternura como María, Madre de la Caridad. Estamos invitados a «salir de casa», a tener los ojos y el corazón abierto a los demás. Nuestra revolución pasa por la ternura, por la alegría que se hace siempre proximidad, que se hace siempre compasión –que no es lástima, es padecer con, para liberar– y nos lleva a involucrarnos, para servir, en la vida de los demás. Nuestra fe nos hace salir de casa e ir al encuentro de los otros para compartir gozos y alegrías, esperanzas y frustraciones. Nuestra fe, nos saca de casa para visitar al enfermo, al preso, al que llora y al que sabe también reír con el que ríe, alegrarse con las alegrías de los vecinos. Como María, queremos ser una Iglesia que sirve, que sale de casa, que sale de sus templos,



que sale de sus sacristías, para acompañar la vida, sostener la esperanza, ser signo de unidad de un pueblo noble y digno. Como María, Madre de la Caridad, queremos ser una Iglesia que salga de casa para tender puentes, romper muros, sembrar reconciliación. Como María, queremos ser una Iglesia que sepa acompañar todas las situaciones «embarazosas» de nuestra gente, comprometidos con la vida, la cultura, la sociedad, no borrándonos sino caminando con nuestros hermanos, todos juntos. Todos juntos, sirviendo, ayudando. Todos hijos de Dios, hijos de María, hijos de esta noble tierra cubana.

Éste es nuestro cobre más precioso, ésta es nuestra mayor riqueza y el mejor legado que podemos dejar: como María, aprender a salir de casa por los senderos de la visitación. Y aprender a orar con María porque su oración es memoriosa, agradecida; es el cántico del Pueblo de Dios que camina en la historia. Es la memoria viva de que Dios va en medio nuestro; es memoria perenne de que Dios ha mirado la humildad de su pueblo, ha auxiliado a su siervo como lo había prometido a nuestros padres y a su descendencia para siempre.

# Visita al Congreso de los Estados Unidos de América DISCURSO DEL SANTO PADRE

*Washington D.C.  
Jueves 24 de septiembre de 2015*

*Señor Vicepresidente,  
Señor Presidente,  
Distinguidos Miembros del Congreso,  
Queridos amigos:*

Les agradezco la invitación que me han hecho a que les dirija la palabra en esta sesión conjunta del Congreso en «la tierra de los libres y en la patria de los valientes». Me gustaría pensar que lo han hecho porque también yo soy un hijo de este gran continente, del que todos nosotros hemos recibido tanto y con el que tenemos una responsabilidad común.

Cada hijo o hija de un país tiene una misión, una responsabilidad personal y social. La de ustedes como Miembros del Congreso, por medio de la actividad legislativa, consiste en hacer que este País crezca como Nación. Ustedes son el rostro de su pueblo, sus representantes. Y están llamados a defender y custo-

diar la dignidad de sus conciudadanos en la búsqueda constante y exigente del bien común, pues éste es el principal desvelo de la política. La sociedad política perdura si se plantea, como vocación, satisfacer las necesidades comunes favoreciendo el crecimiento de todos sus miembros, especialmente de los que están en situación de mayor vulnerabilidad o riesgo. La actividad legislativa siempre está basada en la atención al pueblo. A eso han sido invitados, llamados, convocados por las urnas.

Se trata de una tarea que me recuerda la figura de Moisés en una doble perspectiva. Por un lado, el Patriarca y legislador del Pueblo de Israel simboliza la necesidad que tienen los pueblos de mantener la conciencia de unidad por medio de una legislación justa. Por otra parte, la figura de Moisés nos remite directamente a Dios y por lo tanto a la dignidad trascendente del ser humano. Moisés nos ofrece una buena síntesis de su labor: ustedes están invitados a proteger, por medio de la ley, la imagen y semejanza plasmada por Dios en cada rostro.

En esta perspectiva quisiera hoy no sólo dirigirme a ustedes, sino con ustedes y en ustedes a todo el pueblo de los Estados Unidos. Aquí junto con sus Representantes, quisiera tener la oportunidad de dialogar con miles de hombres y mujeres que luchan cada día para trabajar honradamente, para llevar el pan a su casa, para ahorrar y -poco a poco- conseguir una vida mejor para los suyos. Que no se resignan solamente a pagar sus impuestos, sino que -con su servicio silencioso- sostienen la convivencia. Que crean lazos de solidaridad por medio de iniciativas espontáneas pero también a través de organizaciones que buscan paliar el dolor de los más necesitados.

Me gustaría dialogar con tantos abuelos que atesoran la sabiduría forjada por los años e intentan de muchas maneras, espe-

cialmente a través del voluntariado, compartir sus experiencias y conocimientos. Sé que son muchos los que se jubilan pero no se retiran; siguen activos construyendo esta tierra. Me gustaría dialogar con todos esos jóvenes que luchan por sus deseos nobles y altos, que no se dejan atomizar por las ofertas fáciles, que saben enfrentar situaciones difíciles, fruto muchas veces de la inmadurez de los adultos. Con todos ustedes quisiera dialogar y me gustaría hacerlo a partir de la memoria de su pueblo.

Mi visita tiene lugar en un momento en que los hombres y mujeres de buena voluntad conmemoran el aniversario de algunos ilustres norteamericanos. Salvando los vaivenes de la historia y las ambigüedades propias de los seres humanos, con sus muchas diferencias y límites, estos hombres y mujeres apostaron, con trabajo, abnegación y hasta con su propia sangre, por forjar un futuro mejor. Con su vida plasmaron valores fundantes que viven para siempre en el alma de todo el pueblo. Un pueblo con alma puede pasar por muchas encrucijadas, tensiones y conflictos, pero logra siempre encontrar los recursos para salir adelante y hacerlo con dignidad. Estos hombres y mujeres nos aportan una hermenéutica, una manera de ver y analizar la realidad. Honrar su memoria, en medio de los conflictos, nos ayuda a recuperar, en el hoy de cada día, nuestras reservas culturales.

Me limito a mencionar cuatro de estos ciudadanos: Abraham Lincoln, Martin Luther King, Dorothy Day y Thomas Merton.

Estamos en el ciento cincuenta aniversario del asesinato del Presidente Abraham Lincoln, el defensor de la libertad, que ha trabajado incansablemente para que «esta Nación, por la gracia de Dios, tenga una nueva aurora de libertad». Construir un

futuro de libertad exige amor al bien común y colaboración con un espíritu de subsidiaridad y solidaridad.

Todos conocemos y estamos sumamente preocupados por la inquietante situación social y política de nuestro tiempo. El mundo es cada vez más un lugar de conflictos violentos, de odio nocivo, de sangrienta atrocidad, cometida incluso en el nombre de Dios y de la religión. Somos conscientes de que ninguna religión es inmune a diversas formas de aberración individual o de extremismo ideológico. Esto nos urge a estar atentos frente a cualquier tipo de fundamentalismo de índole religiosa o del tipo que fuere. Combatir la violencia perpetrada bajo el nombre de una religión, una ideología, o un sistema económico y, al mismo tiempo, proteger la libertad de las religiones, de las ideas, de las personas requiere un delicado equilibrio en el que tenemos que trabajar. Y, por otra parte, puede generarse una tentación a la que hemos de prestar especial atención: el reduccionismo simplista que divide la realidad en buenos y malos; permítanme usar la expresión: en justos y pecadores. El mundo contemporáneo con sus heridas, que sangran en tantos hermanos nuestros, nos convoca a afrontar todas las polarizaciones que pretenden dividirlo en dos bandos. Sabemos que en el afán de querer liberarnos del enemigo exterior podemos caer en la tentación de ir alimentando el enemigo interior. Copiar el odio y la violencia del tirano y del asesino es la mejor manera de ocupar su lugar. A eso este pueblo dice: No.

Nuestra respuesta, en cambio, es de esperanza y de reconciliación, de paz y de justicia. Se nos pide tener el coraje y usar nuestra inteligencia para resolver las crisis geopolíticas y económicas que abundan hoy. También en el mundo desarrollado las consecuencias de estructuras y acciones injustas aparecen

con mucha evidencia. Nuestro trabajo se centra en devolver la esperanza, corregir las injusticias, mantener la fe en los compromisos, promoviendo así la recuperación de las personas y de los pueblos. Ir hacia delante juntos, en un renovado espíritu de fraternidad y solidaridad, cooperando con entusiasmo al bien común.

El reto que tenemos que afrontar hoy nos pide una renovación del espíritu de colaboración que ha producido tanto bien a lo largo de la historia de los Estados Unidos. La complejidad, la gravedad y la urgencia de tal desafío exige poner en común los recursos y los talentos que poseemos y empeñarnos en sostenernos mutuamente, respetando las diferencias y las convicciones de conciencia.

En estas tierras, las diversas comunidades religiosas han ofrecido una gran ayuda para construir y reforzar la sociedad. Es importante, hoy como en el pasado, que la voz de la fe, que es una voz de fraternidad y de amor, que busca sacar lo mejor de cada persona y de cada sociedad, pueda seguir siendo escuchada. Tal cooperación es un potente instrumento en la lucha por erradicar las nuevas formas mundiales de esclavitud, que son fruto de grandes injusticias que pueden ser superadas sólo con nuevas políticas y consensos sociales.

Apelo aquí a la historia política de los Estados Unidos, donde la democracia está radicada en la mente del Pueblo. Toda actividad política debe servir y promover el bien de la persona humana y estar fundada en el respeto de su dignidad. «Sostenemos como evidentes estas verdades: que todos los hombres son creados iguales; que han sido dotados por el Creador de ciertos derechos inalienables; que entre estos está la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad» (*Declaración de Inde-*

*pendencia*, 4 julio 1776). Si es verdad que la política debe servir a la persona humana, se sigue que no puede ser esclava de la economía y de las finanzas. La política responde a la necesidad imperiosa de convivir para construir juntos el bien común posible, el de una comunidad que resigna intereses particulares para poder compartir, con justicia y paz, sus bienes, sus intereses, su vida social. No subestimo la dificultad que esto conlleva, pero los aliento en este esfuerzo.

En esta sede quiero recordar también la marcha que, cincuenta años atrás, Martin Luther King encabezó desde Selma a Montgomery, en la campaña por realizar el «sueño» de plenos derechos civiles y políticos para los afro-americanos. Su sueño sigue resonando en nuestros corazones. Me alegro de que Estados Unidos siga siendo para muchos la tierra de los «sueños». Sueños que movilizan a la acción, a la participación, al compromiso. Sueños que despiertan lo que de más profundo y auténtico hay en los pueblos.

En los últimos siglos, millones de personas han alcanzado esta tierra persiguiendo el sueño de poder construir su propio futuro en libertad. Nosotros, pertenecientes a este continente, no nos asustamos de los extranjeros, porque muchos de nosotros hace tiempo fuimos extranjeros. Les hablo como hijo de inmigrantes, como muchos de ustedes que son descendientes de inmigrantes. Trágicamente, los derechos de cuantos vivieron aquí mucho antes que nosotros no siempre fueron respetados. A estos pueblos y a sus naciones, desde el corazón de la democracia norteamericana, deseo reafirmarles mi más alta estima y reconocimiento. Aquellos primeros contactos fueron bastantes convulsos y sangrientos, pero es difícil enjuiciar el pasado con los criterios del presente. Sin embargo, cuando el extranjero nos interpela, no podemos cometer los pecados y

los errores del pasado. Debemos elegir la posibilidad de vivir ahora en el mundo más noble y justo posible, mientras formamos las nuevas generaciones, con una educación que no puede dar nunca la espalda a los «vecinos», a todo lo que nos rodea. Construir una nación nos lleva a pensarnos siempre en relación con otros, saliendo de la lógica de enemigo para pasar a la lógica de la recíproca subsidiaridad, dando lo mejor de nosotros. Confío que lo haremos.

Nuestro mundo está afrontando una crisis de refugiados sin precedentes desde los tiempos de la II Guerra Mundial. Lo que representa grandes desafíos y decisiones difíciles de tomar. A lo que se suma, en este continente, las miles de personas que se ven obligadas a viajar hacia el norte en búsqueda de una vida mejor para sí y para sus seres queridos, en un anhelo de vida con mayores oportunidades. ¿Acaso no es lo que nosotros queremos para nuestros hijos? No debemos dejarnos intimidar por los números, más bien mirar a las personas, sus rostros, escuchar sus historias mientras luchamos por asegurarles nuestra mejor respuesta a su situación. Una respuesta que siempre será humana, justa y fraterna. Cuidémonos de una tentación contemporánea: descartar todo lo que moleste. Recordemos la regla de oro: «Hagan ustedes con los demás como quieran que los demás hagan con ustedes» (*Mt* 7,12).

Esta regla nos da un parámetro de acción bien preciso: tratemos a los demás con la misma pasión y compasión con la que queremos ser tratados. Busquemos para los demás las mismas posibilidades que deseamos para nosotros. Acompañemos el crecimiento de los otros como queremos ser acompañados. En definitiva: queremos seguridad, demos seguridad; queremos vida, demos vida; queremos oportunidades, brindemos oportunidades. El parámetro que usemos para los demás será



el parámetro que el tiempo usará con nosotros. La regla de oro nos recuerda la responsabilidad que tenemos de custodiar y defender la vida humana en todas las etapas de su desarrollo.

Esta certeza es la que me ha llevado, desde el principio de mi ministerio, a trabajar en diferentes niveles para solicitar la abolición mundial de la pena de muerte. Estoy convencido que este es el mejor camino, porque cada vida es sagrada, cada persona humana está dotada de una dignidad inalienable y la sociedad sólo puede beneficiarse en la rehabilitación de aquellos que han cometido algún delito. Recientemente, mis hermanos Obispos aquí, en los Estados Unidos, han renovado el llamamiento para la abolición de la pena capital. No sólo me uno con mi apoyo, sino que animo y aliento a cuantos están convencidos de que una pena justa y necesaria nunca debe excluir la dimensión de la esperanza y el objetivo de la rehabilitación.

En estos tiempos en que las cuestiones sociales son tan importantes, no puedo dejar de nombrar a la Sierva de Dios Dorothy Day, fundadora del *Movimiento del trabajador católico*. Su activismo social, su pasión por la justicia y la causa de los oprimidos estaban inspirados en el Evangelio, en su fe y en el ejemplo de los santos.

¡Cuánto se ha progresado, en este sentido, en tantas partes del mundo! ¡Cuánto se viene trabajando en estos primeros años del tercer milenio para sacar a las personas de la extrema pobreza! Sé que comparten mi convicción de que todavía se debe hacer mucho más y que, en momentos de crisis y de dificultad económica, no se puede perder el espíritu de solidaridad internacional. Al mismo tiempo, quiero alentarlos a recordar cuán cercanos a nosotros son hoy los prisioneros

de la trampa de la pobreza. También a estas personas debemos ofrecerles esperanza. La lucha contra la pobreza y el hambre ha de ser combatida constantemente, en sus muchos frentes, especialmente en las causas que las provocan. Sé que gran parte del pueblo norteamericano hoy, como ha sucedido en el pasado, está haciéndole frente a este problema.

No es necesario repetir que parte de este gran trabajo está constituido por la creación y distribución de la riqueza. El justo uso de los recursos naturales, la aplicación de soluciones tecnológicas y la guía del espíritu emprendedor son parte indispensable de una economía que busca ser moderna pero especialmente solidaria y sustentable. «La actividad empresarial, que es una noble vocación orientada a producir riqueza y a mejorar el mundo para todos, puede ser una manera muy fecunda de promover la región donde instala sus emprendimientos, sobre todo si entiende que la creación de puestos de trabajo es parte ineludible de su servicio al bien común» (*Laudato si'*, 129). Y este bien común incluye también la tierra, tema central de la Encíclica que he escrito recientemente para «entrar en diálogo con todos acerca de nuestra casa común» (*ibíd.*, 3). «Necesitamos una conversación que nos una a todos, porque el desafío ambiental que vivimos, y sus raíces humanas, nos interesan y nos impactan a todos» (*ibíd.*, 14).

En *Laudato si'*, aliento el esfuerzo valiente y responsable para «reorientar el rumbo» (N. 61) y para evitar las más grandes consecuencias que surgen del degrado ambiental provocado por la actividad humana. Estoy convencido de que podemos marcar la diferencia y no tengo alguna duda de que los Estados Unidos –y este Congreso– están llamados a tener un papel importante. Ahora es el tiempo de acciones valientes y de estrategias para implementar una «cultura del cuidado» (*ibíd.*,

231) y una «aproximación integral para combatir la pobreza, para devolver la dignidad a los excluidos y simultáneamente para cuidar la naturaleza» (*ibíd.*, 139). La libertad humana es capaz de limitar la técnica (cf. *ibíd.*, 112); de interpelar «nuestra inteligencia para reconocer cómo deberíamos orientar, cultivar y limitar nuestro poder» (*ibíd.*, 78); de poner la técnica al «servicio de otro tipo de progreso más sano, más humano, más social, más integral» (*ibíd.*, 112). Sé y confío que sus excelentes instituciones académicas y de investigación pueden hacer una contribución vital en los próximos años.

Un siglo atrás, al inicio de la Gran Guerra, «masacre inútil», en palabras del Papa Benedicto XV, nace otro gran norteamericano, el monje cisterciense Thomas Merton. Él sigue siendo fuente de inspiración espiritual y guía para muchos. En su autobiografía escribió: «Aunque libre por naturaleza y a imagen de Dios, con todo, y a imagen del mundo al cual había venido, también fui prisionero de mi propia violencia y egoísmo. El mundo era trasunto del infierno, abarrotado de hombres como yo, que le amaban y también le aborrecían. Habían nacido para amarle y, sin embargo, vivían con temor y ansias desesperadas y enfrentadas». Merton fue sobre todo un hombre de oración, un pensador que desafió las certezas de su tiempo y abrió horizontes nuevos para las almas y para la Iglesia; fue también un hombre de diálogo, un promotor de la paz entre pueblos y religiones.

En tal perspectiva de diálogo, deseo reconocer los esfuerzos que se han realizado en los últimos meses y que ayudan a superar las históricas diferencias ligadas a dolorosos episodios del pasado. Es mi deber construir puentes y ayudar lo más posible a que todos los hombres y mujeres puedan hacerlo. Cuando países que han estado en conflicto retoman el camino

del diálogo, que podría haber estado interrumpido por motivos legítimos, se abren nuevos horizontes para todos. Esto ha requerido y requiere coraje, audacia, lo cual no significa falta de responsabilidad. Un buen político es aquel que, teniendo en mente los intereses de todos, toma el momento con un espíritu abierto y pragmático. Un buen político opta siempre por generar procesos más que por ocupar espacios (cf. *Evangelii gaudium*, 222-223).

Igualmente, ser un agente de diálogo y de paz significa estar verdaderamente determinado a atenuar y, en último término, a acabar con los muchos conflictos armados que afligen nuestro mundo. Y sobre esto hemos de ponernos un interrogante: ¿por qué las armas letales son vendidas a aquellos que pretenden infligir un sufrimiento indecible sobre los individuos y la sociedad? Tristemente, la respuesta, que todos conocemos, es simplemente por dinero; un dinero impregnado de sangre, y muchas veces de sangre inocente. Frente al silencio vergonzoso y cómplice, es nuestro deber afrontar el problema y acabar con el tráfico de armas.

Tres hijos y una hija de esta tierra, cuatro personas, cuatro sueños: Abraham Lincoln, la libertad; Martin Luther King, una libertad que se vive en la pluralidad y la no exclusión; Dorothy Day, la justicia social y los derechos de las personas; y Thomas Merton, la capacidad de diálogo y la apertura a Dios.

Cuatro representantes del pueblo norteamericano.

Terminaré mi visita a su País en Filadelfia, donde participaré en el Encuentro Mundial de las Familias. He querido que en todo este Viaje Apostólico la familia fuese un tema recurrente. Cuán fundamental ha sido la familia en la construcción de este País. Y cuán digna sigue siendo de nuestro apoyo y alien-

to. No puedo esconder mi preocupación por la familia, que está amenazada, quizás como nunca, desde el interior y desde el exterior. Las relaciones fundamentales son puestas en duda, como el mismo fundamento del matrimonio y de la familia. No puedo más que confirmar no sólo la importancia, sino por sobre todo, la riqueza y la belleza de vivir en familia.

De modo particular quisiera llamar su atención sobre aquellos componentes de la familia que parecen ser los más vulnerables, es decir, los jóvenes. Muchos tienen delante un futuro lleno de innumerables posibilidades, muchos otros parecen desorientados y sin sentido, prisioneros en un laberinto de violencia, de abuso y desesperación. Sus problemas son nuestros problemas. No nos es posible eludirlos. Hay que afrontarlos juntos, hablar y buscar soluciones más allá del simple tratamiento nominal de las cuestiones. Aun a riesgo de simplificar, podríamos decir que existe una cultura tal que empuja a muchos jóvenes a no poder formar una familia porque están privados de oportunidades de futuro. Sin embargo, esa misma cultura concede a muchos otros, por el contrario, tantas oportunidades, que también ellos se ven disuadidos de formar una familia.

Una Nación es considerada grande cuando defiende la libertad, como hizo Abraham Lincoln; cuando genera una cultura que permita a sus hombres «soñar» con plenitud de derechos para sus hermanos y hermanas, como intentó hacer Martin Luther King; cuando lucha por la justicia y la causa de los oprimidos, como hizo Dorothy Day en su incesante trabajo; siendo fruto de una fe que se hace diálogo y siembra paz, al estilo contemplativo de Merton.

Me he animado a esbozar algunas de las riquezas de su patrimonio cultural, del alma de su pueblo. Me gustaría que esta

alma siga tomando forma y crezca, para que los jóvenes puedan heredar y vivir en una tierra que ha permitido a muchos soñar. Que Dios bendiga a América.

**Palabras improvisadas por el Papa en al terraza del Congreso**

Buenos días a todos Ustedes. Les agradezco su acogida y su presencia. Agradezco los personajes más importantes que hay aquí: los niños. Quiero pedirle a Dios que los bendiga. Señor, Padre nuestro de todos, bendice a este pueblo, bendice a cada uno de ellos, bendice a sus familias, dales lo que más necesiten. Y les pido, por favor, a Ustedes, que recen por mí. Y, si entre ustedes hay algunos que no creen, o no pueden rezar, les pido, por favor, que me deseen cosas buenas. Thank you. Thank you very much. And God bless America.

# Visita a la Organización de las Naciones Unidas

## DISCURSO DEL SANTO PADRE

*Nueva York  
Viernes 25 de septiembre de 2015*

*Señor Presidente,  
Señoras y Señores: Buenos días.*

Una vez más, siguiendo una tradición de la que me siento honrado, el Secretario General de las Naciones Unidas ha invitado al Papa a dirigirse a esta honorable Asamblea de las Naciones. En nombre propio y en el de toda la comunidad católica, Señor Ban Ki-moon, quiero expresarle el más sincero y cordial agradecimiento. Agradezco también sus amables palabras. Saludo asimismo a los Jefes de Estado y de Gobierno aquí presentes, a los Embajadores, diplomáticos y funcionarios políticos y técnicos que les acompañan, al personal de las Naciones Unidas empeñado en esta 70a Sesión de la Asamblea General, al personal de todos los programas y agencias de la familia de la ONU, y a todos los que de un modo u otro participan de esta reunión. Por medio de ustedes saludo también a los ciudadanos de todas las naciones representadas en este encuentro. Gracias por los esfuerzos de todos y de cada uno en bien de la humanidad.

Esta es la quinta vez que un Papa visita las Naciones Unidas. Lo hicieron mis predecesores Pablo VI en 1965, Juan Pablo II en 1979 y 1995 y, mi más reciente predecesor, hoy el Papa emérito Benedicto XVI, en 2008. Todos ellos no ahorraron expresiones de reconocimiento para la Organización, considerándola la respuesta jurídica y política adecuada al momento histórico, caracterizado por la superación tecnológica de las distancias y fronteras y, aparentemente, de cualquier límite natural a la afirmación del poder. Una respuesta imprescindible ya que el poder tecnológico, en manos de ideologías nacionalistas o falsamente universalistas, es capaz de producir tremendas atrocidades. No puedo menos que asociarme al aprecio de mis predecesores, reafirmando la importancia que la Iglesia Católica concede a esta institución y las esperanzas que pone en sus actividades.

La historia de la comunidad organizada de los Estados, representada por las Naciones Unidas, que festeja en estos días su 70 aniversario, es una historia de importantes éxitos comunes, en un período de inusitada aceleración de los acontecimientos. Sin pretensión de exhaustividad, se puede mencionar la codificación y el desarrollo del derecho internacional, la construcción de la normativa internacional de derechos humanos, el perfeccionamiento del derecho humanitario, la solución de muchos conflictos y operaciones de paz y reconciliación, y tantos otros logros en todos los campos de la proyección internacional del quehacer humano. Todas estas realizaciones son luces que contrastan la oscuridad del desorden causado por las ambiciones descontroladas y por los egoísmos colectivos. Es cierto que aún son muchos los graves problemas no resueltos, pero también es evidente que, si hubiera faltado toda esta actividad internacional, la humanidad podría no haber sobrevivido al uso descontrolado de sus propias potencialidades. Cada uno de estos progresos políticos, jurídicos y técnicos son un camino de concreción del ideal de la fraternidad humana y un medio para su mayor realización.



Rindo pues homenaje a todos los hombres y mujeres que han servido leal y sacrificadamente a toda la humanidad en estos 70 años. En particular, quiero recordar hoy a los que han dado su vida por la paz y la reconciliación de los pueblos, desde Dag Hammarskjöld hasta los muchísimos funcionarios de todos los niveles, fallecidos en las misiones humanitarias, de paz y reconciliación.

La experiencia de estos 70 años, más allá de todo lo conseguido, muestra que la reforma y la adaptación a los tiempos siempre es necesaria, progresando hacia el objetivo último de conceder a todos los países, sin excepción, una participación y una incidencia real y equitativa en las decisiones. Esta necesidad de una mayor equidad, vale especialmente para los cuerpos con efectiva capacidad ejecutiva, como es el caso del Consejo de Seguridad, los organismos financieros y los grupos o mecanismos especialmente creados para afrontar las crisis económicas. Esto ayudará a limitar todo tipo de abuso o usura sobre todo con los países en vías de desarrollo. Los organismos financieros internacionales han de velar por el desarrollo sostenible de los países y la no sumisión asfixiante de éstos a sistemas crediticios que, lejos de promover el progreso, someten a las poblaciones a mecanismos de mayor pobreza, exclusión y dependencia.

La labor de las Naciones Unidas, a partir de los postulados del Preámbulo y de los primeros artículos de su Carta Constitucional, puede ser vista como el desarrollo y la promoción de la soberanía del derecho, sabiendo que la justicia es requisito indispensable para obtener el ideal de la fraternidad universal. En este contexto, cabe recordar que la limitación del poder es una idea implícita en el concepto de derecho. Dar a cada uno lo suyo, siguiendo la definición clásica de justicia, significa que ningún individuo o grupo humano se puede considerar omnipotente, autorizado a pasar por encima de la dignidad y de los derechos de las otras personas singulares o de sus agrupaciones sociales. La distribución fáctica del poder (político, económico, de

defensa, tecnológico, etc.) entre una pluralidad de sujetos y la creación de un sistema jurídico de regulación de las pretensiones e intereses, concreta la limitación del poder. El panorama mundial hoy nos presenta, sin embargo, muchos falsos derechos, y –a la vez– grandes sectores indefensos, víctimas más bien de un mal ejercicio del poder: el ambiente natural y el vasto mundo de mujeres y hombres excluidos. Dos sectores íntimamente unidos entre sí, que las relaciones políticas y económicas preponderantes han convertido en partes frágiles de la realidad. Por eso hay que afirmar con fuerza sus derechos, consolidando la protección del ambiente y acabando con la exclusión.

Ante todo, hay que afirmar que existe un verdadero «derecho del ambiente» por un doble motivo. Primero, porque los seres humanos somos parte del ambiente. Vivimos en comunión con él, porque el mismo ambiente comporta límites éticos que la acción humana debe reconocer y respetar. El hombre, aun cuando está dotado de «capacidades inéditas» que «muestran una singularidad que trasciende el ámbito físico y biológico» (*Laudato si'*, 81), es al mismo tiempo una porción de ese ambiente. Tiene un cuerpo formado por elementos físicos, químicos y biológicos, y solo puede sobrevivir y desarrollarse si el ambiente ecológico le es favorable. Cualquier daño al ambiente, por tanto, es un daño a la humanidad. Segundo, porque cada una de las creaturas, especialmente las vivientes, tiene un valor en sí misma, de existencia, de vida, de belleza y de interdependencia con las demás creaturas. Los cristianos, junto con las otras religiones monoteístas, creemos que el universo proviene de una decisión de amor del Creador, que permite al hombre servirse respetuosamente de la creación para el bien de sus semejantes y para gloria del Creador, pero que no puede abusar de ella y mucho menos está autorizado a destruirla. Para todas las creencias religiosas, el ambiente es un bien fundamental (cf. *ibíd.*, 81).

El abuso y la destrucción del ambiente, al mismo tiempo, van acompañados por un imparable proceso de exclusión. En efecto,

un afán egoísta e ilimitado de poder y de bienestar material lleva tanto a abusar de los recursos materiales disponibles como a excluir a los débiles y con menos habilidades, ya sea por tener capacidades diferentes (discapacitados) o porque están privados de los conocimientos e instrumentos técnicos adecuados o poseen insuficiente capacidad de decisión política. La exclusión económica y social es una negación total de la fraternidad humana y un gravísimo atentado a los derechos humanos y al ambiente. Los más pobres son los que más sufren estos atentados por un triple grave motivo: son descartados por la sociedad, son al mismo tiempo obligados a vivir del descarte y deben injustamente sufrir las consecuencias del abuso del ambiente. Estos fenómenos conforman la hoy tan difundida e inconscientemente consolidada «cultura del descarte».

Lo dramático de toda esta situación de exclusión e inequidad, con sus claras consecuencias, me lleva junto a todo el pueblo cristiano y a tantos otros a tomar conciencia también de mi grave responsabilidad al respecto, por lo cual alzo mi voz, junto a la de todos aquellos que anhelan soluciones urgentes y efectivas. La adopción de la *Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible* en la Cumbre mundial que iniciará hoy mismo, es una importante señal de esperanza. Confío también que la *Conferencia de París sobre cambio climático* logre acuerdos fundamentales y eficaces.

No bastan, sin embargo, los compromisos asumidos solemnemente, aunque constituyen ciertamente un paso necesario para las soluciones. La definición clásica de justicia a que aludí anteriormente contiene como elemento esencial una voluntad constante y perpetua: *Iustitia est constans et perpetua voluntas ius suum cuique tribuendi*. El mundo reclama de todos los gobernantes una voluntad efectiva, práctica, constante, de pasos concretos y medidas inmediatas, para preservar y mejorar el ambiente natural y vencer cuanto antes el fenómeno de la exclusión social y económica, con sus tristes consecuencias de trata de seres humanos, comercio de órganos y tejidos humanos, explotación sexual de niños

y niñas, trabajo esclavo, incluyendo la prostitución, tráfico de drogas y de armas, terrorismo y crimen internacional organizado. Es tal la magnitud de estas situaciones y el grado de vidas inocentes que va cobrando, que hemos de evitar toda tentación de caer en un nominalismo declaracionista con efecto tranquilizador en las conciencias. Debemos cuidar que nuestras instituciones sean realmente efectivas en la lucha contra todos estos flagelos.

La multiplicidad y complejidad de los problemas exige contar con instrumentos técnicos de medida. Esto, empero, comporta un doble peligro: limitarse al ejercicio burocrático de redactar largas enumeraciones de buenos propósitos -metas, objetivos e indicaciones estadísticas-, o creer que una única solución teórica y apriorística dará respuesta a todos los desafíos. No hay que perder de vista, en ningún momento, que la acción política y económica, solo es eficaz cuando se la entiende como una actividad prudencial, guiada por un concepto perenne de justicia y que no pierde de vista en ningún momento que, antes y más allá de los planes y programas, hay mujeres y hombres concretos, iguales a los gobernantes, que viven, luchan y sufren, y que muchas veces se ven obligados a vivir miserablemente, privados de cualquier derecho.

Para que estos hombres y mujeres concretos puedan escapar de la pobreza extrema, hay que permitirles ser dignos actores de su propio destino. El desarrollo humano integral y el pleno ejercicio de la dignidad humana no pueden ser impuestos. Deben ser edificados y desplegados por cada uno, por cada familia, en comunión con los demás hombres y en una justa relación con todos los círculos en los que se desarrolla la socialidad humana -amigos, comunidades, aldeas municipios, escuelas, empresas y sindicatos, provincias, naciones-. Esto supone y exige el derecho a la educación -también para las niñas, excluidas en algunas partes-, que se asegura en primer lugar respetando y reforzando el derecho primario de las familias a educar, y el derecho de las Iglesias y de las agrupaciones sociales a sostener y colaborar con las

familias en la formación de sus hijas e hijos. La educación, así concebida, es la base para la realización de la *Agenda 2030* y para recuperar el ambiente.

Al mismo tiempo, los gobernantes han de hacer todo lo posible a fin de que todos puedan tener la mínima base material y espiritual para ejercer su dignidad y para formar y mantener una familia, que es la célula primaria de cualquier desarrollo social. Este mínimo absoluto tiene en lo material tres nombres: techo, trabajo y tierra; y un nombre en lo espiritual: libertad de espíritu, que comprende la libertad religiosa, el derecho a la educación y todos los otros derechos cívicos.

Por todo esto, la medida y el indicador más simple y adecuado del cumplimiento de la nueva Agenda para el desarrollo será el acceso efectivo, práctico e inmediato, para todos, a los bienes materiales y espirituales indispensables: vivienda propia, trabajo digno y debidamente remunerado, alimentación adecuada y agua potable; libertad religiosa, y más en general libertad de espíritu y educación. Al mismo tiempo, estos pilares del desarrollo humano integral tienen un fundamento común, que es el derecho a la vida y, más en general, lo que podríamos llamar el derecho a la existencia de la misma naturaleza humana.

La crisis ecológica, junto con la destrucción de buena parte de la biodiversidad, puede poner en peligro la existencia misma de la especie humana. Las nefastas consecuencias de un irresponsable desgobierno de la economía mundial, guiado solo por la ambición de lucro y de poder, deben ser un llamado a una severa reflexión sobre el hombre: «El hombre no es solamente una libertad que él se crea por sí solo. El hombre no se crea a sí mismo. Es espíritu y voluntad, pero también naturaleza» (Benedicto XVI, *Discurso al Parlamento Federal de Alemania, 22 septiembre 2011; citado en Laudato si'*, 6). La creación se ve perjudicada «donde nosotros mismos somos las últimas instancias [...] El derroche de la creación comienza donde no reconocemos ya ninguna instancia por encima de nosotros, sino que solo nos vemos a nosotros mismos» (Id.,

*Discurso al Clero de la Diócesis de Bolzano-Bressanone, 6 agosto 2008; citado ibíd.*). Por eso, la defensa del ambiente y la lucha contra la exclusión exigen el reconocimiento de una ley moral inscrita en la propia naturaleza humana, que comprende la distinción natural entre hombre y mujer (cf. *Laudato si'*, 155), y el absoluto respeto de la vida en todas sus etapas y dimensiones (cf. *ibíd.*, 123; 136).

Sin el reconocimiento de unos límites éticos naturales insalvables y sin la actuación inmediata de aquellos pilares del desarrollo humano integral, el ideal de «salvar las futuras generaciones del flagelo de la guerra» (*Carta de las Naciones Unidas, Preámbulo*) y de «promover el progreso social y un más elevado nivel de vida en una más amplia libertad» (*ibíd.*) corre el riesgo de convertirse en un espejismo inalcanzable o, peor aún, en palabras vacías que sirven de excusa para cualquier abuso y corrupción, o para promover una colonización ideológica a través de la imposición de modelos y estilos de vida anómalos, extraños a la identidad de los pueblos y, en último término, irresponsables.

La guerra es la negación de todos los derechos y una dramática agresión al ambiente. Si se quiere un verdadero desarrollo humano integral para todos, se debe continuar incansablemente con la tarea de evitar la guerra entre las naciones y los pueblos.

Para tal fin hay que asegurar el imperio incontestado del derecho y el infatigable recurso a la negociación, a los buenos oficios y al arbitraje, como propone la *Carta de las Naciones Unidas*, verdadera norma jurídica fundamental. La experiencia de los 70 años de existencia de las Naciones Unidas, en general, y en particular la experiencia de los primeros 15 años del tercer milenio, muestran tanto la eficacia de la plena aplicación de las normas internacionales como la ineficacia de su incumplimiento. Si se respeta y aplica la *Carta de las Naciones Unidas* con transparencia y sinceridad, sin segundas intenciones, como un punto de referencia obligatorio de justicia y no como un instrumento para disfrazar intenciones

espurias, se alcanzan resultados de paz. Cuando, en cambio, se confunde la norma con un simple instrumento, para utilizar cuando resulta favorable y para eludir cuando no lo es, se abre una verdadera caja de Pandora de fuerzas incontrolables, que dañan gravemente las poblaciones inermes, el ambiente cultural e incluso el ambiente biológico.

El Preámbulo y el primer artículo de la *Carta de las Naciones Unidas* indican los cimientos de la construcción jurídica internacional: la paz, la solución pacífica de las controversias y el desarrollo de relaciones de amistad entre las naciones. Contrasta fuertemente con estas afirmaciones, y las niega en la práctica, la tendencia siempre presente a la proliferación de las armas, especialmente las de destrucción masiva como pueden ser las nucleares. Una ética y un derecho basados en la amenaza de destrucción mutua -y posiblemente de toda la humanidad- son contradictorios y constituyen un fraude a toda la construcción de las Naciones Unidas, que pasarían a ser «Naciones unidas por el miedo y la desconfianza». Hay que empeñarse por un mundo sin armas nucleares, aplicando plenamente el Tratado de no proliferación, en la letra y en el espíritu, hacia una total prohibición de estos instrumentos.

El reciente acuerdo sobre la cuestión nuclear en una región sensible de Asia y Oriente Medio es una prueba de las posibilidades de la buena voluntad política y del derecho, ejercitados con sinceridad, paciencia y constancia. Hago votos para que este acuerdo sea duradero y eficaz y dé los frutos deseados con la colaboración de todas las partes implicadas.

En ese sentido, no faltan duras pruebas de las consecuencias negativas de las intervenciones políticas y militares no coordinadas entre los miembros de la comunidad internacional. Por eso, aun deseando no tener la necesidad de hacerlo, no puedo dejar de reiterar mis repetidos llamamientos en relación con la dolorosa situación de todo el Oriente Medio, del norte de África y de otros países africanos, donde los cristianos, junto con otros grupos culturales o étnicos e incluso junto con aquella parte de los miembros de la religión

mayoritaria que no quiere dejarse envolver por el odio y la locura, han sido obligados a ser testigos de la destrucción de sus lugares de culto, de su patrimonio cultural y religioso, de sus casas y haberes y han sido puestos en la disyuntiva de huir o de pagar su adhesión al bien y a la paz con la propia vida o con la esclavitud.

Estas realidades deben constituir un serio llamado a un examen de conciencia de los que están a cargo de la conducción de los asuntos internacionales. No solo en los casos de persecución religiosa o cultural, sino en cada situación de conflicto, como Ucrania, Siria, Irak, en Libia, en Sudán del Sur y en la región de los Grandes Lagos, hay rostros concretos antes que intereses de parte, por legítimos que sean. En las guerras y conflictos hay seres humanos singulares, hermanos y hermanas nuestros, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, niños y niñas, que lloran, sufren y mueren. Seres humanos que se convierten en material de descarte cuando la actividad consiste solo en enumerar problemas, estrategias y discusiones.

Como pedía al Secretario General de las Naciones Unidas en mi carta del 9 de agosto de 2014, «la más elemental comprensión de la dignidad humana [obliga] a la comunidad internacional, en particular a través de las normas y los mecanismos del derecho internacional, a hacer todo lo posible para detener y prevenir ulteriores violencias sistemáticas contra las minorías étnicas y religiosas» y para proteger a las poblaciones inocentes.

En esta misma línea quisiera hacer mención a otro tipo de conflictividad no siempre tan explicitada pero que silenciosamente viene cobrando la muerte de millones de personas. Otra clase de guerra que viven muchas de nuestras sociedades con el fenómeno del narcotráfico. Una guerra «asumida» y pobremente combatida. El narcotráfico por su propia dinámica va acompañado de la trata de personas, del lavado de activos, del tráfico de armas, de la explotación infantil y de otras formas de corrupción. Corrupción que ha penetrado los distintos niveles de la vida social, política, militar, artística y religiosa, generando, en muchos casos, una



estructura paralela que pone en riesgo la credibilidad de nuestras instituciones.

Comencé esta intervención recordando las visitas de mis predecesores. Quisiera ahora que mis palabras fueran especialmente como una continuación de las palabras finales del discurso de Pablo VI, pronunciado hace casi exactamente 50 años, pero de valor perenne, cito: «Ha llegado la hora en que se impone una pausa, un momento de recogimiento, de reflexión, casi de oración: volver a pensar en nuestro común origen, en nuestra historia, en nuestro destino común. Nunca, como hoy, [...] ha sido tan necesaria la conciencia moral del hombre, porque el peligro no viene ni del progreso ni de la ciencia, que, bien utilizados, podrán [...] resolver muchos de los graves problemas que afligen a la humanidad» (*Discurso a los Representantes de los Estados*, 4 de octubre de 1965). Entre otras cosas, sin duda, la genialidad humana, bien aplicada, ayudará a resolver los graves desafíos de la degradación ecológica y de la exclusión. Continúo con Pablo VI: «El verdadero peligro está en el hombre, que dispone de instrumentos cada vez más poderosos, capaces de llevar tanto a la ruina como a las más altas conquistas» (*ibíd.*) hasta aquí Pablo VI.

La casa común de todos los hombres debe continuar levantándose sobre una recta comprensión de la fraternidad universal y sobre el respeto de la sacralidad de cada vida humana, de cada hombre y cada mujer; de los pobres, de los ancianos, de los niños, de los enfermos, de los no nacidos, de los desocupados, de los abandonados, de los que se juzgan descartables porque no se los considera más que números de una u otra estadística. La casa común de todos los hombres debe también edificarse sobre la comprensión de una cierta sacralidad de la naturaleza creada.

Tal comprensión y respeto exigen un grado superior de sabiduría, que acepte la trascendencia, la de uno mismo, renuncie a la construcción de una elite omnipotente, y comprenda que el sentido pleno de la vida singular y colectiva se da en el servicio abnegado de los demás y en

el uso prudente y respetuoso de la creación para el bien común. Repitiendo las palabras de Pablo VI, «el edificio de la civilización moderna debe levantarse sobre principios espirituales, los únicos capaces no sólo de sostenerlo, sino también de iluminarlo» (*ibíd.*).

El gaucho Martín Fierro, un clásico de la literatura de mi tierra natal, canta: «Los hermanos sean unidos porque esa es la ley primera. Tengan unión verdadera en cualquier tiempo que sea, porque si entre ellos pelean, los devoran los de afuera».

El mundo contemporáneo, aparentemente conexo, experimenta una creciente y sostenida fragmentación social que pone en riesgo «todo fundamento de la vida social» y por lo tanto «termina por enfrentarnos unos con otros para preservar los propios intereses» (*Laudato si'*, 229).

El tiempo presente nos invita a privilegiar acciones que generen dinamismos nuevos en la sociedad hasta que fructifiquen en importantes y positivos acontecimientos históricos (cf. *Evangelii gaudium*, 223). No podemos permitirnos postergar «algunas agendas» para el futuro. El futuro nos pide decisiones críticas y globales de cara a los conflictos mundiales que aumentan el número de excluidos y necesitados.

La loable construcción jurídica internacional de la Organización de las Naciones Unidas y de todas sus realizaciones, perfeccionable como cualquier otra obra humana y, al mismo tiempo, necesaria, puede ser prenda de un futuro seguro y feliz para las generaciones futuras. Lo será si los representantes de los Estados sabrán dejar de lado intereses sectoriales e ideologías, y buscar sinceramente el servicio del bien común. Pido a Dios Todopoderoso que así sea, y les aseguro mi apoyo, mi oración y el apoyo y las oraciones de todos los fieles de la Iglesia Católica, para que esta Institución, todos sus Estados miembros y cada uno de sus funcionarios, rinda siempre un servicio eficaz a la humanidad, un servicio respetuoso de la diversidad y que sepa potenciar, para el bien común, lo mejor de cada pueblo y de cada ciudadano. Que Dios los bendiga a todos.

# Carta del Santo Padre Francisco al presidente del Consejo Pontificio para la Familia para el VIII Encuentro Mundial de las Familias

*Filadelfia, 22-27 de septiembre de 2015*

*Al venerado hermano*

*monseñor Vincenzo Paglia*

*Presidente del Consejo pontificio para la familia*

Al final del VII Encuentro mundial de las familias, el Papa Benedicto XVI anunció que la ciudad de Filadelfia, en Estados Unidos de América, acogería el encuentro sucesivo. En muchas ocasiones he confirmado esta elección, mirando con confianza y esperanza a este acontecimiento de gracia en el que, Dios mediante, participaré. Se llevará a cabo del 22 al 27 de septiembre de 2015, y tendrá como tema: «El amor es nuestra misión. La familia plenamente viva».

La misión de la familia cristiana, hoy como ayer, es la de anunciar al mundo, con la fuerza del sacramento del Matrimonio, el amor de Dios. A partir de este mismo anuncio

nace y se constituye una familia viva, que pone el hogar del amor en el centro de todo su dinamismo humano y espiritual. Si como decía san Ireneo: «*Gloria Dei vivens homo*» (Adv. Haer., iv, 20, 7), también una familia que, con la gracia del Señor, vive en plenitud su propia vocación y misión, lo glorifica.

Celebramos recientemente la Asamblea extraordinaria del Sínodo de los obispos sobre «Los desafíos pastorales de la familia en el contexto de la evangelización». Como signo del carácter sinodal, especificamos las temáticas más urgentes que implican a la familia en nuestra sociedad pluralista. En realidad, «no podemos calificarla con conceptos de naturaleza ideológica, que tienen fuerza sólo en un momento de la historia y después decaen. No se puede hablar hoy de familia conservadora o familia progresista: la familia es familia» (*Discurso a los participantes en el Coloquio internacional sobre la complementariedad entre hombre y mujer*, 17 de noviembre de 2014). Los valores y las virtudes de la familia, sus verdades esenciales, son el fundamento en el que se apoya el núcleo familiar, y no admiten discusión. En cambio, estamos llamados a volver a revisar nuestro estilo de vida, que siempre está expuesto al riesgo de ser «contagiado» por una mentalidad mundana —individualista, consumista, hedonista—, y a encontrar siempre de nuevo el camino real para vivir y proponer la grandeza y la belleza del matrimonio y la alegría de ser y formar una familia.

Las indicaciones de la *Relación final* del Sínodo reciente, y las que guían el camino hacia la próxima Asamblea ordinaria en octubre de 2015, invitan a proseguir con el compromiso de anunciar el Evangelio del matrimonio y de la familia y a experimentar las propuestas pastorales en el contexto social y cultural en el que vivimos. Los desafíos de dicho contexto nos estimulan a ensanchar el espacio de amor fiel abierto a la vida, a la comunión, a la misericordia, a la participación y a la solidaridad. Por lo tanto, exhorto a los esposos, a los sacerdotes y a las comunidades parroquiales, así como a los movimientos

y las asociaciones a dejarse guiar por la palabra de Dios, en la que se apoyan los fundamentos del santo edificio de la familia, iglesia doméstica y familia de Dios (cf. Concilio ecuménico Vaticano II, constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen gentium*, 6 y 11).

Expreso mi aprecio a la archidiócesis de Filadelfia por su generosa disponibilidad y su compromiso organizativo, puesto al servicio de la Iglesia universal y de las familias de los diversos continentes. Pido al Señor que recompense desde ahora a esa amada Iglesia particular con abundantes gracias celestiales.

Mientras invoco la intercesión de la Virgen de Guadalupe y de Aparecida, de corazón le imparto a usted, querido hermano, y a los colaboradores de este dicasterio, la bendición apostólica, que de buen grado extiendo a cuantos colaboran en la preparación del encuentro; y les pido por favor que recen por mí.

Fraternalmente.

*Vaticano, 9 de diciembre de 2014*

**Franciscus**

# Santa Misa de Clausura del VIII encuentro Mundial de las Familias Homilía del Santo Padre

*B. Franklin Parkway, Filadelfia  
Domingo 27 de septiembre de 2015*

Hoy la Palabra de Dios nos sorprende con un lenguaje alegórico fuerte que nos hace pensar. Un lenguaje alegórico que nos desafía pero también estimula nuestro entusiasmo.

En la primera lectura, Josué dice a Moisés que dos miembros del pueblo están profetizando, proclamando la Palabra de Dios sin un mandato. En el Evangelio, Juan dice a Jesús que los discípulos le han impedido a un hombre sacar espíritus inmundos en su nombre. Y aquí viene la sorpresa: Moisés y Jesús reprenden a estos colaboradores por ser tan estrechos de mente. ¡Ojalá fueran todos profetas de la Palabra de Dios! ¡Ojalá que cada uno pudiera obrar milagros en el nombre del Señor!

Jesús encuentra, en cambio, hostilidad en la gente que no había aceptado cuanto dijo e hizo. Para ellos, la apertura de Jesús a la fe honesta y sincera de muchas personas que no formaban parte del pueblo elegido de Dios, les parecía intolerable. Los

discípulos, por su parte, actuaron de buena fe, pero la tentación de ser escandalizados por la libertad de Dios que hace llover sobre «justos e injustos» (*Mt 5,45*), saltándose la burocracia, el oficialismo y los círculos íntimos, amenaza la autenticidad de la fe y, por tanto, tiene que ser vigorosamente rechazada.

Cuando nos damos cuenta de esto, podemos entender por qué las palabras de Jesús sobre el escándalo son tan duras. Para Jesús, el escándalo intolerable es todo lo que destruye y corrompe nuestra confianza en este modo de actuar del Espíritu.

Nuestro Padre no se deja ganar en generosidad y siembra. Siembra su presencia en nuestro mundo, ya que «el amor no consiste en que nosotros hayamos amado primero a Dios, sino en que *Él nos amó primero*» (*1Jn 4,10*). Amor que nos da la certeza honda: somos buscados por Él, somos esperados por Él. Esa confianza es la que lleva al discípulo a estimular, acompañar y hacer crecer todas las buenas iniciativas que existen a su alrededor. Dios quiere que todos sus hijos participen de la fiesta del Evangelio. No impidan todo lo bueno, dice Jesús, por el contrario, ayúdenlo a crecer. Poner en duda la obra del Espíritu, dar la impresión que la misma no tiene nada que ver con aquellos que «no son parte de nuestro grupo», que no son «como nosotros», es una tentación peligrosa. No bloquea solamente la conversión a la fe, sino que constituye una perversión de la fe.

La fe abre la «ventana» a la presencia actuante del Espíritu y nos muestra que, como la felicidad, la santidad está siempre ligada a los pequeños gestos. «El que les dé a beber un vaso de agua en mi nombre –dice Jesús, pequeño gesto– no se quedará sin recompensa» (*Mc 9,41*). Son gestos mínimos que uno aprende en el hogar; gestos de familia que se pierden en el anonimato de la cotidianidad pero que hacen diferente cada jornada. Son gestos de madre, de abuela, de padre, de abuelo, de hijo, de hermanos. Son gestos de ternura, de cariño, de compasión. Son gestos del plato caliente de quien espera a cenar, del desayuno temprano del que sabe acompañar a madrugar. Son gestos de hogar. Es la bendición antes de dormir

y el abrazo al regresar de una larga jornada de trabajo. El amor se manifiesta en pequeñas cosas, en la atención mínima a lo cotidiano que hace que la vida siempre tenga sabor a hogar. La fe crece con la práctica y es plasmada por el amor. Por eso, nuestras familias, nuestros hogares, son verdaderas Iglesias domésticas. Es el lugar propio donde la fe se hace vida y la vida crece en la fe.

Jesús nos invita a no impedir esos pequeños gestos milagrosos, por el contrario, quiere que los provoquemos, que los hagamos crecer, que acompañemos la vida como se nos presenta, ayudando a despertar todos los pequeños gestos de amor, signos de su presencia viva y actuante en nuestro mundo.

Esta actitud a la que somos invitados nos lleva a preguntarnos, hoy, aquí, en el final de esta fiesta: ¿Cómo estamos trabajando para vivir esta lógica en nuestros hogares, en nuestras sociedades? ¿Qué tipo de mundo queremos dejarle a nuestros hijos? (cf. *Laudato si'*, 160). Pregunta que no podemos responder sólo nosotros. Es el Espíritu que nos invita y desafía a responderla con la gran familia humana. Nuestra casa común no tolera más divisiones estériles. El desafío urgente de proteger nuestra casa incluye la preocupación de unir a toda la familia humana en la búsqueda de un desarrollo sostenible e integral, porque sabemos que las cosas pueden cambiar (cf. *ibid.*, 13). Que nuestros hijos encuentren en nosotros referentes de comunión, no de división. Que nuestros hijos encuentren en nosotros hombres y mujeres capaces de unirse a los demás para hacer germinar todo lo bueno que el Padre sembró.

De manera directa, pero con afecto, Jesús dice: «Si ustedes, pues, que son malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, ¿cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que se lo piden?» (*Lc* 11,13) Cuánta sabiduría hay en estas palabras. Es verdad que en cuanto a bondad y pureza de corazón nosotros, seres humanos, no tenemos mucho de qué vanagloriarnos. Pero Jesús sabe que, en lo que se refiere a los niños, somos capaces de una generosidad infinita. Por eso nos alienta: si tenemos fe, el Padre nos dará su Espíritu.



Nosotros los cristianos, discípulos del Señor, pedimos a las familias del mundo que nos ayuden. Somos muchos los que participamos en esta celebración y esto es ya en sí mismo algo profético, una especie de milagro en el mundo de hoy, que está cansado de inventar nuevas divisiones, nuevos quebrantos, nuevos desastres. Ojalá todos fuéramos profetas. Ojalá cada uno de nosotros se abriera a los milagros del amor para el bien de su propia familia y de todas las familias del mundo –y estoy hablando de milagros de amor-, y poder así superar el escándalo de un amor mezquino y desconfiado, encerrado en sí mismo e impaciente con los demás. Les dejo como pregunta para que cada uno responda –porque dije la palabra “impaciente”-: ¿En mi casa se grita o se habla con amor y ternura? Es una buena manera de medir nuestro amor.

Qué bonito sería si en todas partes, y también más allá de nuestras fronteras, pudiéramos alentar y valorar esta profecía y este milagro. Renovemos nuestra fe en la palabra del Señor que invita a nuestras familias a esta apertura; que invita a todos a participar de la profecía de la alianza entre un hombre y una mujer, que genera vida y revela a Dios. Que nos ayude a participar de la profecía de la paz, de la ternura y del cariño familiar. Que nos ayude a participar del gesto profético de cuidar con ternura, con paciencia y con amor a nuestros niños y a nuestros abuelos.

Todo el que quiera traer a este mundo una familia, que enseñe a los niños a alegrarse por cada acción que tenga como propósito vencer el mal –una familia que muestra que el Espíritu está vivo y actuante- y encontrará gratitud y estima, no importando el pueblo o la religión, o la región, a la que pertenezca.

Que Dios nos conceda a todos ser profetas del gozo del Evangelio, del Evangelio de la familia, del amor de la familia, ser profetas como discípulos del Señor, y nos conceda la gracia de ser dignos de esta pureza de corazón que no se escandaliza del Evangelio. Que así sea.

## Audiencia General

*Miércoles 30 de septiembre de 2015*

### **Palabras del Santo Padre a los enfermos y minusválidos reunidos en el Aula Pablo VI al comienzo de la Audiencia general**

¡Buenos días!

Os saludo a todos. La audiencia de hoy tendrá lugar en dos sitios: aquí y en la plaza.

Como el tiempo parecía un poco inestable, hemos decidido que vosotros estéis aquí, tranquilos, más cómodos, y que podáis ver la audiencia en la pantalla gigante. Os agradezco mucho esta visita y os pido que recéis por mí.

La enfermedad es algo feo, y están los médicos —¡son geniales!—, los enfermeros, las enfermeras, las medicinas, todo, pero siempre es algo feo.

Y está la fe, la fe que nos alienta, y ese pensamiento que a todos nos viene: Dios se hizo enfermo por nosotros, es decir, envió a su Hijo, que cargó sobre sí todas nuestras enfermedades, hasta la cruz. Mirando a Jesús con su paciencia, nuestra fe se hace más fuerte. Y siempre con nuestra enfermedad sigamos, con Jesús al lado, tomados de la mano de Jesús.

Él sabe lo que significa el sufrimiento, Él nos comprende y Él nos consuela y nos da fuerza.

Ahora doy a todos vosotros la bendición, pido al Señor que os bendiga y os acompañe.

Pero antes recemos a la Virgen.

[*Ave María...* Bendición]

## **CATEQUESIS DEL SANTO PADRE**

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

La audiencia de hoy será en dos sitios: aquí en la plaza y también en el aula Pablo VI, donde se encuentran numerosos enfermos que la siguen por una pantalla gigante. Visto que el tiempo está un poco inestable hemos pensado que ellos estén protegidos y más tranquilos allí. Unámonos los unos a los otros y saludémonos.

Los días pasados realicé el viaje apostólico a Cuba y a Estados Unidos de América. El mismo surgió de la iniciativa de participar en el Encuentro mundial de las familias, programado desde hacía tiempo en Filadelfia. Este «núcleo originario» se amplió a una visita a Estados Unidos de América y a la sede central de las Naciones Unidas, y luego también a Cuba, que se convirtió en la primera etapa del itinerario. Expreso nuevamente mi agradecimiento al presidente Castro, al presidente Obama y al secretario general Ban Ki-moon por la acogida que me brindaron. Agradezco de corazón a los hermanos obispos y a todos los colaboradores el gran trabajo realizado y el amor a la Iglesia que lo animó.

«Misionero de la Misericordia»: así me presenté en Cuba, una tierra rica de belleza natural, de cultura y de fe. La misericordia de Dios es más grande que toda herida, que todo conflicto, que toda ideología; y con esa mirada de misericordia pude abrazar a todo el pueblo cubano, los que están en la patria y los que están fuera, más allá de toda división. Símbolo

de esta unidad profunda del alma cubana es la Virgen de la Caridad del Cobre, que precisamente hace cien años fue proclamada Patrona de Cuba. Fui como peregrino al santuario de esta Madre de esperanza, Madre que guía en el camino de justicia, paz, libertad y reconciliación.

Pude compartir con el pueblo cubano la esperanza de la realización de la profecía de san Juan Pablo ii: que Cuba se abra al mundo y que el mundo se abra a Cuba. No más cerrazones, no más explotación de la pobreza, sino libertad en la dignidad. Este es el camino que hace vibrar el corazón de tantos jóvenes cubanos: no una senda de evasión, de ganancias fáciles, sino de responsabilidad, servicio al prójimo y atención a la fragilidad. Un camino que encuentra su fuerza en las raíces cristianas de ese pueblo, que tanto ha sufrido. Un camino en el que alenté de modo especial a los sacerdotes y a todos los consagrados, a los estudiantes y a las familias. Que el Espíritu Santo, con la intercesión de María Santísima, haga crecer las semillas que hemos esparcido.

De Cuba a Estados Unidos de América: fue un paso emblemático, un puente que gracias a Dios se está reconstruyendo. Dios siempre quiere construir puentes; somos nosotros quienes construimos muros. Y los muros se derrumban, siempre.

Y en Estados Unidos realicé tres etapas: Washington, Nueva York y Filadelfia. En Washington me reuní con las autoridades políticas, la gente sencilla, los obispos, sacerdotes y consagrados, los más pobres y marginados. He recordado que la riqueza más grande de ese país y de su gente está en el patrimonio espiritual y ético. Y así quise animar para que se lleve adelante la construcción social en la fidelidad a su principio fundamental, es decir que todos los hombres son creados por Dios iguales y dotados de inalienables derechos, como la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad. Estos valores, compartidos por todos, encuentran en el Evangelio su realización plena, como

lo puso de relieve la canonización del padre Junípero Serra, franciscano, gran evangelizador de California. San Junípero muestra el camino de la alegría: ir y compartir con los demás el amor de Cristo. Este es el camino del cristiano, pero también de cada hombre que ha conocido el amor: no tenerlo para sí sino compartirlo con los demás. Sobre esta base religiosa y moral surgieron y crecieron los Estados Unidos de América, y sobre esta base pueden seguir siendo tierra de libertad y de acogida y cooperar con un mundo más justo y fraterno.

En Nueva York pude visitar la sede central de la ONU y saludar al personal que allí trabaja. Mantuve coloquios con el secretario general y los presidentes de las últimas Asambleas generales y del Consejo de seguridad. Al hablar a los representantes de las Naciones, siguiendo los pasos de mis predecesores, renové el aliento de la Iglesia católica a esa Institución y a su papel en la promoción del desarrollo y de la paz, recordando en especial la necesidad del compromiso concorde y real para el cuidado de la creación. Recordé también el llamamiento a detener y prevenir las violencias contra las minorías étnicas y religiosas y contra las poblaciones civiles.

Por la paz y la fraternidad hemos rezado en el Memorial de la Zona Cero, juntamente con los representantes de las religiones, los parientes de muchos caídos y el pueblo de Nueva York, tan rico en diversidad cultural. Y por la paz y la justicia celebré la Eucaristía en el «Madison Square Garden».

Tanto en Washington como en Nueva York puede reunirme con algunas realidades caritativas y educativas, emblemáticas en el enorme servicio que las comunidades católicas —sacerdotes, religiosas, religiosos, laicos— ofrecen en estos ámbitos.

Vértice del viaje fue el Encuentro de las familias en Filadelfia, donde el horizonte se amplió a todo el mundo, a través del «prisma», por así decirlo, de la familia. La familia, es decir la alianza fecunda entre el hombre y la mujer, es la respuesta

al gran desafío de nuestro mundo, que es un desafío doble: la fragmentación y la masificación, dos extremos que conviven y se apoyan mutuamente, y juntos sostienen el modelo económico consumista. La familia es la respuesta porque es la célula de una sociedad que equilibra la dimensión personal y la dimensión comunitaria, y que al mismo tiempo puede ser el modelo de una gestión sostenible de los bienes y de los recursos de la creación. La familia es el sujeto protagonista de una ecología integral, porque es el sujeto social primario, que contiene *en su seno* los dos principios-base de la civilización humana sobre la tierra: el principio de *comunión* y el principio de *fecundidad*. El humanismo bíblico nos presenta este icono: la pareja humana, unida y fecunda, puesta por Dios en el jardín del mundo, para cultivarlo y custodiarlo.

Deseo dirigir un fraterno y caluroso agradecimiento a monseñor Chaput, arzobispo de Filadelfia, por su compromiso, piedad, entusiasmo y gran amor a la familia en la organización de este evento. Viéndolo bien, no es una casualidad sino que es providencial que el mensaje, es más, el testimonio del Encuentro mundial de las familias haya surgido en este momento de Estados Unidos de América, es decir del país que en el siglo pasado alcanzó el máximo desarrollo económico y tecnológico sin negar sus raíces religiosas. Ahora estas mismas raíces piden que se recomience desde la familia para repensar y cambiar el modelo de desarrollo, para el bien de toda la familia humana.

---

## Saludos

Saludo a los peregrinos de lengua española, en especial a los grupos provenientes de España y Latinoamérica. Encomendamos a Dios los frutos de este viaje, y que el ejemplo de san Junípero Serra, nos haga a todos auténticos evangelizadores, que vayan por el mundo compartiendo con todos el amor de Cristo. Muchas gracias.

## Espigando en los otros Documentos del Viaje

“Hoy renovamos estos lazos de cooperación y amistad para que la Iglesia siga acompañando y alentando al pueblo cubano en sus esperanzas, en sus preocupaciones, con libertad y todos los medios necesarios para llevar el anuncio del Reino hasta las periferias existenciales de la sociedad”.

“En estos días tendré ocasión de ir al Cobre, como hijo y como peregrino, para pedirle a nuestra Madre por todos sus hijos cubanos y por esta querida Nación, para que transite por los caminos de justicia, paz, libertad y reconciliación”.

“El mundo necesita reconciliación en esta atmósfera de tercera guerra mundial por etapas que estamos viviendo”.

“Porque ser cristiano entraña servir la dignidad de sus hermanos, luchar por la dignidad de sus hermanos y vivir para la dignidad de sus hermanos”.

“Por eso nunca el servicio es ideológico, ya que no se sirve a ideas, sino que se sirve a personas”.

“Especialmente quiero invitarlos a que cuiden y sirvan, de modo especial, la fragilidad de sus hermanos. No los descui-

den por proyectos que puedan resultar seductores, pero que se desentienen del rostro del que está a su lado”.

“La importancia de una persona siempre se basa en cómo sirve la fragilidad de sus hermanos”.

“Aprendamos a ver a Jesús en cada hombre postrado en el camino de la vida; en cada hermano que tiene hambre o sed, que está desnudo o en la cárcel o enfermo”.

“Aprendamos de María a tener el corazón despierto y atento a las necesidades de los demás”.

“Pedimos por los que han perdido la esperanza, y no encuentran motivos para seguir luchando; por los que sufren la injusticia, el abandono, la soledad; pedimos por los ancianos, los enfermos, los niños y los jóvenes, por todas las familias en dificultad, para que María les enjague sus lágrimas, les consuele con su amor de Madre, les devuelva la esperanza y la alegría”.

“Jesús reza, pide para que la tristeza y el aislamiento no nos gane el corazón”.

“La unidad es una gracia que solamente puede darnos el Espíritu Santo, a nosotros nos toca pedirla y poner lo mejor de nosotros para ser transformados por este don”.

“La unidad se ve amenazada cada vez que queremos hacer a los demás a nuestra imagen y semejanza”.

“La alegría de los cristianos, y especialmente la de los consagrados, es un signo muy claro de la presencia de Cristo en sus vidas”.

“Eso se llama amistad social, buscar el bien común. La enemistad social destruye. Y una familia se destruye por la enemistad. Un país se destruye por la enemistad. El mundo se destruye por la enemistad. Y la enemistad más grande es la guerra”.



“La esperanza es sufrida. La esperanza sabe sufrir para llevar adelante un proyecto, sabe sacrificarse”.

“Un país que no inventa, un pueblo que no inventa posibilidades laborales para sus jóvenes, a ese joven le queda o las adicciones, o el suicidio, o irse por ahí buscando ejércitos de destrucción para crear guerras”.

“No puedo concebir a un joven que no se mueva, que esté paralizado, que no tenga sueños ni ideales, que no aspire a algo más”.

“La esperanza es audaz, sabe mirar más allá de la comodidad personal, de las pequeñas seguridades y compensaciones que estrechan el horizonte, para abrirse a grandes ideales que hacen la vida más bella y digna”.

“Cuidado con caer en la tentación de la desilusión, que paraliza la inteligencia y la voluntad, ni dejarnos llevar por la resignación, que es un pesimismo radical frente a toda posibilidad de alcanzar lo soñado. Estas actitudes al final acaban o en una huida de la realidad hacia paraísos artificiales o en un encerrarse en el egoísmo personal, en una especie de cinismo, que no quiere escuchar el grito de justicia, de verdad y de humanidad que se alza a nuestro alrededor y en nuestro interior”.

“La esperanza es la virtud del que está en camino y se dirige a alguna parte”.

“La esperanza se alimenta de la memoria, abarca con su mirada no sólo el futuro sino el pasado y el presente. Para caminar en la vida, además de saber adónde queremos ir es importante saber también quiénes somos y de dónde venimos”.

“El aislamiento o la clausura en uno mismo nunca generan esperanza, en cambio, la cercanía y el encuentro con el otro, sí”.

“La cultura del encuentro debe conducir naturalmente a una cultura de la solidaridad”.

“No tengan miedo a la solidaridad, al servicio, al dar la mano al otro para que nadie se quede fuera del camino”.

“Él, el Hijo de Dios, ha querido hacerse uno como nosotros, para recorrer también nuestro camino. La fe en su presencia, su amor y su amistad, encienden e iluminan todas nuestras esperanzas e ilusiones. Con Él, aprendemos a discernir la realidad, a vivir el encuentro, a servir a los demás y a caminar en la solidaridad”.

“Aunque no nos atrevemos a levantar los ojos al Señor, Él siempre nos mira primero. Es nuestra historia personal; al igual que muchos otros, cada uno de nosotros puede decir: yo también soy un pecador en el que Jesús puso su mirada”.

“Él sabe ver más allá de las apariencias, más allá del pecado, más allá del fracaso o de la indignidad. Sabe ver más allá de la categoría social a la que podemos pertenecer”.

“Él ha venido precisamente a buscar a todos aquellos que se sienten indignos de Dios, indignos de los demás”.

“Jesús lo miró y Mateo encontró la alegría en el servicio”.

“Jesús va delante, nos precede, abre el camino y nos invita a seguirlo”.

“Y aprendamos a mirar como Él nos mira. Compartamos su ternura y su misericordia con los enfermos, los presos, los ancianos, las familias en dificultad”.

“Una mención especial merecen las llamadas «casas de misión» que, ante la escasez de templos y de sacerdotes, permiten a tantas personas poder tener un espacio de oración, de escucha de la Palabra, de catequesis, de vida de comunidad”.

“Que ella nos guarde a todos como cuidó a Jesús en su amor. Y que Ella nos enseñe a mirar a los demás como Jesús nos miró a cada uno de nosotros”.

“En las bodas, siempre se une el pasado que heredamos y el futuro que nos espera”.

“Jesús comienza su vida en el interior de una familia, en el seno de un hogar. Y es precisamente en el seno de nuestros hogares donde continuamente él se sigue introduciendo, él sigue siendo parte. Le gusta meterse en la familia. Es interesante observar cómo Jesús se manifiesta también en las comidas, en las cenas. Comer con diferentes personas, visitar diferentes casas fue un lugar privilegiado por Jesús para dar a conocer el proyecto de Dios”.

“La comunidad cristiana llama a las familias con el nombre de iglesias domésticas, porque en el calor del hogar es donde la fe empapa cada rincón, ilumina cada espacio, construye comunidad”.

“La casa va quedando vacía, no de gente, sino vacía de relaciones, vacía de contactos humanos, vacía de encuentros, entre padres, hijos, abuelos, nietos, hermanos”.

“La familia es escuela de humanidad, escuela que enseña a poner el corazón en las necesidades de los otros, a estar atento a la vida de los demás”.

“Cuando no se vive una vida de familia se van engendrando esas personalidades que las podemos llamar así: “yo, me, mi, conmigo, para mí”, totalmente centradas en sí mismos, que no saben de solidaridad, de fraternidad, de trabajo en común, de amor, de discusión entre hermanos”.

“Las familias no son un problema, son principalmente una oportunidad. Una oportunidad que tenemos que cuidar, proteger y acompañar”.

“Dejemos un mundo con familias. Es la mejor herencia”.

“Cuidemos a nuestras familias, verdaderas escuelas del mañana. Cuidemos a nuestras familias, verdaderos espacios de libertad. Cuidemos a nuestras familias, verdaderos centros de humanidad”.

“Y la Eucaristía es la cena de la familia de Jesús, que a lo largo y ancho de la tierra se reúne para escuchar su Palabra y alimentarse con su Cuerpo”.

“Un pueblo que cuida a sus abuelos y que cuida a sus chicos y a sus jóvenes, tiene el triunfo asegurado”.

“También iré a Filadelfia con ocasión del Octavo Encuentro Mundial de las Familias, para celebrar y apoyar a la institución del matrimonio y de la familia en este momento”.

“Nuestra casa común ha formado parte de este grupo de excluidos, que clama al cielo y afecta fuertemente a nuestros hogares, nuestras ciudades y nuestras sociedades”.

“Ensanchar el corazón para dar testimonio de que Dios es grande en su amor es la sustancia de la misión del Sucesor de Pedro”.

“Me alegro del firme compromiso de su Iglesia a favor de la vida y de la familia, motivo principal de mi visita”.

“No una predicación de doctrinas complejas, sino el anuncio gozoso de Cristo, muerto y resucitado por nosotros”.

“El yugo de Jesús es yugo de amor y, por tanto, garantía de descanso”.

“Que el inminente Año Santo de la Misericordia, al introducirnos en las profundidades inagotables del corazón divino, en el que no hay división alguna, sea para todos una ocasión privilegiada para reforzar la comunión, perfeccionar la unidad, reconciliar las diferencias, perdonarnos unos a otros y superar toda división”.

“Hay algo dentro de nosotros que nos invita a la alegría y a no conformarnos con placebos que siempre quieren contentarnos”.

“¿Cómo hacer para que no se nos anestesie el corazón?”

¿Cómo profundizar la alegría del Evangelio en las diferentes situaciones de nuestra vida?”.

“La alegría del evangelio se experimenta, se conoce y se vive solamente dándola, dándose”.

(Junípero) “Lejos de esperar una vida maquillada, decorada, trucada, la abrazó como venía a su encuentro. Aunque fuera una vida que muchas veces se presenta derrotada, sucia, destruida”.

“Somos hijos de la audacia misionera de tantos que prefirieron no encerrarse”.

“Aprendió a gestar y a acompañar la vida de Dios en los rostros de los que iba encontrando haciéndolos sus hermanos. Junípero buscó defender la dignidad de la comunidad nativa, protegiéndola de cuantos la habían abusado”.

“«Siempre adelante». Esta fue la forma que Junípero encontró para vivir la alegría del Evangelio, para que no se le anesthesiara el corazón”.

“Me imagino a José, con su esposa a punto de tener a su hijo, sin un techo, sin casa, sin alojamiento. El Hijo de Dios entró en este mundo como uno que no tiene casa”.

“Al igual que a José, la fe nos abre la presencia silenciosa de Dios en toda vida, en toda persona, en toda situación”.

“No hay ningún motivo de justificación social, moral o del tipo que sea para aceptar la falta de alojamiento”.

“Esa caridad que nace de la llamada de un Dios que sigue golpeando nuestra puerta, la puerta de todos para invitarnos al amor, a la compasión, a la entrega de unos por otros”.

“En la oración, no hay ricos o pobres, hay hijos y hermanos. En la oración no hay personas de primera o de segunda, hay fraternidad”.

“Y que Jesús nos ayude a solucionar las injusticias que Él conoció primero. La de no tener casa”.

“Tenemos que vivir nuestra vocación con alegría”.

“He venido a rezar con ustedes, sacerdotes, consagradas, consagrados, para que nuestra vocación siga construyendo el gran edificio del Reino de Dios en este País”.

“Nos hará bien volver sobre nuestra vida con la gracia de la memoria. Memoria de aquel primer llamado, memoria del camino recorrido, memoria de tantas gracias recibidas... y sobre todo memoria del encuentro con Jesucristo en tantos momentos a lo largo del camino”.

“Un corazón agradecido busca espontáneamente servir al Señor y llevar un estilo de vida de trabajo intenso”.

“Ver y valorar las cosas desde la perspectiva de Dios exige que volvamos constantemente al comienzo de nuestra vocación y -no hace falta decirlo- exige una gran humildad”.

“El descanso es necesario, así como un tiempo para el ocio y el enriquecimiento personal, pero debemos aprender a descansar de manera que aumente nuestro deseo de servir generosamente”.

“Lloramos el dolor que provoca sentir la impotencia frente a la injusticia, frente al fratricidio, frente a la incapacidad de solucionar nuestras diferencias dialogando”.

“No era una cuestión de sangre, de origen, de barrio, de religión o de opción política; era cuestión de solidaridad, de emergencia, de hermandad. Era cuestión de humanidad”.

“La vida siempre está destinada a triunfar sobre los profetas de la destrucción, sobre la muerte, que el bien siempre despertará sobre el mal, que la reconciliación y la unidad vencerán sobre el odio y la división”.

“Espero que nuestra presencia aquí sea un signo potente de nuestras ganas de compartir y reafirmar el deseo de ser fuerzas de reconciliación, fuerzas de paz y justicia en esta comunidad y a lo largo y ancho de nuestro mundo”.

“Necesitamos desterrar de nosotros sentimientos de odio, de venganza, de rencor”.

“Pidamos al cielo el don de empeñarnos por la causa de la paz. Paz en nuestras casas, en nuestras familias, en nuestras escuelas, en nuestras comunidades. Paz en esos lugares donde la guerra parece no tener fin. Paz en esos rostros que lo único que han conocido ha sido el dolor. Paz en este mundo vasto que Dios nos lo ha dado como casa de todos y para todos”.

“La escuela se vuelve una gran familia para todos, donde junto a nuestras madres, padres, abuelos, educadores, maestros y compañeros aprendemos a ayudarnos, a compartir lo bueno de cada uno, a dar lo mejor de nosotros, a trabajar en equipo, a jugar en equipo, que es tan importante, y a perseverar en nuestras metas”.

“En todas las casas hay problemas, hay situaciones difíciles, hay enfermedades, pero no dejen de soñar con que puedan vivir con alegría”.

“Donde hay sueños, donde hay alegría, ahí siempre está Jesús”.

“Una de las particularidades del pueblo creyente pasa por su capacidad de ver, de contemplar en medio de sus «oscuridades» la luz que Cristo viene a traer. Ese pueblo creyente que sabe mirar, que saber discernir, que sabe contemplar la presencia viva de Dios en medio de su vida, en medio de su ciudad”.

“Las grandes ciudades son recuerdo de la riqueza que esconde nuestro mundo: la diversidad de culturas, tradiciones e historias. La variedad de lenguas, de vestidos, de alimentos”.

“Saber que Jesús sigue caminando en nuestras calles, mezclándose vitalmente con su pueblo, implicándose e implicando a las personas en una única historia de salvación, nos llena de esperanza, una esperanza que nos libera de esa fuerza que nos empuja a aislarnos, a desentendernos de la vida de los demás, de la vida de nuestra ciudad”.

“El primer movimiento que Jesús genera con su respuesta es proponer, incitar, motivar. Propone siempre a sus discípulos ir, salir. Los empuja a ir al encuentro de los otros, donde realmente están y no donde nos gustaría que estuviesen”.

“Dios está en medio de ustedes como un Padre misericordioso que sale todas las mañanas y todas las tardes para ver si su hijo vuelve a casa, y apenas lo ve venir corre a abrazarlo”.

“Y Dios y la Iglesia, que viven en nuestras ciudades, quieren ser fermento en la masa, quieren mezclarse con todos, acompañando a todos, anunciando las maravillas de Aquel que es Consejero maravilloso, Dios fuerte, Padre para siempre, Príncipe de la paz”.

(La historia de la Iglesia) “Nos habla de generaciones y generaciones de católicos comprometidos que han salido a las periferias y construido comunidades para el culto, para la educación, para la caridad y el servicio a la sociedad en general”.

“Uno de los grandes desafíos de la Iglesia en este momento es fomentar en todos los fieles el sentido de la responsabilidad personal en la misión de la Iglesia, y capacitarlos para que puedan cumplir con tal responsabilidad como discípulos misioneros, como fermento del Evangelio en nuestro mundo”.

“Sabemos que el futuro de la Iglesia, en una sociedad que cambia rápidamente, reclama ya desde ahora una participación de los laicos mucho más activa”.

“Los animo a que renueven la alegría, el estupor de ese primer encuentro con Jesús y a sacar de esa alegría renovada fidelidad y fuerza”.



“Durante estos días del Encuentro Mundial de las Familias, les pediría de modo especial que reflexionen sobre nuestro servicio a las familias, a las parejas que se preparan para el matrimonio y a nuestros jóvenes”.

“La Declaración de Independencia proclamó que todos los hombres y mujeres fueron creados iguales; que están dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables, y que los gobiernos existen para proteger y defender esos derecho”.

“Recordemos las grandes luchas que llevaron a la abolición de la esclavitud, la extensión del derecho de voto, el crecimiento del movimiento obrero y el esfuerzo gradual para eliminar todo tipo de racismo y de prejuicios contra la llegada posterior de nuevos americanos”.

“Un pueblo que tiene memoria no repite los errores del pasado; en cambio, afronta con confianza los retos del presente y del futuro”.

(La libertad religiosa). “Es un derecho fundamental que da forma a nuestro modo de interactuar social y personalmente con nuestros vecinos, que tienen creencias religiosas distintas a la nuestra”.

“Nuestras distintas tradiciones religiosas,,, llaman a los individuos y a las comunidades a adorar a Dios, fuente de la vida, de la libertad y de la felicidad. Nos recuerdan la dimensión trascendente de la existencia humana y de nuestra libertad irreductible frente a la pretensión de cualquier poder absoluto”.

“Llaman a la conversión, a la reconciliación, a la preocupación por el futuro de la sociedad, a la abnegación en el servicio al bien común y a la compasión por los necesitados. En el corazón de su misión espiritual está la proclamación de la verdad y la dignidad de la persona humana y de todos los derechos humanos”.

“En un mundo en el que diversas formas de tiranía moderna tratan de suprimir la libertad religiosa, o, como dije antes, reducirla a una subcultura sin derecho a voz y voto en la plaza pública, o de utilizar la religión como pretexto para el odio y la brutalidad, es necesario que los fieles de las diversas tradiciones religiosas unan sus voces para clamar por la paz, la tolerancia, el respeto a la dignidad y a los derechos de los demás”.

“Si una globalización pretende igualar a todos, como si fuera una esfera, esa globalización destruye la riqueza y la particularidad de cada persona y de cada pueblo”.

“Si la globalización une como un poliedro, donde están todos unidos, pero cada uno conserva su propia identidad, es buena y hace crecer a un pueblo, y da dignidad a todos los hombres y les otorga derechos”.

“Cuidemos la libertad. La libertad de conciencia, la libertad religiosa, la libertad de cada persona, de cada familia, de cada pueblo, que es la que da lugar a los derechos”.

“Las palabras no pueden expresar plenamente mi dolor por el abuso que han sufrido”.

“Lamento profundamente las veces en que ustedes o sus familias denunciaron abusos pero no fueron escuchados o creídos. Sepan que el Santo Padre les escucha y les cree”-

“El clero y los obispos tendrán que rendir cuentas de sus acciones cuando abusen o no protejan a los menores”.

“Humildemente les pido a ustedes y a todos los sobrevivientes de abusos que se queden con nosotros, con la Iglesia, y que juntos como peregrinos en el camino de fe, podamos encontrar nuestro camino hacia el Padre”.

“Los crímenes y pecados de los abusos sexuales a menores no pueden ser mantenidos en secreto por más tiempo, me comprometo a la celosa vigilancia de la Iglesia para proteger a los menores y prometo que todos los responsables rendirán cuenta”.

“La familia no es para la Iglesia principalmente una fuente de preocupación, sino la confirmación de la bendición de Dios a la obra maestra de la creación”.

“La familia es el lugar fundamental de la alianza de la Iglesia con la creación, con esa creación de Dios, que Dios bendijo el último día con una familia. Sin la familia, tampoco la Iglesia existiría”.

“El cristiano no es un «ser inmune» a los cambios de su tiempo y en este mundo concreto, con sus múltiples problemáticas y posibilidades, es donde se debe vivir, creer y anunciar”.

“Lo importante hoy parece que lo determina el consumo. Consumir relaciones, consumir amistades, consumir religiones, consumir, consumir... No importa el costo ni las consecuencias”.

“Nosotros, pastores tras las huellas del Pastor, estamos invitados a buscar, acompañar, levantar, curar las heridas de nuestro tiempo”.

“Estamos viviendo una cultura que impulsa y convence a los jóvenes a no fundar una familia, unos por la falta de medios materiales para hacerlo y otros por tener tantos medios que están muy cómodos así, pero esa es la tentación, no fundar una familia”.

“Tenemos que emplear nuestras energías, no tanto en explicar una y otra vez los defectos de la época actual y los méritos del cristianismo, sino en invitar con franqueza a los jóvenes a que sean audaces y elijan el matrimonio y la familia”.

“El pastor ha de mostrar que el «Evangelio de la familia» es verdaderamente «buena noticia» para un mundo en que la preocupación por uno mismo reina por encima de todo”.

“Son las familias las que transforman el mundo y la historia”.

“Sería bueno preguntarnos si en nuestro ministerio pastoral sabemos «perder» el tiempo con las familias”.

“Nuestro ministerio necesita desarrollar la alianza de la Iglesia y la familia”.

“La familia es nuestra aliada, nuestra ventana al mundo, la familia es la evidencia de una bendición irrevocable de Dios destinada a todos los hijos de esta historia difícil y hermosa de la creación, que Dios nos ha pedido que sirvamos”

“Si no te lavo los pies, no podré darte la vida que el Padre siempre soñó, la vida para la cual te creó”.

“Quiere que volvamos a los caminos, a la vida, sintiendo que tenemos una misión; que este tiempo de reclusión nunca ha sido y nunca será sinónimo de expulsión. Vivir supone “ensuciarse los pies” por los caminos polvorientos de la vida y de la historia. Y todos tenemos necesidad de ser purificados, de ser lavados”-

“Todos tenemos algo de lo que ser limpiados y purificados. Todos. Que esta conciencia nos despierte a la solidaridad entre todos, a apoyarnos y a buscar lo mejor para los demás”.

“Estoy muy agradecido a todos ustedes y también a todos los que se han empleado a fondo para hacer posible mi visita y preparar el Encuentro Mundial de las Familias”.

“No dejen que su entusiasmo por Jesús, por la Iglesia, por nuestras familias y por la familia más amplia de la sociedad se apague”.

Carta del Santo Padre Francisco  
con la que se concede la indulgencia  
con ocasión del Jubileo Extraordinario  
de la Misericordia

*Al venerado hermano*

*Monseñor Rino Fisichella*

*Presidente del Consejo pontificio*

*para la promoción de la nueva evangelización*

La cercanía del Jubileo extraordinario de la Misericordia me permite centrar la atención en algunos puntos sobre los que considero importante intervenir para facilitar que la celebración del Año Santo sea un auténtico momento de encuentro con la misericordia de Dios para todos los creyentes. Es mi deseo, en efecto, que el Jubileo sea experiencia viva de la cercanía del Padre, como si se quisiese tocar con la mano su ternura, para que se fortalezca la fe de cada creyente y, así, el testimonio sea cada vez más eficaz.

Mi pensamiento se dirige, en primer lugar, a todos los fieles que en cada diócesis, o como peregrinos en Roma, vivirán la gracia del Jubileo. Deseo que la indulgencia jubilar llegue a cada uno como genuina experiencia de la misericordia de Dios, la cual va al encuentro de todos con el rostro del Padre que acoge y perdona, olvidando completamente el pecado cometido. Para vivir y obtener la indulgencia los fieles están llamados a realizar una breve peregrinación hacia la Puerta Santa, abierta en cada catedral o en las iglesias establecidas por el obispo diocesano y en las cuatro basílicas papales en Roma, como signo del deseo profundo de auténtica conversión. Igualmente dispongo que se pueda ganar la indulgencia en los santuarios donde se abra la Puerta de la Misericordia y en las iglesias que tradicionalmente se identifican como Jubilares. Es importante que este momento esté unido, ante todo, al Sacramento de la Reconciliación y a la celebración de la santa Eucaristía con un reflexión sobre la misericordia. Será necesario acompañar estas celebraciones con la profesión de fe y con la oración por mí y por las intenciones que llevo en el corazón para el bien de la Iglesia y de todo el mundo.

Pienso, además, en quienes por diversos motivos se verán imposibilitados de llegar a la Puerta Santa, en primer lugar los enfermos y las personas ancianas y solas, a menudo en condiciones de no poder salir de casa. Para ellos será de gran ayuda vivir la enfermedad y el sufrimiento como experiencia de cercanía al Señor que en el misterio de su pasión, muerte y resurrección indica la vía maestra para dar sentido al dolor y a la soledad. Vivir con fe y gozosa esperanza este momento de prueba, recibiendo la comunión o participando en la santa misa y en la oración comunitaria, también a través de los diversos medios de comunicación, será para ellos el modo de obtener la indulgencia jubilar. Mi pensamiento se dirige también a los presos, que experimentan la limitación de su liber-

tad. El Jubileo siempre ha sido la ocasión de una gran amnistía, destinada a hacer partícipes a muchas personas que, incluso mereciendo una pena, sin embargo han tomado conciencia de la injusticia cometida y desean sinceramente integrarse de nuevo en la sociedad dando su contribución honesta. Que a todos ellos llegue realmente la misericordia del Padre que quiere estar cerca de quien más necesita de su perdón. En las capillas de las cárceles podrán ganar la indulgencia, y cada vez que atraviesen la puerta de su celda, dirigiendo su pensamiento y la oración al Padre, pueda este gesto ser para ellos el paso de la Puerta Santa, porque la misericordia de Dios, capaz de convertir los corazones, es también capaz de convertir las rejas en experiencia de libertad.

He pedido que la Iglesia redescubra en este tiempo jubilar la riqueza contenida en las obras de misericordia corporales y espirituales. La experiencia de la misericordia, en efecto, se hace visible en el testimonio de signos concretos como Jesús mismo nos enseñó. Cada vez que un fiel viva personalmente una o más de estas obras obtendrá ciertamente la indulgencia jubilar. De aquí el compromiso a vivir de la misericordia para obtener la gracia del perdón completo y total por el poder del amor del Padre que no excluye a nadie. Será, por lo tanto, una indulgencia jubilar plena, fruto del acontecimiento mismo que se celebra y se vive con fe, esperanza y caridad.

La indulgencia jubilar, por último, se puede ganar también para los difuntos. A ellos estamos unidos por el testimonio de fe y caridad que nos dejaron. De igual modo que los recordamos en la celebración eucarística, también podemos, en el gran misterio de la comunión de los santos, rezar por ellos para que el rostro misericordioso del Padre los libere de todo residuo de culpa y pueda abrazarlos en la bienaventuranza que no tiene fin.

Uno de los graves problemas de nuestro tiempo es, ciertamente, la modificación de la relación con la vida. Una mentalidad muy generalizada que ya ha provocado una pérdida de la debida sensibilidad personal y social hacia la acogida de una nueva vida. Algunos viven el drama del aborto con una consciencia superficial, casi sin darse cuenta del gravísimo mal que comporta un acto de ese tipo. Muchos otros, en cambio, incluso viviendo ese momento como una derrota, consideran no tener otro camino por donde ir. Pienso, de forma especial, en todas las mujeres que han recurrido al aborto. Conozco bien los condicionamientos que las condujeron a esa decisión. Sé que es un drama existencial y moral. He encontrado a muchas mujeres que llevaban en su corazón una cicatriz por esa elección sufrida y dolorosa. Lo sucedido es profundamente injusto; sin embargo, sólo el hecho de comprenderlo en su verdad puede consentir no perder la esperanza. El perdón de Dios no se puede negar a todo el que se haya arrepentido, sobre todo cuando con corazón sincero se acerca al Sacramento de la Confesión para obtener la reconciliación con el Padre. También por este motivo he decidido conceder a todos los sacerdotes para el Año jubilar, no obstante cualquier cuestión contraria, la facultad de absolver del pecado del aborto a quienes lo han practicado y arrepentidos de corazón piden por ello perdón. Los sacerdotes se deben preparar para esta gran tarea sabiendo conjugar palabras de genuina acogida con una reflexión que ayude a comprender el pecado cometido, e indicar un itinerario de conversión verdadera para llegar a acoger el auténtico y generoso perdón del Padre que todo lo renueva con su presencia.

Una última consideración se dirige a los fieles que por diversos motivos frecuentan las iglesias donde celebran los sacerdotes de la Fraternidad de San Pío X. Este Año jubilar de la Misericordia no excluye a nadie. Desde diversos lugares,



algunos hermanos obispos me han hablado de su buena fe y práctica sacramental, unida, sin embargo, a la dificultad de vivir una condición pastoralmente difícil. Confío que en el futuro próximo se puedan encontrar soluciones para recuperar la plena comunión con los sacerdotes y los superiores de la Fraternidad. Al mismo tiempo, movido por la exigencia de corresponder al bien de estos fieles, por una disposición mía establezco que quienes durante el Año Santo de la Misericordia se acerquen a los sacerdotes de la Fraternidad San Pío X para celebrar el Sacramento de la Reconciliación, recibirán válida y lícitamente la absolución de sus pecados.

Confiando en la intercesión de la Madre de la Misericordia, encomiendo a su protección la preparación de este Jubileo extraordinario.

*Vaticano, 1 de septiembre de 2015.*

**Francisco**

## Mensaje del Santo Padre Francisco para la Jornada Mundial del Emigrante y del Refugiado

(17 de enero de 2016)

*«Emigrantes y refugiados nos interpelan. La respuesta del Evangelio de la misericordia»*

*Queridos hermanos y hermanas*

En la bula de convocación al Jubileo Extraordinario de la Misericordia recordé que «hay momentos en los que de un modo mucho más intenso estamos llamados a la mirada fija en la misericordia para poder ser también nosotros mismos signo eficaz del obrar del Padre» (*Misericordiae vultus*, 3). En efecto, el amor de Dios tiende alcanzar a todos y a cada uno, transformando a aquellos que acojan el abrazo del Padre entre otros brazos que se abren y se estrechan para que quien sea sepa que es amado como hijo y se sienta «en casa» en la única familia humana. De este modo, la premura paterna de Dios es solícita para con todos, como lo hace el pastor con su rebaño,

y es particularmente sensible a las necesidades de la oveja herida, cansada o enferma. Jesucristo nos habló así del Padre, para decirnos que él se inclina sobre el hombre llagado por la miseria física o moral y, cuanto más se agravan sus condiciones, tanto más se manifiesta la eficacia de la misericordia divina.

En nuestra época, los flujos migratorios están en continuo aumento en todas las áreas del planeta: refugiados y personas que escapan de su propia patria interpelan a cada uno y a las colectividades, desafiando el modo tradicional de vivir y, a veces, trastornando el horizonte cultural y social con el cual se confrontan. Cada vez con mayor frecuencia, las víctimas de la violencia y de la pobreza, abandonando sus tierras de origen, sufren el ultraje de los traficantes de personas humanas en el viaje hacia el sueño de un futuro mejor. Si después sobreviven a los abusos y a las adversidades, deben hacer cuentas con realidades donde se anidan sospechas y temores. Además, no es raro que se encuentren con falta de normas claras y que se puedan poner en práctica, que regulen la acogida y prevean vías de integración a corto y largo plazo, con atención a los derechos y a los deberes de todos. Más que en tiempos pasados, hoy el Evangelio de la misericordia interpela las conciencias, impide que se habitúen al sufrimiento del otro e indica caminos de respuesta que se fundan en las virtudes teologales de la fe, de la esperanza y de la caridad, desplegándose en las obras de misericordia espirituales y corporales.

Sobre la base de esta constatación, he querido que la Jornada Mundial del Emigrante y del Refugiado de 2016 sea dedicada al tema: «Emigrantes y refugiados nos interpelan. La respuesta del Evangelio de la misericordia». Los flujos migratorios son una realidad estructural y la primera cuestión que se impone es la superación de la fase de emergencia para dar espacio a programas que consideren las causas de las migraciones, de los cambios que se producen y de las consecuencias que

imprimen rostros nuevos a las sociedades y a los pueblos. Todos los días, sin embargo, las historias dramáticas de millones de hombres y mujeres interpelan a la Comunidad internacional, ante la aparición de inaceptables crisis humanitarias en muchas zonas del mundo. La indiferencia y el silencio abren el camino a la complicidad cuanto vemos como espectadores a los muertos por sofocamiento, penurias, violencias y naufragios. Sea de grandes o pequeñas dimensiones, siempre son tragedias cuando se pierde aunque sea sólo una vida.

Los emigrantes son nuestros hermanos y hermanas que buscan una vida mejor lejos de la pobreza, del hambre, de la explotación y de la injusta distribución de los recursos del planeta, que deberían ser divididos equitativamente entre todos. ¿No es tal vez el deseo de cada uno de ellos el de mejorar las propias condiciones de vida y el de obtener un honesto y legítimo bienestar para compartir con las personas que aman?

En este momento de la historia de la humanidad, fuertemente marcado por las migraciones, la identidad no es una cuestión de importancia secundaria. Quien emigra, de hecho, es obligado a modificar algunos aspectos que definen a la propia persona e, incluso en contra de su voluntad, obliga al cambio también a quien lo acoge. ¿Cómo vivir estos cambios de manera que no se conviertan en obstáculos para el auténtico desarrollo, sino que sean oportunidades para un auténtico crecimiento humano, social y espiritual, respetando y promoviendo los valores que hacen al hombre cada vez más hombre en la justa relación con Dios, con los otros y con la creación?

En efecto, la presencia de los emigrantes y de los refugiados interpela seriamente a las diversas sociedades que los acogen. Estas deben afrontar los nuevos hechos, que pueden verse como imprevistos si no son adecuadamente motivados, administrados y regulados. ¿Cómo hacer de modo que la integración sea una

experiencia enriquecedora para ambos, que abra caminos positivos a las comunidades y prevenga el riesgo de la discriminación, del racismo, del nacionalismo extremo o de la xenofobia?

La revelación bíblica anima a la acogida del extranjero, motivándola con la certeza de que haciendo eso se abren las puertas a Dios, y en el rostro del otro se manifiestan los rasgos de Jesucristo. Muchas instituciones, asociaciones, movimientos, grupos comprometidos, organismos diocesanos, nacionales e internacionales viven el asombro y la alegría de la fiesta del encuentro, del intercambio y de la solidaridad. Ellos han reconocido la voz de Jesucristo: «Mira, que estoy a la puerta y llamo» (*Ap* 3,20). Y, sin embargo, no cesan de multiplicarse los debates sobre las condiciones y los límites que se han de poner a la acogida, no sólo en las políticas de los Estados, sino también en algunas comunidades parroquiales que ven amenazada la tranquilidad tradicional.

Ante estas cuestiones, ¿cómo puede actuar la Iglesia si no inspirándose en el ejemplo y en las palabras de Jesucristo? La respuesta del Evangelio es la misericordia.

En primer lugar, ésta es don de Dios Padre revelado en el Hijo: la misericordia recibida de Dios, en efecto, suscita sentimientos de alegre gratitud por la esperanza que nos ha abierto al misterio de la redención en la sangre de Cristo. Alimenta y robustece, además, la solidaridad hacia el prójimo como exigencia de respuesta al amor gratuito de Dios, «que fue derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo» (*Rm* 5,5). Así mismo, cada uno de nosotros es responsable de su prójimo: somos custodios de nuestros hermanos y hermanas, donde quiera que vivan. El cuidar las buenas relaciones personales y la capacidad de superar prejuicios y miedos son ingredientes esenciales para cultivar la cultura del encuentro, donde se está dispuesto no sólo a dar, sino también a recibir de los otros. La

hospitalidad, de hecho, vive del dar y del recibir.

En esta perspectiva, es importante mirar a los emigrantes no solamente en función de su condición de regularidad o de irregularidad, sino sobre todo como personas que, tuteladas en su dignidad, pueden contribuir al bienestar y al progreso de todos, de modo particular cuando asumen responsablemente los deberes en relación con quien los acoge, respetando con reconocimiento el patrimonio material y espiritual del país que los hospeda, obedeciendo sus leyes y contribuyendo a sus costes. A pesar de todo, no se pueden reducir las migraciones a su dimensión política y normativa, a las implicaciones económicas y a la mera presencia de culturas diferentes en el mismo territorio. Estos aspectos son complementarios a la defensa y a la promoción de la persona humana, a la cultura del encuentro entre pueblos y de la unidad, donde el Evangelio de la misericordia inspira y anima itinerarios que renuevan y transforman a toda la humanidad.

La Iglesia apoya a todos los que se esfuerzan por defender los derechos de todos a vivir con dignidad, sobre todo ejerciendo el derecho a no tener que emigrar para contribuir al desarrollo del país de origen. Este proceso debería incluir, en su primer nivel, la necesidad de ayudar a los países del cual salen los emigrantes y los prófugos. Así se confirma que la solidaridad, la cooperación, la interdependencia internacional y la equa distribución de los bienes de la tierra son elementos fundamentales para actuar en profundidad y de manera incisiva sobre todo en las áreas de donde parten los flujos migratorios, de tal manera que cesen las necesidades que inducen a las personas, de forma individual o colectiva, a abandonar el propio ambiente natural y cultural. En todo caso, es necesario evitar, posiblemente ya en su origen, la huida de los prófugos y los éxodos provocados por la pobreza, por la violencia y por la persecución.

Sobre esto es indispensable que la opinión pública sea informada de forma correcta, incluso para prevenir miedos injustificados y especulaciones a costa de los migrantes.

Nadie puede fingir de no sentirse interpelado por las nuevas formas de esclavitud gestionada por organizaciones criminales que venden y compran a hombres, mujeres y niños como trabajadores en la construcción, en la agricultura, en la pesca y en otros ámbitos del mercado. Cuántos menores son aún hoy obligados a alistarse en las milicias que los transforman en niños soldados. Cuántas personas son víctimas del tráfico de órganos, de la mendicidad forzada y de la explotación sexual. Los prófugos de nuestro tiempo escapan de estos crímenes aberrantes, que interpelan a la Iglesia y a la comunidad humana, de manera que ellos puedan ver en las manos abiertas de quien los acoge el rostro del Señor «Padre misericordioso y Dios te toda consolación» (2 Co1,3).

Queridos hermanos y hermanas emigrantes y refugiados. En la raíz del Evangelio de la misericordia el encuentro y la acogida del otro se entrecruzan con el encuentro y la acogida de Dios: Acoger al otro es acoger a Dios en persona. No se dejen robar la esperanza y la alegría de vivir que brotan de la experiencia de la misericordia de Dios, que se manifiesta en las personas que encuentran a lo largo de su camino. Los encomiendo a la Virgen María, Madre de los emigrantes y de los refugiados, y a san José, que vivieron la amargura de la emigración a Egipto. Encomiendo también a su intercesión a quienes dedican energía, tiempo y recursos al cuidado, tanto pastoral como social, de las migraciones. Sobre todo, les imparto de corazón la Bendición Apostólica.

*Vaticano, 12 de septiembre de 2015, memoria del Santo  
Nombre de María*

**Francisco**

## Mensaje del Santo Padre Francisco para la XXIV jornada mundial del Enfermo 2016

*Confiar en Jesús misericordioso como María:  
“Haced lo que Él os diga” (Jn 2,5)*

*Queridos hermanos y hermanas:*

La XXIV Jornada Mundial del Enfermo me ofrece la oportunidad de estar especialmente cerca de vosotros, queridos enfermos, y de todos los que os cuidan.

Debido a que este año dicha Jornada será celebrada solemnemente en Tierra Santa, propongo meditar la narración evangélica de las bodas de Caná (Jn 2,1-11), donde Jesús realizó su primer milagro gracias a la mediación de su Madre. El tema elegido, «*Confiar en Jesús misericordioso como María: “Haced lo que Él os diga”*» (Jn 2,5), se inscribe muy bien en el marco del Jubileo extraordinario de la Misericordia. La Celebración eucarística central de la Jornada, el 11 de febrero de 2016, memoria litúrgica de Nuestra Señora de Lourdes, tendrá lugar precisamente en Nazaret, donde «la Palabra se hizo carne, y puso su morada entre nosotros» (Jn 1,14). Jesús inició allí su



misión salvífica, aplicando a sí mismo las palabras del profeta Isaías, como dice el evangelista Lucas: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha unguido. Me ha enviado a evangelizar a los pobres, a proclamar a los cautivos la libertad, y a los ciegos, la vista; a poner en libertad a los oprimidos; a proclamar el año de gracia del Señor» (*Lc 4,18-19*).

La enfermedad, sobre todo cuando es grave, pone siempre en crisis la existencia humana y nos plantea grandes interrogantes. La primera reacción puede ser de rebeldía: ¿Por qué me ha sucedido precisamente a mí? Podemos sentirnos desesperados, pensar que todo está perdido y que ya nada tiene sentido...

En esta situación, por una parte la fe en Dios se pone a prueba, pero al mismo tiempo revela toda su fuerza positiva. No porque la fe haga desaparecer la enfermedad, el dolor o los interrogantes que plantea, sino porque nos ofrece una clave con la que podemos descubrir el sentido más profundo de lo que estamos viviendo; una clave que nos ayuda a ver cómo la enfermedad puede ser la vía que nos lleva a una cercanía más estrecha con Jesús, que camina a nuestro lado cargado con la cruz. Y esta clave nos la proporciona María, su Madre, experta en esta vía.

En las bodas de Caná, María aparece como la mujer atenta que se da cuenta de un problema muy importante para los esposos: se ha acabado el vino, símbolo del gozo de la fiesta. María descubre la dificultad, en cierto sentido la hace suya y, con discreción, actúa rápidamente. No se limita a mirar, y menos aún se detiene a hacer juicios, sino que se dirige a Jesús y le presenta el problema tal como es: «No tienen vino» (*Jn 2,3*). Y cuando Jesús le hace presente que aún no ha llegado el momento para que Él se revele (cf. v. 4), dice a los sirvientes: «Haced lo que Él os diga» (v. 5). Entonces Jesús realiza el milagro, transformando una gran cantidad de agua en vino, en un vino que aparece de inmediato como el mejor de toda la fiesta. ¿Qué enseñanza

podemos obtener del misterio de las bodas de Caná para la Jornada Mundial del Enfermo?

El banquete de bodas de Caná es una imagen de la Iglesia: en el centro está Jesús misericordioso que realiza la señal; a su alrededor están los discípulos, las primicias de la nueva comunidad; y cerca de Jesús y de sus discípulos está María, Madre previsora y orante. María participa en el gozo de la gente común y contribuye a aumentarlo; intercede ante su Hijo por el bien de los esposos y de todos los invitados. Y Jesús no rechazó la petición de su Madre. Cuánta esperanza nos da este acontecimiento. Tenemos una Madre con ojos vigilantes y compasivos, como los de su Hijo; con un corazón maternal lleno de misericordia, como Él; con unas manos que quieren ayudar, como las manos de Jesús, que partían el pan para los hambrientos, que tocaban a los enfermos y los sanaba. Esto nos llena de confianza y nos abre a la gracia y a la misericordia de Cristo. La intercesión de María nos permite experimentar la consolación por la que el apóstol Pablo bendice a Dios: «¡Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, que nos consuela en cualquier tribulación nuestra hasta el punto de poder consolar nosotros a los demás en cualquier lucha, mediante el consuelo con que nosotros mismos somos consolados por Dios! Porque lo mismo que abundan en nosotros los sufrimientos de Cristo, abunda también nuestro consuelo gracias a Cristo» (2 Co 1,3-5). María es la Madre «consolada» que consuela a sus hijos.

En Caná se perfilan los rasgos característicos de Jesús y de su misión: Él es Aquel que socorre al que está en dificultad y pasa necesidad. En efecto, en su ministerio mesiánico curará a muchos de sus enfermedades, dolencias y malos espíritus, dará la vista a los ciegos, hará caminar a los cojos, devolverá la salud y la dignidad a los leprosos, resucitará a los muertos y a los pobres anunciará la buena nueva (cf. *Lc* 7,21-22). La petición de

María, durante el banquete nupcial, puesta por el Espíritu Santo en su corazón de madre, manifestó no sólo el poder mesiánico de Jesús sino también su misericordia.

En la solicitud de María se refleja la ternura de Dios. Y esa misma ternura se hace presente también en la vida de muchas personas que se encuentran junto a los enfermos y saben comprender sus necesidades, aún las más ocultas, porque miran con ojos llenos de amor. Cuántas veces una madre a la cabecera de su hijo enfermo, o un hijo que se ocupa de su padre anciano, o un nieto que está cerca del abuelo o de la abuela, confían su súplica en las manos de la Virgen. Para nuestros seres queridos que sufren por la enfermedad pedimos en primer lugar la salud; Jesús mismo manifestó la presencia del Reino de Dios precisamente a través de las curaciones: «Id a anunciar a Juan lo que estáis viendo y oyendo: los ciegos ven y los cojos andan; los leprosos quedan limpios y los sordos oyen; los muertos resucitan» (*Mt* 11,4-5). Pero el amor animado por la fe hace que pidamos para ellos algo más grande que la salud física: pedimos la paz, la serenidad de la vida que parte del corazón y que es don de Dios, fruto del Espíritu Santo que el Padre no niega nunca a los que se lo piden con confianza.

En la escena de Caná, además de Jesús y su Madre, están también los que son llamados «sirvientes», que reciben de Ella esta indicación: «Haced lo que Él os diga» (*Jn* 2,5). Naturalmente el milagro tiene lugar por obra de Cristo; sin embargo, Él quiere servirse de la ayuda humana para realizar el prodigio. Habría podido hacer aparecer directamente el vino en las tinajas. Sin embargo, quiere contar con la colaboración humana, y pide a los sirvientes que las llenen de agua. Cuánto valora y aprecia Dios que seamos servidores de los demás. Esta es de las cosas que más nos asemeja a Jesús, el cual «no ha venido a ser servido sino a servir» (*Mc* 10,45). Estos personajes anónimos del Evangelio nos enseñan mucho. No sólo obedecen, sino que lo

hacen generosamente: llenaron las tinajas hasta el borde (cf. *Jn* 2,7). Se fían de la Madre, y con prontitud hacen bien lo que se les pide, sin lamentarse, sin hacer cálculos.

En esta Jornada Mundial del Enfermo podemos pedir a Jesús misericordioso por la intercesión de María, Madre suya y nuestra, que nos conceda esta disponibilidad para servir a los necesitados, y concretamente a nuestros hermanos enfermos. A veces este servicio puede resultar duro, pesado, pero estamos seguros de que el Señor no dejará de transformar nuestro esfuerzo humano en algo divino. También nosotros podemos ser manos, brazos, corazones que ayudan a Dios a realizar sus prodigios, con frecuencia escondidos. También nosotros, sanos o enfermos, podemos ofrecer nuestros cansancios y sufrimientos como el agua que llenó las tinajas en las bodas de Caná y fue transformada en el mejor vino. Cada vez que se ayuda discretamente a quien sufre, o cuando se está enfermo, se tiene la ocasión de cargar sobre los propios hombros la cruz de cada día y de seguir al Maestro (cf. *Lc* 9,23); y aún cuando el encuentro con el sufrimiento sea siempre un misterio, Jesús nos ayuda a encontrarle sentido.

Si sabemos escuchar la voz de María, que nos dice también a nosotros: «Haced lo que Él os diga», Jesús transformará siempre el agua de nuestra vida en vino bueno. Así, esta Jornada Mundial del Enfermo, celebrada solemnemente en Tierra Santa, ayudará a realizar el deseo que he manifestado en la Bula de convocatoria del Jubileo Extraordinario de la Misericordia: «Este Año Jubilar vivido en la misericordia pueda favorecer el encuentro con [el Hebraísmo, el Islam] y con las otras nobles tradiciones religiosas; nos haga más abiertos al diálogo para conocernos y comprendernos mejor; elimine toda forma de cerrazón y desprecio, y aleje cualquier forma de violencia y de discriminación» (*Misericordiae Vultus*, 23). Cada hospital o clínica puede ser un signo visible y un lugar que promueva la cultura del

encuentro y de la paz, y en el que la experiencia de la enfermedad y del sufrimiento, así como también la ayuda profesional y fraterna, contribuyan a superar todo límite y división.

Son un ejemplo para nosotros las dos monjas canonizadas en el pasado mes de mayo: santa María Alfonsina Danil Ghattas y santa María de Jesús Crucificado Baouardy, ambas hijas de la Tierra Santa. La primera fue testigo de mansedumbre y de unidad, ofreciendo un claro testimonio de la importancia que tiene el que seamos unos responsables de los otros importante es que seamos responsables unos de otros, de que vivíamos al servicio de los demás. La segunda, mujer humilde e iletrada, fue dócil al Espíritu Santo y se convirtió en instrumento de encuentro con el mundo musulmán.

A todos los que están al servicio de los enfermos y de los que sufren, les deseo que estén animados por el ejemplo de María, Madre de la Misericordia. «La dulzura de su mirada nos acompañe en este Año Santo, a fin de que todos podamos descubrir la alegría de la ternura de Dios» (*ibíd.*, 24) y llevarla grabada en nuestros corazones y en nuestros gestos. Encomendemos a la intercesión de la Virgen nuestras ansias y tribulaciones, junto con nuestros gozos y consolaciones, y dirijamos a ella nuestra oración, para que vuelva a nosotros sus ojos misericordiosos, especialmente en los momentos de dolor, y nos haga dignos de contemplar hoy y por toda la eternidad el Rostro de la misericordia, su Hijo Jesús.

Acompaño esta súplica por todos vosotros con mi Bendición Apostólica.

*Dado en el Vaticano, el 15 de setiembre de 2015  
Memoria de Nuestra Señora de los Dolores.*

**Francisco**

## Mensaje del Santo Padre Francisco para la XXXI Jornada Mundial de la Juventud 2016

*«Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos  
alcanzarán misericordia» (Mt 5,7)*

*Queridos jóvenes:*

Hemos llegado ya a la última etapa de nuestra peregrinación a Cracovia, donde el próximo año, en el mes de julio, celebraremos juntos la XXXI Jornada Mundial de la Juventud. En nuestro largo y arduo camino nos guían las palabras de Jesús recogidas en el “sermón de la montaña”. Hemos iniciado este recorrido en 2014, meditando juntos sobre la primera de las Bienaventuranzas: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos» (Mt 5,3). Para el año 2015 el tema fue «Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios» (Mt 5,8). En el año que tenemos por delante nos queremos dejar inspirar por las palabras: «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia» (Mt 5,7).

## ***1. El Jubileo de la Misericordia***

Con este tema la JMJ de Cracovia 2016 se inserta en el Año Santo de la Misericordia, convirtiéndose en un verdadero Jubileo de los Jóvenes a nivel mundial. No es la primera vez que un encuentro internacional de los jóvenes coincide con un Año jubilar. De hecho, fue durante el Año Santo de la Redención (1983/1984) que San Juan Pablo II convocó por primera vez a los jóvenes de todo el mundo para el Domingo de Ramos. Después fue durante el Gran Jubileo del Año 2000 en que más de dos millones de jóvenes de unos 165 países se reunieron en Roma para la XV Jornada Mundial de la Juventud. Como sucedió en estos dos casos precedentes, estoy seguro de que el Jubileo de los Jóvenes en Cracovia será uno de los momentos fuertes de este Año Santo.

Quizás alguno de ustedes se preguntará: ¿Qué es este Año jubilar que se celebra en la Iglesia? El texto bíblico del *Levítico* 25 nos ayuda a comprender lo que significa un “jubileo” para el pueblo de Israel: Cada cincuenta años los hebreos oían el son de la trompeta (*jobel*) que les convocaba (*jobil*) para celebrar un año santo, como tiempo de reconciliación (*jobal*) para todos. En este tiempo se debía recuperar una buena relación con Dios, con el prójimo y con lo creado, basada en la gratuidad. Por ello se promovía, entre otras cosas, la condonación de las deudas, una ayuda particular para quien se empobreció, la mejora de las relaciones entre las personas y la liberación de los esclavos.

Jesucristo vino para anunciar y llevar a cabo el tiempo perenne de la gracia del Señor, llevando a los pobres la buena noticia, la liberación a los cautivos, la vista a los ciegos y la libertad a los oprimidos (cfr. *Lc* 4, 18-19). En Él, especialmente en su Misterio Pascual, se cumple plenamente el sentido más profundo del jubileo. Cuando la Iglesia convoca un jubileo en el nombre de

Cristo, estamos todos invitados a vivir un extraordinario tiempo de gracia. La Iglesia misma está llamada a ofrecer abundantemente signos de la presencia y cercanía de Dios, a despertar en los corazones la capacidad de fijarse en lo esencial. En particular, este Año Santo de la Misericordia «es el tiempo para que la Iglesia redescubra el sentido de la misión que el Señor le ha confiado el día de Pascua: ser signo e instrumento de la misericordia del Padre» (*Homilía en las Primeras Vísperas del Domingo de la Divina Misericordia*, 11 de abril de 2015).

## **2. Misericordiosos como el Padre**

El lema de este Jubileo extraordinario es: «Misericordiosos como el Padre» (cfr. *Misericordiae Vultus*, 13), y con ello se entona el tema de la próxima JMJ. Intentemos por ello comprender mejor lo que significa la misericordia divina.

El Antiguo Testamento, para hablar de la misericordia, usa varios términos; los más significativos son los de *besed* y *rabamim*. El primero, aplicado a Dios, expresa su incansable fidelidad a la Alianza con su pueblo, que Él ama y perdona eternamente. El segundo, *rabamim*, se puede traducir como “entrañas”, que nos recuerda en modo particular el seno materno y nos hace comprender el amor de Dios por su pueblo, como es el de una madre por su hijo. Así nos lo presenta el profeta Isaías: «¿Se olvida una madre de su criatura, no se compadece del hijo de sus entrañas? ¡Pero aunque ella se olvide, yo no te olvidaré!» (*Is* 49,15). Un amor de este tipo implica hacer espacio al otro dentro de uno, sentir, sufrir y alegrarse con el prójimo.

En el concepto bíblico de misericordia está incluido lo concreto de un amor que es fiel, gratuito y sabe perdonar. En Oseas tenemos un hermoso ejemplo del amor de Dios, comparado con el de un padre hacia su hijo: «Cuando Israel era niño, yo lo amé, y de Egipto llamé a mi hijo. Pero cuanto más los llamaba, más se alejaban de mí; [...] ¡Y yo había enseñado a caminar a



Efraím, lo tomaba por los brazos! Pero ellos no reconocieron que yo los cuidaba. Yo los atraía con lazos humanos, con ataduras de amor; era para ellos como los que alzan a una criatura contra sus mejillas, me inclinaba hacia él y le daba de comer» (Os 11,1-4). A pesar de la actitud errada del hijo, que bien merecería un castigo, el amor del padre es fiel y perdona siempre a un hijo arrepentido. Como vemos, en la misericordia siempre está incluido el perdón; ella «no es una idea abstracta, sino una realidad concreta con la cual Él revela su amor, que es como el de un padre o una madre que se conmueven en lo más profundo de sus entrañas por el propio hijo. [...] Proviene desde lo más íntimo como un sentimiento profundo, natural, hecho de ternura y compasión, de indulgencia y de perdón» (*Misericordiae Vultus*, 6).

El Nuevo Testamento nos habla de la divina misericordia (*eleos*) como síntesis de la obra que Jesús vino a cumplir en el mundo en el nombre del Padre (cfr. *Mt* 9,13). La misericordia de nuestro Señor se manifiesta sobre todo cuando Él se inclina sobre la miseria humana y demuestra su compasión hacia quien necesita comprensión, curación y perdón. Todo en Jesús habla de misericordia, es más, Él mismo es la misericordia.

En el capítulo 15 del Evangelio de Lucas podemos encontrar las tres parábolas de la misericordia: la de la oveja perdida, de la moneda perdida y aquella que conocemos como la del “hijo pródigo”. En estas tres parábolas nos impresiona la alegría de Dios, la alegría que Él siente cuando encuentra de nuevo al pecador y le perdona. ¡Sí, la alegría de Dios es perdonar! Aquí tenemos la síntesis de todo el Evangelio. «Cada uno de nosotros es esa oveja perdida, esa moneda perdida; cada uno de nosotros es ese hijo que ha derrochado la propia libertad siguiendo ídolos falsos, espejismos de felicidad, y ha perdido todo. Pero Dios no nos olvida, el Padre no nos abandona nunca. Es un padre paciente, nos espera siempre. Respeta nuestra libertad, pero

permanece siempre fiel. Y cuando volvemos a Él, nos acoge como a hijos, en su casa, porque jamás deja, ni siquiera por un momento, de esperarnos, con amor. Y su corazón está en fiesta por cada hijo que regresa. Está en fiesta porque es alegría. Dios tiene esta alegría, cuando uno de nosotros pecadores va a Él y pide su perdón» (*Ángelus*, 15 de septiembre de 2013).

La misericordia de Dios es muy concreta y todos estamos llamados a experimentarla en primera persona. A la edad de diecisiete años, un día en que tenía que salir con mis amigos, decidí pasar primero por una iglesia. Allí me encontré con un sacerdote que me inspiró una confianza especial, de modo que sentí el deseo de abrir mi corazón en la Confesión. ¡Aquel encuentro me cambió la vida! Descubrí que cuando abrimos el corazón con humildad y transparencia, podemos contemplar de modo muy concreto la misericordia de Dios. Tuve la certeza que en la persona de aquel sacerdote Dios me estaba esperando, antes de que yo diera el primer paso para ir a la iglesia. Nosotros le buscamos, pero es Él quien siempre se nos adelanta, desde siempre nos busca y es el primero que nos encuentra. Quizás alguno de ustedes tiene un peso en el corazón y piensa: He hecho esto, he hecho aquello... ¡No teman! ¡Él les espera! Él es padre: ¡siempre nos espera! ¡Qué hermoso es encontrar en el sacramento de la Reconciliación el abrazo misericordioso del Padre, descubrir el confesionario como lugar de la Misericordia, dejarse tocar por este amor misericordioso del Señor que siempre nos perdona!

Y tú, querido joven, querida joven, ¿has sentido alguna vez en ti esta mirada de amor infinito que, más allá de todos tus pecados, limitaciones y fracasos, continúa fiándose de ti y mirando tu existencia con esperanza? ¿Eres consciente del valor que tienes ante Dios que por amor te ha dado todo? Como nos enseña San Pablo, «la prueba de que Dios nos ama es que Cristo murió por nosotros cuando todavía éramos pecadores» (*Rom 5,8*). ¿Pero entendemos de verdad la fuerza de estas palabras?

Sé lo mucho que ustedes aprecian la Cruz de las JMJ – regalo de San Juan Pablo II – que desde el año 1984 acompaña todos los Encuentros mundiales de ustedes. ¡Cuántos cambios, cuántas verdaderas y auténticas conversiones surgieron en la vida de tantos jóvenes al encontrarse con esta cruz desnuda! Quizás se hicieron la pregunta: ¿De dónde viene esta fuerza extraordinaria de la cruz? He aquí la respuesta: ¡La cruz es el signo más elocuente de la misericordia de Dios! Ésta nos da testimonio de que la medida del amor de Dios para con la humanidad es amar sin medida! En la cruz podemos tocar la misericordia de Dios y dejarnos tocar por su misericordia. Aquí quisiera recordar el episodio de los dos malhechores crucificados junto a Jesús. Uno de ellos es engreído, no se reconoce pecador, se ríe del Señor; el otro, en cambio, reconoce que ha fallado, se dirige al Señor y le dice: «Jesús, acuérdate de mí cuando vengas a establecer tu Reino». Jesús le mira con misericordia infinita y le responde: «Hoy estarás conmigo en el Paraíso» (cfr. *Lc 23,32.39-43*). ¿Con cuál de los dos nos identificamos? ¿Con el que es engreído y no reconoce sus errores? ¿O quizás con el otro que reconoce que necesita la misericordia divina y la implora de todo corazón? En el Señor, que ha dado su vida por nosotros en la cruz, encontraremos siempre el amor incondicional que reconoce nuestra vida como un bien y nos da siempre la posibilidad de volver a comenzar.

### ***3. La extraordinaria alegría de ser instrumentos de la misericordia de Dios***

La Palabra de Dios nos enseña que «la felicidad está más en dar que en recibir» (*Hcb 20,35*). Precisamente por este motivo la quinta Bienaventuranza declara felices a los misericordiosos. Sabemos que es el Señor quien nos ha amado primero. Pero sólo seremos de verdad bienaventurados, felices, cuando entremos en la lógica divina del don, del amor gratuito, si descubrimos que Dios nos ha amado infinitamente para hacernos capaces

de amar como Él, sin medida. Como dice San Juan: «Queridos míos, amémonos los unos a los otros, porque el amor procede de Dios, y el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. El que no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor. [...] Y este amor no consiste en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó primero, y envió a su Hijo como víctima propiciatoria por nuestros pecados. Queridos míos, si Dios nos amó tanto, también nosotros debemos amarnos los unos a los otros» (1 Jn 4,7-11).

Después de haberles explicado a ustedes en modo muy resumido cómo ejerce el Señor su misericordia con nosotros, quisiera sugerirles cómo podemos ser concretamente instrumentos de esta misma misericordia hacia nuestro prójimo.

Me viene a la mente el ejemplo del beato Pier Giorgio Frassati. Él decía: «Jesús me visita cada mañana en la Comunión, y yo la restituyo del mísero modo que puedo, visitando a los pobres». Pier Giorgio era un joven que había entendido lo que quiere decir tener un corazón misericordioso, sensible a los más necesitados. A ellos les daba mucho más que cosas materiales; se daba a sí mismo, empleaba tiempo, palabras, capacidad de escucha. Servía siempre a los pobres con gran discreción, sin ostentación. Vivía realmente el Evangelio que dice: «Cuando tú des limosna, que tu mano izquierda ignore lo que hace la derecha, para que tu limosna quede en secreto» (Mt 6,3-4). Piensen que un día antes de su muerte, estando gravemente enfermo, daba disposiciones de cómo ayudar a sus amigos necesitados. En su funeral, los familiares y amigos se quedaron atónitos por la presencia de tantos pobres, para ellos desconocidos, que habían sido visitados y ayudados por el joven Pier Giorgio.

A mí siempre me gusta asociar las Bienaventuranzas con el capítulo 25 de Mateo, cuando Jesús nos presenta las obras de misericordia y dice que en base a ellas seremos juzgados. Les

invito por ello a descubrir de nuevo las obras de misericordia corporales: dar de comer a los hambrientos, dar de beber a los sedientos, vestir a los desnudos, acoger al extranjero, asistir a los enfermos, visitar a los presos, enterrar a los muertos. Y no olvidemos las obras de misericordia espirituales: aconsejar a los que dudan, enseñar a los ignorantes, advertir a los pecadores, consolar a los afligidos, perdonar las ofensas, soportar pacientemente a las personas molestas, rezar a Dios por los vivos y los difuntos. Como ven, la misericordia no es “buenismo”, ni un mero sentimentalismo. Aquí se demuestra la autenticidad de nuestro ser discípulos de Jesús, de nuestra credibilidad como cristianos en el mundo de hoy.

A ustedes, jóvenes, que son muy concretos, quisiera proponer que para los primeros siete meses del año 2016 elijan una obra de misericordia corporal y una espiritual para ponerla en práctica cada mes. Déjense inspirar por la oración de Santa Faustina, humilde apóstol de la Divina Misericordia de nuestro tiempo:

*«Ayúdame, oh Señor, a que mis ojos sean misericordiosos, para que yo jamás recele o juzgue según las apariencias, sino que busque lo bello en el alma de mi prójimo y acuda a ayudarla [...]*

*a que mis oídos sean misericordiosos para que tome en cuenta las necesidades de mi prójimo y no sea indiferente a sus penas y gemidos [...]*

*a que mi lengua sea misericordiosa para que jamás hable negativamente de mis prójimos sino que tenga una palabra de consuelo y perdón para todos [...]*

*a que mis manos sean misericordiosas y llenas de buenas obras [...]*

*a que mis pies sean misericordiosos para que siempre me apresure a socorrer a mi prójimo, dominando mi propia fatiga y mi cansancio [...]*

*a que mi corazón sea misericordioso para que yo sienta*

*todos los sufrimientos de mi prójimo»* (Diario 163).

El mensaje de la Divina Misericordia constituye un programa de vida muy concreto y exigente, pues implica las obras. Una de las obras de misericordia más evidente, pero quizás más difícil de poner en práctica, es la de perdonar a quien te ha ofendido, quien te ha hecho daño, quien consideramos un enemigo. «¡Cómo es difícil muchas veces perdonar! Y, sin embargo, el perdón es el instrumento puesto en nuestras frágiles manos para alcanzar la serenidad del corazón. Dejar caer el rencor, la rabia, la violencia y la venganza son condiciones necesarias para vivir felices» (*Misericordiae Vultus*, 9).

Me encuentro con tantos jóvenes que dicen estar cansados de este mundo tan dividido, en el que se enfrentan seguidores de facciones tan diferentes, hay tantas guerras y hay incluso quien usa la propia religión como justificación para la violencia. Tenemos que suplicar al Señor que nos dé la gracia de ser misericordiosos con quienes nos hacen daño. Como Jesús que en la cruz rezaba por aquellos que le habían crucificado: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (*Lc 23,34*). El único camino para vencer el mal es la misericordia. La justicia es necesaria, cómo no, pero ella sola no basta. Justicia y misericordia tienen que caminar juntas. ¡Cómo quisiera que todos nos uniéramos en oración unánime, implorando desde lo más profundo de nuestros corazones, que el Señor tenga misericordia de nosotros y del mundo entero!

#### ***4. ¡Cracovia nos espera!***

Faltan pocos meses para nuestro encuentro en Polonia. Cracovia, la ciudad de San Juan Pablo II y de Santa Faustina Kowalska, nos espera con los brazos y el corazón abiertos. Creo que la Divina Providencia nos ha guiado para celebrar el Jubileo de los Jóvenes precisamente ahí, donde han vivido estos dos grandes apóstoles de la misericordia de nuestro tiempo. Juan

Pablo II había intuido que este era el tiempo de la misericordia. Al inicio de su pontificado escribió la encíclica *Dives in Misericordia*. En el Año Santo 2000 canonizó a Sor Faustina instituyendo también la Fiesta de la Divina Misericordia en el segundo domingo de Pascua. En el año 2002 consagró personalmente en Cracovia el Santuario de Jesús Misericordioso, encomendando el mundo a la Divina Misericordia y esperando que este mensaje llegase a todos los habitantes de la tierra, llenando los corazones de esperanza: «Es preciso encender esta chispa de la gracia de Dios. Es preciso transmitir al mundo este fuego de la misericordia. En la misericordia de Dios el mundo encontrará la paz, y el hombre, la felicidad» (*Homilía para la Consagración del Santuario de la Divina Misericordia en Cracovia*, 17 de agosto de 2002).

Queridos jóvenes, Jesús misericordioso, retratado en la imagen venerada por el pueblo de Dios en el santuario de Cracovia a Él dedicado, les espera. ¡Él se fía de ustedes y cuenta con ustedes! Tiene tantas cosas importantes que decirle a cada uno y cada una de ustedes... No tengan miedo de contemplar sus ojos llenos de amor infinito hacia ustedes y déjense tocar por su mirada misericordiosa, dispuesta a perdonar cada uno de sus pecados, una mirada que es capaz de cambiar la vida de ustedes y de sanar sus almas, una mirada que sacia la profunda sed que demora en sus corazones jóvenes: sed de amor, de paz, de alegría y de auténtica felicidad. ¡Vayan a Él y no tengan miedo! Vengan para decirle desde lo más profundo de sus corazones: “¡Jesús, confío en Ti!”. Déjense tocar por su misericordia sin límites, para que ustedes a su vez se conviertan en apóstoles de la misericordia mediante las obras, las palabras y la oración, en nuestro mundo herido por el egoísmo, el odio y tanta desesperación.

Lleven la llama del amor misericordioso de Cristo - del que habló San Juan Pablo II - a los ambientes de su vida cotidiana y

hasta los confines de la tierra. En esta misión, yo les acompaño con mis mejores deseos y mi oración, les encomiendo todos a la Virgen María, Madre de la Misericordia, en este último tramo del camino de preparación espiritual hacia la próxima JMJ de Cracovia, y les bendigo de todo corazón.

*Desde el Vaticano, 15 de agosto de 2015*  
*Solemnidad de la Asunción de la Virgen María*  
**Francisco**



Santa Misa de apertura  
de la XIV Asamblea General Ordinaria  
del Sínodo de los Obispos  
Homilía del Santo Padre Francisco

*Basilica Vaticana*  
*XXVII Domingo del Tiempo Ordinario,*  
*4 de octubre de 2015*

«Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros, y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud» (1 Jn 4,12).

Las lecturas bíblicas de este domingo parecen elegidas a propósito para el acontecimiento de gracia que la Iglesia está viviendo, es decir, la Asamblea Ordinaria del Sínodo de los Obispos sobre el tema de la familia que se inaugura con esta celebración eucarística.

Dichas lecturas se centran en tres aspectos: *el drama de la soledad, el amor entre el hombre y la mujer, y la familia.*

**La soledad**

Adán, como leemos en la primera lectura, vivía en el Paraíso, ponía los nombres a las demás creaturas, ejerciendo un

dominio que demuestra su indiscutible e incomparable superioridad, pero aun así se sentía solo, porque «no encontraba ninguno como él que lo ayudase» (*Gn 2,20*) y experimentaba la soledad.

La soledad, el drama que aún aflige a muchos hombres y mujeres. Pienso en los ancianos abandonados incluso por sus seres queridos y sus propios hijos; en los viudos y viudas; en tantos hombres y mujeres dejados por su propia esposa y por su propio marido; en tantas personas que de hecho se sienten solas, no comprendidas y no escuchadas; en los emigrantes y los refugiados que huyen de la guerra y la persecución; y en tantos jóvenes víctimas de la cultura del consumo, del usar y tirar, y de la cultura del descarte.

Hoy se vive la paradoja de un mundo globalizado en el que vemos tantas casas de lujo y edificios de gran altura, pero cada vez menos calor de hogar y de familia; muchos proyectos ambiciosos, pero poco tiempo para vivir lo que se ha logrado; tantos medios sofisticados de diversión, pero cada vez más un profundo vacío en el corazón; muchos placeres, pero poco amor; tanta libertad, pero poca autonomía... Son cada vez más las personas que se sienten solas, y las que se encierran en el egoísmo, en la melancolía, en la violencia destructiva y en la esclavitud del placer y del dios dinero.

Hoy vivimos en cierto sentido la misma experiencia de Adán: tanto poder acompañado de tanta soledad y vulnerabilidad; y la familia es su imagen. Cada vez menos seriedad en llevar adelante una relación sólida y fecunda de amor: en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, en la buena y en la mala suerte. El amor duradero, fiel, recto, estable, fértil es cada vez más objeto de burla y considerado como algo anticuado. Parecería que las sociedades más avanzadas son precisamente las que tienen el porcentaje más bajo de tasa de natalidad y

el mayor promedio de abortos, de divorcios, de suicidios y de contaminación ambiental y social.

### **El amor entre el hombre y la mujer**

Leemos en la primera lectura que el corazón de Dios se entristeció al ver la soledad de Adán y dijo: «No está bien que el hombre esté solo; voy a hacerle alguien como él que le ayude» (*Gn* 2,18). Estas palabras muestran que nada hace más feliz al hombre que un corazón que se asemeje a él, que le corresponda, que lo ame y que acabe con la soledad y el sentirse solo. Muestran también que Dios no ha creado el ser humano para vivir en la tristeza o para estar solo, sino para la felicidad, para compartir su camino con otra persona que es su complemento; para vivir la extraordinaria experiencia del amor: es decir de amar y ser amado; y para ver su amor fecundo en los hijos, como dice el salmo que se ha proclamado hoy (cf. *Sal* 128).

Este es el sueño de Dios para su criatura predilecta: verla realizada en la unión de amor entre hombre y mujer; feliz en el camino común, fecunda en la donación recíproca. Es el mismo designio que Jesús resume en el Evangelio de hoy con estas palabras: «Al principio de la creación Dios los creó hombre y mujer. Por eso abandonará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer, y serán los dos una sola carne. De modo que ya no son dos, sino una sola carne» (*Mc* 10,6-8; cf. *Gn* 1,27; 2,24).

Jesús, ante la pregunta retórica que le habían dirigido – probablemente como una trampa, para hacerlo quedar mal ante la multitud que lo seguía y que practicaba el divorcio, como realidad consolidada e intangible-, responde de forma sencilla e inesperada: restituye todo al origen, al origen de la creación, para enseñarnos que Dios bendice el amor humano, es él el que une los corazones de un hombre y una mujer que se aman y los une en la unidad y en la indisolubilidad. Esto

significa que el objetivo de la vida conyugal no es sólo vivir juntos, sino también amarse para siempre. Jesús restablece así el orden original y originante.

### **La familia**

«Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre» (Mc 10,9). Es una exhortación a los creyentes a superar toda forma de individualismo y de legalismo, que esconde un mezquino egoísmo y el miedo de aceptar el significado autentico de la pareja y de la sexualidad humana en el plan de Dios.

De hecho, sólo a la luz de la locura de la gratuidad del amor pascual de Jesús será comprensible la locura de la gratuidad de un amor conyugal único y *usque ad mortem*.

Para Dios, el matrimonio no es una utopía de adolescente, sino un sueño sin el cual su creatura estará destinada a la soledad. En efecto el miedo de unirse a este proyecto paraliza el corazón humano.

Paradójicamente también el hombre de hoy –que con frecuencia ridiculiza este plan– permanece atraído y fascinado por todo amor autentico, por todo amor sólido, por todo amor fecundo, por todo amor fiel y perpetuo. Lo vemos ir tras los amores temporales, pero sueña el amor autentico; corre tras los placeres de la carne, pero desea la entrega total.

En efecto «ahora que hemos probado plenamente las promesas de la libertad ilimitada, empezamos a entender de nuevo la expresión “la tristeza de este mundo”. Los placeres prohibidos perdieron su atractivo cuando han dejado de ser prohibidos. Aunque tiendan a lo extremo y se renueven al infinito, resultan insípidos porque son cosas finitas, y nosotros, en cambio, tenemos sed de infinito» (Joseph Ratzinger, *Auf Christus schauen. Einübung in Glaube, Hoffnung, Liebe*, Freiburg 1989, p. 73).

En este contexto social y matrimonial bastante difícil, la Iglesia está llamada a vivir su misión en la fidelidad, en la verdad y en la caridad.

**Vive su misión en la fidelidad** a su Maestro como voz que grita en el desierto, para defender el amor fiel y animar a las numerosas familias que viven su matrimonio como un espacio en el cual se manifiestan el amor divino; para defender la sacralidad de la vida, de toda vida; para defender la unidad y la indisolubilidad del vínculo conyugal como signo de la gracia de Dios y de la capacidad del hombre de amar en serio.

**Vivir su misión en la verdad** que no cambia según las modas pasajeras o las opiniones dominantes. La verdad que protege al hombre y a la humanidad de las tentaciones de autoreferencialidad y de transformar el amor fecundo en egoísmo estéril, la unión fiel en vínculo temporal. «Sin verdad, la caridad cae en mero sentimentalismo. El amor se convierte en un envoltorio vacío que se rellena arbitrariamente. Éste es el riesgo fatal del amor en una cultura sin verdad» (Benedicto XVI, Enc. *Caritas in veritate*, 3).

**Y la Iglesia es llamada a vivir su misión en la caridad** que no señala con el dedo para juzgar a los demás, sino que -fiel a su naturaleza como madre - se siente en el deber de buscar y curar a las parejas heridas con el aceite de la acogida y de la misericordia; de ser «hospital de campo», con las puertas abiertas para acoge a quien llama pidiendo ayuda y apoyo; aun más, de salir del propio recinto hacia los demás con amor verdadero, para caminar con la humanidad herida, para incluirla y conducirla a la fuente de salvación.

Una Iglesia que enseña y defiende los valores fundamentales, sin olvidar que «el sábado se hizo para el hombre y no el hombre para el sábado» (Mc 2,27); y que Jesús también dijo: «No necesitan médico los sanos, sino los enfermos. No he venido

a llamar justos, sino pecadores» (*Mc* 2,17). Una Iglesia que educa al amor auténtico, capaz de alejar de la soledad, sin olvidar su misión de buen samaritano de la humanidad herida.

Recuerdo a san Juan Pablo II cuando decía: «El error y el mal deben ser condenados y combatidos constantemente; pero el hombre que cae o se equivoca debe ser comprendido y amado [...] Nosotros debemos amar nuestro tiempo y ayudar al hombre de nuestro tiempo.» (*Discurso a la Acción Católica italiana*, 30 de diciembre de 1978, 2 c: *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española, 21 enero 1979, p.9). Y la Iglesia debe buscarlo, acogerlo y acompañarlo, porque una Iglesia con las puertas cerradas se traiciona a sí misma y a su misión, y en vez de ser puente se convierte en barrera: «El santificador y los santificados proceden todos del mismo. Por eso no se avergüenza de llamarlos hermanos» (*Hb* 2,11).

Con este espíritu, le pedimos al Señor que nos acompañe en el Sínodo y que guíe a su Iglesia a través de la intercesión de la Santísima Virgen María y de San José, su castísimo esposo.

SÍNODO DE LA FAMILIA 2015  
Clausura del Sínodo de los Obispos  
Discurso del Santo Padre Francisco

*Aula del Sínodo*

*Sábado 24 de octubre de 2015*

*Queridas Beatitudes, eminencias, excelencias,  
Queridos hermanos y hermanas:*

Quisiera ante todo agradecer al Señor que ha guiado nuestro camino sinodal en estos años con el Espíritu Santo, que nunca deja a la Iglesia sin su apoyo.

Agradezco de corazón al Cardenal Lorenzo Baldisseri, Secretario General del Sínodo, a Monseñor Fabio Fabene, Subsecretario, y también al Relator, el Cardenal Peter Erdó, y al Secretario especial, Monseñor Bruno Forte, a los Presidentes delegados, a los escritores, consultores, traductores y a todos los que han trabajado incansablemente y con total dedicación a la Iglesia: gracias de corazón. Y quisiera dar las gracias a la Comisión que ha redactado la Relación: algunos han pasado la noche en blanco

Agradezco a todos ustedes, queridos Padres Sinodales, delegados fraternos, auditores y auditoras, asesores, párrocos y familias por su participación activa y fructuosa.

Doy las gracias igualmente a los que han trabajado de manera anónima y en silencio, contribuyendo generosamente a los trabajos de este Sínodo.

Les aseguro mi plegaria para que el Señor los recompense con la abundancia de sus dones de gracia.

Mientras seguía los trabajos del Sínodo, me he preguntado: *¿Qué significará para la Iglesia concluir este Sínodo dedicado a la familia?*

Ciertamente no significa haber concluido con todos los temas inherentes a la familia, sino que ha tratado de iluminarlos con la luz del Evangelio, de la Tradición y de la historia milenaria de la Iglesia, infundiendo en ellos el gozo de la esperanza sin caer en la cómoda repetición de lo que es indiscutible o ya se ha dicho.

Seguramente no significa que se hayan encontrado soluciones exhaustivas a todas las dificultades y dudas que desafían y amenazan a la familia, sino que se han puesto dichas dificultades y dudas a la luz de la fe, se han examinado atentamente, se han afrontado sin miedo y sin esconder la cabeza bajo tierra.

Significa haber instado a todos a comprender la importancia de la institución de la familia y del matrimonio entre un hombre y una mujer, fundado sobre la unidad y la indisolubilidad, y apreciarla como la base fundamental de la sociedad y de la vida humana.

Significa haber escuchado y hecho escuchar las voces de las familias y de los pastores de la Iglesia que han venido a Roma de todas partes del mundo trayendo sobre sus hombros las cargas y las esperanzas, la riqueza y los desafíos de las familias.

Significa haber dado prueba de la vivacidad de la Iglesia católica, que no tiene miedo de sacudir las conciencias anestesiadas o de ensuciarse las manos discutiendo animadamente y con franqueza sobre la familia.

Significa haber tratado de ver y leer la realidad o, mejor dicho, las realidades de hoy con los ojos de Dios, para encender e



iluminar con la llama de la fe los corazones de los hombres, en un momento histórico de desaliento y de crisis social, económica, moral y de predominio de la negatividad.

Significa haber dado testimonio a todos de que el Evangelio sigue siendo para la Iglesia una fuente viva de eterna novedad, contra quien quiere «adoctrinarlo» en piedras muertas para lanzarlas contra los demás.

Significa haber puesto al descubierto a los corazones cerrados, que a menudo se esconden incluso dentro de las enseñanzas de la Iglesia o detrás de las buenas intenciones para sentarse en la cátedra de Moisés y juzgar, a veces con superioridad y superficialidad, los casos difíciles y las familias heridas.

Significa haber afirmado que la Iglesia es Iglesia de los pobres de espíritu y de los pecadores en busca de perdón, y no sólo de los justos y de los santos, o mejor dicho, de los justos y de los santos cuando se sienten pobres y pecadores.

Significa haber intentado abrir los horizontes para superar toda hermenéutica conspiradora o un cierre de perspectivas para defender y difundir la libertad de los hijos de Dios, para transmitir la belleza de la novedad cristiana, a veces cubierta por la herrumbre de un lenguaje arcaico o simplemente incomprensible.

En el curso de este Sínodo, las distintas opiniones que se han expresado libremente -y por desgracia a veces con métodos no del todo benévolos- han enriquecido y animado sin duda el diálogo, ofreciendo una imagen viva de una Iglesia que no utiliza «módulos impresos», sino que toma de la fuente inagotable de su fe agua viva para refrescar los corazones resecos.[1]

Y -más allá de las cuestiones dogmáticas claramente definidas por el Magisterio de la Iglesia- hemos visto también que lo que parece normal para un obispo de un continente, puede resultar extraño, casi como un escándalo -¡casi!- para el obispo de otro continente; lo que se considera violación de un derecho en una sociedad, puede ser un precepto obvio e intangible

en otra; lo que para algunos es libertad de conciencia, para otros puede parecer simplemente confusión. En realidad, las culturas son muy diferentes entre sí y todo principio general –como he dicho, las cuestiones dogmáticas bien definidas por el Magisterio de la Iglesia–, todo principio general necesita ser inculturado si quiere ser observado y aplicado.[2] El Sínodo de 1985, que celebraba el vigésimo aniversario de la clausura del Concilio Vaticano II, habló de *la inculturación* como «una íntima transformación de los auténticos valores culturales por su integración en el cristianismo y la radicación del cristianismo en todas las culturas humanas».[3]

La *inculturación* no debilita los valores verdaderos, sino que muestra su verdadera fuerza y su autenticidad, porque se adaptan sin mutarse, es más, trasforman pacíficamente y gradualmente las diversas culturas.[4]

Hemos visto, también a través de la riqueza de nuestra diversidad, que el desafío que tenemos ante nosotros es siempre el mismo: anunciar el Evangelio al hombre de hoy, defendiendo a la familia de todos los ataques ideológicos e individualistas.

Y, sin caer nunca en el peligro del *relativismo o de demonizar* a los otros, hemos tratado de abrazar plena y valientemente la bondad y la misericordia de Dios, que sobrepasa nuestros cálculos humanos y que no quiere más que «todos los hombres se salven» (1 *Tm* 2,4), para introducir y vivir este Sínodo en el contexto del Año Extraordinario de la Misericordia que la Iglesia está llamada a vivir.

Queridos Hermanos:

La experiencia del Sínodo también nos ha hecho comprender mejor que los verdaderos defensores de la doctrina no son los que defienden la letra sino el espíritu; no las ideas, sino el hombre; no las fórmulas sino la gratuidad del amor de Dios y de su perdón. Esto no significa en modo alguno disminuir la importancia de las fórmulas: son necesarias; la importancia de las leyes y de los mandamientos divinos, sino exaltar la grandeza del verdadero Dios que no nos trata según nuestros

méritos, ni tampoco conforme a nuestras obras, sino *única-mente* según la generosidad sin límites de su misericordia (cf. *Rm* 3,21-30; *Sal* 129; *Lc* 11,37-54). Significa superar las tentaciones constantes del hermano mayor (cf. *Lc* 15,25-32) y de los obreros celosos (cf. *Mt* 20,1-16). Más aún, significa valorar más las leyes y los mandamientos, creados para el hombre y no al contrario (cf. *Mc* 2,27).

En este sentido, el arrepentimiento debido, las obras y los esfuerzos humanos adquieren un sentido más profundo, no como precio de la invendible salvación, realizada por Cristo en la cruz gratuitamente, sino como respuesta a Aquel que nos amó primero y nos salvó con el precio de su sangre inocente, cuando aún estábamos sin fuerzas (cf. *Rm* 5,6).

El primer deber de la Iglesia no es distribuir condenas o anatemas sino proclamar la misericordia de Dios, de llamar a la conversión y de conducir a todos los hombres a la salvación del Señor (cf. *Jn* 12,44-50).

El beato Pablo VI decía con espléndidas palabras: «Podemos pensar que nuestro pecado o alejamiento de Dios enciende en él una llama de amor más intenso, un deseo de devolvernos y reinsertarnos en su plan de salvación [...]. En Cristo, Dios se revela infinitamente bueno [...]. Dios es bueno. Y no sólo en sí mismo; Dios es -digámoslo llorando- bueno con nosotros. Él nos ama, busca, piensa, conoce, inspira y espera. Él será feliz -si puede decirse así- el día en que nosotros queramos regresar y decir: “Señor, en tu bondad, perdóname. He aquí, pues, que nuestro arrepentimiento se convierte en la alegría de Dios».[5]

También san Juan Pablo II dijo que «la Iglesia vive una vida auténtica, cuando profesa y proclama la misericordia [...] y cuando acerca a los hombres a las fuentes de la misericordia del Salvador, de las que es depositaria y dispensadora».[6]

Y el Papa Benedicto XVI decía: «La misericordia es el núcleo central del mensaje evangélico, es el nombre mismo de Dios [...] Todo lo que la Iglesia dice y realiza, manifiesta la miseri-

cordia que Dios tiene para con el hombre. Cuando la Iglesia debe recordar una verdad olvidada, o un bien traicionado, lo hace siempre impulsada por el amor misericordioso, para que los hombres tengan vida y la tengan en abundancia (cf. *Jn* 10,10)». [7]

En este sentido, y mediante este tiempo de gracia que la Iglesia ha vivido, hablado y discutido sobre la familia, nos sentimos enriquecidos mutuamente; y muchos de nosotros hemos experimentado la acción del Espíritu Santo, que es el verdadero protagonista y artífice del Sínodo. Para todos nosotros, la palabra «familia» no suena lo mismo que antes del Sínodo, hasta el punto que en ella encontramos la síntesis de su vocación y el significado de todo el camino sinodal. [8]

Para la Iglesia, en realidad, *concluir* el Sínodo significa *volver* verdaderamente a «caminar juntos» para llevar a todas las partes del mundo, a cada Diócesis, a cada comunidad y a cada situación la luz del Evangelio, el abrazo de la Iglesia y el amparo de la misericordia de Dios.

---

[1] Cf. *Carta al Gran Canciller de la Pontificia Universidad Católica Argentina en el centenario de la Facultad de Teología* (3 marzo 2015): *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española, 13 marzo 2015, p. 13..

[2] Cf. Pontificia Comisión Bíblica, *Fe y cultura a la luz de la biblia*. Actas de la Sesión plenaria 1979 de la Pontificia Comisión Bíblica; CONC. ECUM. VAT. II, Cost. Past. *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, 44.

[3] *Relación final* (7 diciembre 1985): *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española, 22 diciembre 1985, p. 14.

[4] «En virtud de su misión pastoral, la Iglesia debe mantenerse siempre atenta a los cambios históricos y a la evolución de la mentalidad. Claro, no para someterse a ellos, sino para superar los obstáculos que se pueden oponer a la acogida de sus consejos y sus directrices»: Entrevista al Card. Georges Cottier, *Civiltà Cattolica*, 8 agosto 2015, p. 272.

- [5] *Homilía* (23 junio 1968): *Insegnamenti*, VI (1968), 1176-1178.
- [6] Cart. Enc. *Dives in misericordia* (30 noviembre 1980), 13. Dijo también: «En el misterio Pascual [...] Dios se muestra como es: un Padre de infinita ternura, que no se rinde frente a la ingratitude de sus hijos, y que siempre está dispuesto a perdonar», *Regina coeli* (23 abril 1995): *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española, 28 abril 1995, p. 1; y describe la resistencia a la misericordia diciendo: «La mentalidad contemporánea, quizás en mayor medida que la del hombre del pasado, parece oponerse al Dios de la misericordia y tiende además a orillar de la vida y arrancar del corazón humano la idea misma de la misericordia. La palabra y el concepto de misericordia parecen producir una cierta desazón en el hombre», Cart. Enc. *Dives in misericordia* (30 noviembre 1980), 2.
- [7] *Regina coeli* (30 marzo 2008): *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española, 4 abril 2008, p. 1. Y hablando del poder de la misericordia afirma: «Es la misericordia la que pone un límite al mal. En ella se expresa la naturaleza del todo peculiar de Dios: su santidad, el poder de la verdad y del amor», *Homilía durante la santa misa en el Domingo de la divina Misericordia* (15 abril 2007): *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española, 20 abril 2007, p. 3.
- [8] Un análisis acróstico de la palabra «familia» [en italiano **f-a-m-i-g-l-i-a**] nos ayuda a resumir la misión de la Iglesia en la tarea de:

Formar a las nuevas generaciones para que vivan seriamente el amor, no con la pretensión individualista basada sólo en el placer y en el «usar y tirar», sino para que crean nuevamente en el amor auténtico, fértil y perpetuo, como la única manera de salir de sí mismos; para abrirse al otro, para ahuyentar la soledad, para vivir la voluntad de Dios; para realizarse plenamente, para comprender que el matrimonio es el «espacio en el cual se manifiestan el amor divino; para defender la sacralidad de la vida, de toda vida; para defender la unidad y la indisolubilidad del vínculo conyugal como signo de la gracia de Dios y de la capacidad del hombre de amar en serio» (*Homilía en la Santa Misa de apertura de la XIV Asamblea general ordinaria del Sínodo de los Obispos, XXVII Domingo del Tiempo Ordinario, 4 octubre 2015: L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española, 9 octubre 2015, p. 4; y para valorar los cursos prematrimoniales como oportunidad para profundizar el sentido cristiano del sacramento del matrimonio.

Andar hacia los demás, porque una Iglesia cerrada en sí misma es una Iglesia muerta. Una Iglesia que no sale de su propio recinto para buscar,

para acoger y guiar a todos hacia Cristo es una Iglesia que traiciona su misión y su vocación.

**Manifiestar** y difundir la misericordia de Dios a las familias necesitadas, a las personas abandonadas; a los ancianos olvidados; a los hijos heridos por la separación de sus padres, a las familias pobres que luchan por sobrevivir, a los pecadores que llaman a nuestra puerta y a los alejados, a los diversamente capacitados, a todos los que se sienten lacerados en el alma y en el cuerpo, a las parejas desgarradas por el dolor, la enfermedad, la muerte o la persecución.

**Iluminar** las conciencias, a menudo asediadas por dinámicas nocivas y sutiles, que pretenden incluso ocupar el lugar de Dios creador. Estas dinámicas deben de ser desenmascaradas y combatidas en el pleno respeto de la dignidad de toda persona humana.

**Ganar** y reconstruir con humildad la confianza en la Iglesia, seriamente disminuida a causa de las conductas y los pecados de sus propios hijos. Por desgracia, el antitestimonio y los escándalos en la Iglesia cometidos por algunos clérigos han afectado a su credibilidad y han oscurecido el fulgor de su mensaje de salvación.

**Laborar** para apoyar y animar a las familias sanas, las familias fieles, las familias numerosas que, no obstante las dificultades de cada día, dan cotidianamente un gran testimonio de fidelidad a los mandamientos del Señor y a las enseñanzas de la Iglesia.

**Idear** una pastoral familiar renovada que se base en el Evangelio y respete las diferencias culturales. Una pastoral capaz de transmitir la Buena Noticia con un lenguaje atractivo y alegre, y que quite el miedo del corazón de los jóvenes para que asuman compromisos definitivos. Una pastoral que preste particular atención a los hijos, que son las verdaderas víctimas de las laceraciones familiares. Una pastoral innovadora que consiga una preparación adecuada para el sacramento del matrimonio y abandone la práctica actual que a menudo se preocupa más por las apariencias y las formalidades que por educar a un compromiso que dure toda la vida.

**Amar** incondicionalmente a todas las familias y, en particular, a las pasan dificultades. Ninguna familia debe sentirse sola o excluida del amor o del amparo de la Iglesia. El verdadero escándalo es el miedo a amar y manifestar concretamente este amor.

## Toma de posesión del nuevo párroco de Puerta de Rey de Astorga

*P. Juan José Ferrero de Paz – (6.09.2015)*

*Saludo al P. José Luis Bartolomé, Provincial de los PP. Redentoristas*

*Al Sr. Vicario General, D. Marcos*

*Al P. Juan José Ferrero, que desde hoy será el nuevo párroco  
A los Padres Redentoristas (y hermanos sacerdotes concelebrantes)*

*Hermanos y hermanas en el Señor:*

La parroquia de Santa Colomba y Santa Ana de Puerta de Rey tiene un nuevo párroco, al que todos felicitamos y deseamos una andadura apostólica y pastoral fecunda.

La Misa de este Domingo y la comunidad parroquial tienen un significado propio. La toma de posesión de esta parroquia por el P. Redentorista Juan José Ferrero de Paz. La Comunidad de PP. Redentoristas de Astorga acepta así la colaboración pas-

toral directa con la Diócesis de Astorga, después de que desde hace años algunos de sus miembros hayan venido trabajando y promoviendo acciones apostólicas en beneficio de muchos diocesanos y enriqueciendo con su presencia la vida espiritual de nuestra Iglesia particular, presentes tanto en el campo de la educación durante algunos años en nuestro Seminario como en atención en los pueblos. Es por lo que estoy profundamente agradecido a los PP.Redentoristas que han puesto a disposición de esta parroquia a uno de sus miembros: el P.Juan José.

Justo al comenzar el nuevo curso puedo decir que, cuando la urgencia de atender esta parroquia me llevó a pedir la colaboración de los PP.Redentoristas, la solicitud con que el Padre Provincial y su Consejo han atendido mi ruego me permite confiar que, en los años venideros, esta parroquia va a tener un padre y pastor con gran celo sacerdotal y apostólico.

Confío, queridos fieles, que acogeréis a vuestro nuevo párroco con el mismo afecto y voluntad de colaboración con que habéis acogido a los párrocos que le han precedido, recordamos de manera especial a D. Gonzalo y a D. Francisco, quienes han dejando una huella de entrega generosa en esta parroquia reflejada en abundantes frutos espirituales y también materiales, como podemos ver en las obras de remodelación que se han hecho en esta Iglesia y que han hecho de este templo un lugar acogedor para rezar y para convivir como hermanos.

El P. Juan José toma la antorcha del relevo y lo hace como enviado del Señor para asumir, en nombre del obispo, la responsabilidad última en la animación pastoral de esta Parroquia. Debes hacer memoria de las palabras que el Obispo te dijo en el momento de tu ordenación sacerdotal cuando ponía en tus manos el cáliz y la patena: *“considera lo que realizas e imita lo que conmemoras y conforma tu vida sacerdotal con el misterio de la Cruz del Señor”*.



Un primer deber del párroco es anunciar a todos el Evangelio de Dios, cumpliendo así el mandato del Señor: *“Id por todo el mundo y anunciad el evangelio a todos los hombres”* (Mc.16,15). Con su palabra y con el testimonio de su vida debe ayudar a todos a conocer a Jesucristo y a crecer en la fe. El párroco, como colaborador del Obispo, ha de cuidar la transmisión de la fe, garantizando la fidelidad al magisterio de la Iglesia en esta transmisión, tanto en la homilía, como en la catequesis, como en cualquier otra forma de enseñanza, exhortando a todos a descubrir en Jesucristo el verdadero tesoro que llenará de alegría y de esperanza sus vidas.

P. Juan José, ya sabes que, con toda confianza, pongo en tus manos esta comunidad parroquial, para que la cuides con cariño, para que la apacientes como “el buen pastor que da la vida por las ovejas”. Para que la ames y para que la guíes hacia Dios. Me vas a permitir que insista en que tengas un cuidado especial por los más débiles en la fe, por los que viven experiencias de sufrimiento y dolor, por los enfermos y por los niños y los más pequeños, ayudando a los matrimonios cristianos en la educación de la fe de sus hijos. No olvides que la palabra del párroco no es una palabra más entre otras sino que, de una manera especial en determinados momentos y particularmente en lo que se refiere a la doctrina cristiana, es la voz autorizada de la Iglesia que garantiza la correcta transmisión de la fe”.

Queridos fieles de esta parroquia, os pido que entendáis, a la luz de la fe, lo que es propio del ministerio que hoy se le confía al P. Juan José, le ayudéis en sus tareas apostólicas en comunión con él y con el Obispo. Como reza una oración del tiempo de Cuaresma: *“que no les falte a los fieles la dirección y el amor del pastor, pero que no le falte al pastor el cariño y la fidelidad de los fieles”*.

Hermanos, en la primera lectura hemos oído cómo el profeta Isaías consuela a su pueblo en horas difíciles en las que Dios infunde fuerza a los cobardes, vista a los ciegos, el oído a los sordos y el habla a los mudos. Los signos que realiza Jesús hacen que la gente exclame: *“Todo lo ha hecho bien: hace oír a los sordos y hablar a los mudos”*.

Hermanos, en el Evangelio que nos fue proclamado hemos contemplado a Jesús curando al sordo que, además, no podía hablar. Su palabra se muestra poderosa realizando la curación del mismo. Con esa curación Jesús da a entender que Él es el enviado de Dios, que cumple la salvación anunciada por los profetas y, en concreto, cumple lo que se anuncia también en la primera lectura, después de la invitación a ser fuertes y no temer: *“mirad a vuestro Dios, que trae el desquite, viene en persona, resarcirá, y os salvará”*.

A este Cristo hemos de anunciar sobreponiéndonos a la cobardía que puede acechar y a los miedos que pueden invadirnos. No tenemos que sorprendernos de que, ante los peligros o las empresas arduas, nos entre miedo y tendamos a la cobardía. Mostrarse como católico practicante y hablar de Dios es, en no pocos ambientes, algo que puede producirnos auténtico miedo, y que puede invitarnos a ser cobardes de corazón ante las reacciones adversas que surgen.

Pero el Señor nos dice en esta Eucaristía: *“sed fuertes, no temáis”*. Hemos de pedir al Espíritu Santo que nos conceda el don de la fortaleza para dar la cara por Cristo, anunciando el Evangelio con valentía. Por eso, cuando llegue el cansancio o el miedo, el Señor nos dice: *“No temas. Yo estoy contigo. Te he llamado por tu nombre”*.

No olvidemos que el cristiano ha de estar siempre dispuesto a dar y gastar esa vida en defensa de la fe y de los valores morales fundamentales, sea en un momento determinado con el

martirio, o sea en la vida ordinaria, haciendo frente con fortaleza, audacia y valentía a las dificultades, grandes o pequeñas, con las que se pueda encontrar.

Pido a la Santísima Virgen María la intercesión maternal y el amparo al ministerio sacerdotal de vuestro nuevo párroco, para que la misión que ha recibido de Cristo redunde en beneficio de toda la comunidad parroquial.

**†Camilo, Obispo de Astorga**

## Fiesta de la Virgen de la Encina (8.09.2015)

*Hermanos y hermanas en el Señor:*

*Saludo con profundo afecto a D. Antolín de Cela, párroco del santuario de la Virgen de la Encina, a los hermanos sacerdotes y al pueblo de Dios que participa en esta celebración.*

*Ilma. Señora Alcaldesa, Dña. Gloria, y Corporación Municipal del Exmo. Ayuntamiento de la ciudad de Ponferrada.*

*Ilmas. Autoridades, civiles, militares y representaciones.*

*Saludo también al Ilmo. Señor Alcalde de Toreno y a la Corporación Municipal, que, acompañado por un grupo de fieles cristianos de su municipio, hará la ofrenda a nuestra Señora la Virgen de la Encina.*

*Y no me olvido de saludar con profundo afecto y reconocimiento a los braceros, que cargáis sobre vuestros hombros la imagen de nuestra Señora la Virgen de la Encina, en su*

*peregrinación por las calles de la ciudad, hasta este altar en el que estamos celebrando la Santa Misa, y vosotros mismos llevaréis la misma imagen de la Virgen de la Encina a su Basílica.*

*No puedo, ni debo, olvidarme de saludar a los que desde vuestras casas estáis participando en la retransmisión de la santa Misa.*

*Saludo también a los enfermos que, desde vuestras casas, podéis uniros a la retransmisión de la Santa Misa, conectándoos con las emisoras que transmiten toda esta celebración.*

*Y también saludo y agradezco el esfuerzo que están haciendo los técnicos, que mantienen la retransmisión de la Santa Misa, para que puedan seguirla los enfermos en sus casas.*

Recordemos que Dios nuestro Señor, cuando decidió que había llegado la plenitud de los tiempos, envió a su hijo Jesús al mundo como salvador. Y Dios eligió a una muchacha de Israel llamada María.

Y ¿quién era María? Pues una joven que había nacido en el seno de la comunidad creyente y era hija de Israel, conocía la alianza de Dios, en la que cumpliría la promesa de salvación para todos los que fuesen fieles a la voluntad de Dios.

Hermanos: Esta es la historia concreta de una mujer, María, profundamente arraigada en la vida de la comunidad; al contemplar a María, encontramos en ella la fortaleza que le permite vivir santamente, para ser la Madre de Jesús, el Salvador del mundo.

Es que además María acepta vivir su realidad de mujer, desde la condición de esposa virgen, cuando fue llamada a ser la esposa de un hombre llamado José. Y aunque es excepcional la llamada de Dios para vivir una comunión personal de amor, a José y a María los unió la aceptación de la voluntad de Dios

y compartieron los mandatos que Dios les inspiró.

De esta manera, de María podemos decir que es la madre de la Iglesia naciente y se la recuerda como la Madre de Jesús y, por eso, el mismo S. Lucas en los Hechos de los Apóstoles le atribuye el título que corresponde a todo cuanto dicen los evangelios, al señalar a María como la madre de Jesús. Hermanos: Dios nos confió a María como a hijos, por lo que agradecemos que ella sea nuestra madre.

Y reconozcamos que Dios quiso necesitar de la institución familiar, para que se desarrollase la vida de Jesús, por lo que se le consideraba como Hijo de José y María, aunque María era virgen. Por lo tanto, hermanos, Dios nos confió a María. Y por lo tanto, hermanos, estamos inmersos en la vida de Dios. Y ¿cómo puede ser posible? Sí, hermanos, fue posible aunque María era Virgen.

Hermanos y hermanas: Nosotros fuimos llamados a esta vida humana en la que estamos viviendo. Y Dios desea acogernos en su Reino de vida, por lo que podemos decir que Dios está siempre cerca de cada uno de nosotros.

Ojalá, hermanos, que nunca expulsemos a Cristo y a María de nuestra vida.

Hermanos: Esta es la historia concreta de una mujer, María, profundamente arraigada en la historia de la humanidad. Y por tanto, podemos afirmar que Dios, al contemplar a María virgen, encontró en José la aceptación para vivir santamente siendo la madre de Jesús, el Salvador del mundo.

Hermanos todos en el Señor: Alegrémonos en este día de fiesta y compartamos la alegría de conocer el misterio de la salvación de todos los hombres y mujeres del mundo. Así sea.

**†Camilo, Obispo de Astorga**

## Santa Misa en el Santuario de Castrotierra CLAUSURA DEL AÑO JUBILAR

(20/09/2015)

*Hermanos: os saludo a todos vosotros los que habéis peregrinado a este Santuario de Nuestra Señora de Castrotierra; sabéis que hace un año inauguramos el Año Jubilar con motivo de la Coronación Canónica de la imagen de la Santísima Virgen Ntra. Señora de Castrotierra.*

*Todos los que participasteis en la peregrinación que hicimos con la imagen de la Virgen de Castrotierra a Astorga, ahora también queremos clausurar este año de gracia en este mismo Santuario, para agradecer a nuestra Señora la Virgen del Castro las gracias y dones que hemos recibido por su mediación.*

*Hermanos y hermanas en el Señor:*

Con profunda alegría y devoción hemos acudido a esta celebración con la que clausuramos el año Jubilar, año de Gracia del Señor, que nos ha concedido el Papa Francisco. Y todos sabemos que tanto las personas como las instituciones, que

tienen conocimiento y visión cristiana de la vida, agradecen este año de gracia.

El año Jubilar fue inaugurado el 20 de septiembre del año 2014. Y puedo afirmar, con gozo y gratitud, que todavía resuena en mi mente y en mi corazón, y tal vez también en el corazón de todos vosotros, la necesidad de vivir con espíritu cristiano lo que desea la Iglesia Diocesana de Astorga.

Pero, a nosotros, no nos es posible conocer las gracias recibidas, porque están en lo más íntimo del corazón de cada persona, y sobre todo en la Iglesia Diocesana de Astorga. Sí, debemos recordar, acoger e interiorizar, con gratitud, el recibimiento que los astorganos le dispensaron a esta venerada imagen de la Virgen en las celebraciones del sacramento de la penitencia, en la Santa Misa y en las vigiliass de oración, y también por el fervor con que rezan los agricultores; cuando la lluvia riega los campos, es un particular año de gracia del Señor; es por lo que estoy convencido de que ha sido un particular año de gracia del Señor para toda nuestra querida Diócesis de Astorga.

Y en este Santuario está el Sagrario, en el que se guarda la Eucaristía, que mantiene presencia real de Jesucristo; también nosotros somos templos del Espíritu Santo de Dios, como afirma San Pablo: “Este templo sois vosotros”, porque el Espíritu Santo habita en vosotros; por tanto, cada uno tenemos que ser día a día más conscientes y cuidar a esa persona que se ha unido a nosotros. Porque ella con su “Sí” abrió la puerta de este mundo al mismo Dios; y se convirtió en el arca de la alianza viviente y de la alabanza a Dios, en la que se hizo casi uno de nosotros, y plantó su tienda entre nosotros.

Alegría, hermanos, porque sabemos que en el cielo está María maternalmente unida a nosotros, y María nos protegerá y ayudará a cumplir lo que Jesús nos diga, como lo hizo en Caná de Galilea, con los que en Caná fueron los servidores del banquete de bodas. (Jn 2,5)



Pero las familias están necesitadas de salud, porque viven una profunda crisis, fruto de una cultura laicista y deshumanizada. Por lo que nosotros tenemos que asumir el compromiso de fortalecer la fe y defender siempre el derecho a la vida humana. Y recordar y afirmar que por el reconocimiento que se le dispensó a esta imagen de la Virgen de Castrotierra, en las celebraciones de la penitencia y en las vigiliass de oración, este es un particular año de gracia para toda la Diócesis de Astorga.

Pero también sabemos, hermanos, que hay que superar la cultura laicista y que no se tolere la destrucción de la vida humana. Y esto nos exige comprometernos y fortalecer la fe, para evitar que la cultura lleve a la destrucción de la misma vida humana.

Aquí podemos levantar la cabeza y contemplar la imagen de la Virgen de Castrotierra, que con cariño y devoción la hemos coronado para que así descubramos su ternura y vivamos firmes en la fe y desde la fe. Y con toda delicadeza la santísima Virgen nos ofrecerá a Jesús, sabiendo que además a lo largo de los siglos la santísima Virgen no se cansó de mostrarnos a Jesús.

Porque en ella se refleja la bondad y hermosura de la condición humana, tal como Dios la ha pensado y la ha querido. Y María es la mujer que se pasea por países del mundo que ya la consideran, porque es modelo y ejemplo para todos los cristianos del mundo y además que también lo sea para cada uno de nosotros.

Por último señalar que España está llena de Santuarios y además no hay ningún templo que no tenga una imagen de la Santísima Virgen de María.

*Santa María, madre de Dios, no nos dejes solos, sino acompáñanos con tu cariño de Madre, y piensa que muchos de nosotros ya no tenemos aquí en la tierra a nuestras madres, por lo que te pedimos que tú nos des cariño de Madre.*

**+Camilo Lorenzo Iglesias**

Despedida  
de las Hijas de la Caridad  
Residencia “Hogar 70”. Fuentesnuevas  
(2.10.2015)

*Queridos hermanos sacerdotes,*

*Visitadora Provincial y Comunidad de Hijas de la Caridad,*

*Delegado de Cáritas Diocesana,*

*Dirección de la Residencia, trabajadores, residentes, ancianos, enfermos, familias.*

Estamos participando con viva emoción en esta Eucaristía que es “el corazón y la cumbre de la vida de la Iglesia, pues en ella Cristo asocia su Iglesia y todos sus miembros a su sacrificio de alabanza y acción de gracias ofrecido una vez por todas en la cruz a su Padre; por medio de este sacrificio derrama las gracias de la salvación sobre su Cuerpo, que es la Iglesia”.

La Santa Misa de este día reviste un carácter singular: es Acción de Gracias a Dios Padre y homenaje de agradecimiento a las

Hijas de la Caridad, fundadas por el San Vicente de Paúl, que tienen como carisma “La Caridad de Cristo nos apremia”. Se marchan de esta querida Residencia de “Hogar 70”, con dolor y amor, porque el corazón siempre sangra por donde ama, pero con la conciencia del deber bien cumplido y dejando una buena siembra del Evangelio por la acogida cálida y el servicio de amor a los enfermos, ancianos y familias.

Toda la diócesis de Astorga y todas las personas aquí presentes en la hora del adiós y de la despedida, les damos de corazón las gracias y les rendimos un cálido homenaje de cariño, reconocimiento y gratitud.

Hoy se cierra para vosotras, queridas hermanas, la última página de un libro, que empezó a escribirse en el día 19 de marzo del año 1975, gracias a la iniciativa y empeño de Cáritas Diocesana, sensible a la problemática social de nuestra Diócesis, y a las necesidades de nuestros ancianos. Cáritas, movida por la necesidad de dar solución a las carencias de los mayores, se lanzó a la promoción de residencias alegres, cálidas, acogedoras y rebosantes de cariño, dignas de reconocimiento de quienes por aquí han pasado. Podemos afirmar que “Hogar 70” nació de la vivencia cristiana de la caridad que nos estimula como hijos de Dios y hermanos, especialmente de todos los que sufren.

En la inauguración de esta Residencia se os decía a vosotras, Hijas de la Caridad: *“Esta Residencia tendrá de Hogar lo que vosotras estáis dispuestas a poner en ella de cariño y de entusiasmo, de ilusión y de ternura”*. En estos años habéis sabido demostrar vuestra capacidad de lucha y de superación.

Durante estos cuarenta años, la comunidad de Hijas de la Caridad ha pasado por infinidad de vicisitudes y la residencia “Hogar 70”, gracias a la entrega de las religiosas, fieles a su carisma de caridad y de servicio, y a la ayuda y gestión de Caritas de nuestra Diócesis, es hoy una Residencia modéli-

ca, que recoge la rica herencia humana y espiritual de unas mujeres sencillas, evangélicas, que han servido a los hermanos como al mismo Cristo.

Aquí, en "Hogar 70" y en otras residencias de nuestra Diócesis, las Hijas del San Vicente de Paúl habéis desarrollado, con la gracia de Dios, una auténtica obra de caridad evangélica y de promoción integral humana con los ancianos y enfermos de toda clase.

Celebramos esta despedida en el día en que la Iglesia celebra la fiesta de los Santos Ángeles Custodios. En el evangelio de Mateo, la palabra «pequeño» no se refiere únicamente a los niños. Pequeños son todas las personas humildes y sencillas que desde su simplicidad de vida han optado por seguir a Jesús con toda radicalidad. Los pequeños encarnan los valores fundamentales de la Buena Noticia y hacen patente la presencia de Jesús entre los más pobres y sencillos.

La primera lectura y el salmo hacen referencia a los ángeles que Dios envía para proteger a sus hijos. Dice: «Voy a enviarte un ángel por delante, para que te cuide en el camino y te lleve al lugar que he preparado». Y el Salmo explica con muchas comparaciones e imágenes, esa protección divina que representan los ángeles para quienes adoramos a Dios nuestro Padre.

En la tradición de la Iglesia, siempre hemos conocido la devoción a los santos ángeles, porque la Biblia los nombra a menudo. Alegrémonos y agradezcamos a Dios nuestro Padre su maravillosa providencia que nunca nos abandona y con tanto amor nos cuida.

En este día y uniéndome al sentir de muchas personas que han pasado por esta casa, puedo exclamar: ¿Cómo le pagaremos al Señor todo el bien que nos ha hecho por medio de vosotras, Hijas de la Caridad? Alzaremos la copa de la salvación e invocaremos su nombre. Es lo que estamos haciendo en esta

celebración de la Eucaristía, homenaje sublime de acción de gracias al Señor.

Vosotras, queridas Hijas de la Caridad, tenéis todavía un camino que recorrer en otras Casas y Obras de vuestra Congregación, según el destino que os señalen las Superiores, porque nunca os jubiláis; habéis hecho una ofrenda al Señor para toda la vida, en la juventud y en la vejez. El Señor os sigue llamando a cada una y os dice: ¡Ven, sígueme! No tengáis miedo.

Dejad en las manos del buen Padre Dios el “ayer” de vuestras vidas con sus luces y sus sombras, hasta de vuestras miserias y pecados, para lanzaros confiadamente y en nombre de Cristo hacia adelante según vuestra vocación, consagración y misión.

Vosotros, queridos ancianos, en esta edad de la madurez, del forzado desprendimiento, del callado pensamiento, del ensayo de la despedida, debéis guardar en vuestro corazón y en vuestra memoria el grato recuerdo de estas hermanas religiosas que se han esforzado por llenar vuestra vida de amor y alegría. Ellas, en su labor callada y fecunda, os han cuidado con ternura. Ellas tienen manos sensibilizadas a todo, manos que miran sin necesidad de ojos, manos desinteresadas movidas por el corazón y por el amor. Manos activas, manos llenas porque tienen todo lo que dan y dan mucho. Queridos residentes, de vuestro corazón y de vuestras manos ha de brotar hoy hacia estas hermanas un aplauso de gratitud y de admiración, de aliento y de estímulo.

Al concluir esta homilía, nacida de un corazón agradecido, interpretando el sentir de los aquí presentes, como en la parte final de una sinfonía, recojo en un poderoso acorde los deseos de todos para deciros al unísono: ¡MUCHAS GRACIAS!

†Camilo, Obispo de Astorga

Ordenación Sacerdotal  
del Diácono  
Carlos Hernández Prieto  
(4.10.2015)

*Con profundo afecto saludo al padre y a la hermana del Diácono Carlos Hernández Prieto, al Rector del Seminario Mayor y a todos vosotros, hermanos sacerdotes, que participáis en esta celebración en la que Carlos recibirá la ordenación de presbítero.*

*Hermano Carlos, bienvenido al ministerio sacerdotal.*

*Saludo también a toda la familia sacerdotal de la diócesis, que te acoge con gozo y también con profundo cariño esperando esta buena noticia. Sin duda Dios te concede esta gracia esperanzadora para toda nuestra Diócesis, porque tu ordenación al sacerdocio es un don muy singular para todos los sacerdotes y también para esta querida diócesis de Astorga.*

Con tu ordenación nos alegras a todos los diocesanos, querido hermano Carlos, y en particular al presbiterio diocesano, que con profundo gozo esperamos que al menos durante

algunos años tus amigos seminaristas también serán ordenados presbíteros.

Me alegro y me reconforta que recibas con profundo gozo el servir a Dios en los muchos hermanos, que desean encontrarse con el sacerdote que sabe acoger a hermanos deseosos de que les hablemos de Dios, aunque parece que no tienen deseo de escuchar la Palabra de Dios, pero son muchos los que se encuentran desorientados y tantas veces deseosos de recibir una palabra de aliento para caminar interiormente y alcanzar la paz que les ayudará a mantener la alegría.

Alegría que tú también alcanzarás a lo largo de tu vida sacerdotal para hablarles de Dios. Pero también son muchos los que se encuentran desorientados y tantas veces deseosos de recibir una palabra de aliento para cambiar interiormente y alcanzar la paz, que les hará mantener la alegría, que tú también buscarás a lo largo de tu vida sacerdotal.

Sí, hermano Carlos, te impondré mis manos, para significar la comunión en el único sacerdocio, junto con los demás presbíteros, y significar así la comunión con el único sacerdocio que yo como obispo he compartido con los presbíteros, en este sencillo gesto, unido a la oración de consagración que te conferirá la gracia del Espíritu Santo, para que te entregues al servicio de la Iglesia. También te ungiré las manos, signo del especial amor de Dios con el que te ha elegido, para que transmitas ese amor a todos los hombres. Además recibirás la patena y el cáliz, y escucharás estas palabras: “Recibe la ofrenda del pueblo santo, para presentarla a Dios. Considera lo que realizas e imita lo que conmemoras, y conforma tu vida con el misterio de la cruz del Señor”.

Carlos, tú te has acercado a ver al padre de tu compañero de seminario, Antonio, y sabes que le han detectado una grave enfermedad, sin articular palabra contemplaste sus lágrimas

de emoción, ante la posibilidad de que la enfermedad le impida acompañar a su hijo en el día de su ordenación de presbítero.

Sí, hermanos todos, nuestra vida está en las manos de Dios y en su providencia aunque tengamos que pasar por situaciones dolorosas, en las que tantas veces tenemos que dirigirnos a Dios, el Señor de nuestra vida, y aceptar su voluntad, aunque sea dolorosa. Porque además nuestro misacantano, Carlos, también en su mente, en su corazón y en su oración tiene muy presente a su querida mamá, a la que también Dios la ha llamado, y vive en el reino de los bienaventurados. Por tanto, a ella la tenemos muy presente en esta celebración.

Después de todo esto, deseo que nuestra mente y nuestro corazón celebren este acontecimiento que nos llena de gozo y de esperanza, que no es otro que la ordenación de un joven generoso y muy espiritual, que desea ser continuador de la misión de los presbíteros, en esta querida diócesis de Astorga, en la que yo he vivido durante veinte años de gozoso trabajo, intentando consolar a los que también pasaron por los mismos caminos, que nosotros estamos recorriendo.

Por tanto, hermanos y hermanas en el Señor, os pido que dediquéis tiempo para contemplar lo que estamos realizando y lo vivamos gozando. Sí, viviendo y gozando, porque no es para menos el que un hermano nuestro reciba la ordenación, para vivir el ministerio sacerdotal.

Hermanos: Como todos sabéis, estamos pasando tiempos muy preocupantes por la escasez de sacerdotes. Sí, porque muchos matrimonios no sólo no fomentan la natalidad, sino que la destruyen, porque no quieren tener hijos...Y si no hay natalidad será imposible que haya sacerdotes. Porque con toda facilidad los matrimonios se conforman con un único



hijo, e incluso hay matrimonios que prefieren disfrutar de la vida sin vivir preocupados en los cuidados de los hijos. Pero esa manera de pensar hace imposible que un matrimonio pueda permitir, con facilidad, que uno de sus hijos descubra la vocación al sacerdocio.

Pero en esta celebración, el diácono Carlos será ordenado sacerdote. Sí, y además con el gozo de esta celebración proclamamos que hay una gran necesidad de que algunos jóvenes decidan consagrar su vida al servicio de la evangelización, para que las comunidades cristianas promuevan las vocaciones al sacerdocio ministerial.

Sí, hermanos, no tenemos sacerdotes, porque el egoísmo y la comodidad no permiten que la natalidad sea la que necesita la Iglesia para que haya niños y jóvenes que puedan descubrir la llamada de Dios al sacerdocio.

Padres y madres de familia, haced lo posible para que la natalidad permita que haya jóvenes que consagren su vida al servicio sacerdotal que esperan nuestros hermanos. Porque la verdad es que los seminarios están vacíos y los sacerdotes estamos caminando cerca de la jubilación, porque sabemos que la vida humana, como todos sabemos, tiene fecha de caducidad.

Hermanos cristianos, no tenéis derecho a quejaros de que no hay sacerdotes, porque si la sociedad elimina la natalidad, y muchos padres y madres no quieren tener hijos, no podrá haber jóvenes que reciban el sacramento del matrimonio o sigan la vocación al sacerdocio.

Pero hoy disfrutemos con Carlos, este hermano nuestro, que dentro de unos momentos recibirá el sacramento de la ordenación sacerdotal. Nos unimos también al gozo que esta celebración supone para su querido padre y hermana a la vez que les felicitamos.

Sí, nuestro hermano Carlos, desde hoy en adelante será muy feliz si eres fiel a las llamadas que Dios te hará y cuentas siempre con María, la madre de Jesús nuestro salvador. Lleva siempre en tu mente y en tu corazón a María, la Virgen Inmaculada, Y sé fiel a la vocación que has recibido, porque solamente así serás feliz.

**†Camilo, Obispo de Astorga**

## Homilía en la entrega de la ‘Missio’ de los profesores de religión Astorga, (10.10.2015)

*Querido Delegado de Enseñanza.*

*Queridos profesores y profesoras de Religión,*

*Hermanos y hermanas:*

El Señor nos ha convocado en torno a la mesa de la Eucaristía para recibir la “Missio Canónica”. Recordemos que la Eucaristía es la fuente de la vida y de la misión de la Iglesia.

Al recibir el envío y el encargo para enseñar en nombre de la Iglesia la Religión católica, en los distintos niveles formativos de la escuela pública y privada, os hacéis servidores del Reino de Dios. Vuestra tarea es un verdadero ministerio eclesial al que sois enviados por la Iglesia; participáis así en el ámbito del anuncio de la Palabra de Dios. Vosotros sois enviados hoy por el mismo Señor a través de mis manos al anuncio de la Palabra, que siempre es viva y eficaz, y como el grano de mostaza está llamada a crecer y desarrollarse en vuestros alumnos.

Esta celebración os debe llevar a todos a adquirir una conciencia más viva de esta vuestra condición de enviados por Cristo y por su Iglesia al mundo escolar. Y como enviados habéis de ser servidores fieles y solícitos del Señor y de su Palabra tal como nos llega a través de la tradición viva de la Iglesia. Se trata de un verdadero don, recibido en último término de Dios, y de una tarea, que, en palabras de San Pablo, no es otra sino evangelizar para que no se desvirtúe la cruz de Cristo. Porque no sois dueños, sino servidores de la Palabra; y de quien sirve se pide que sea fiel a la tarea encomendada y solícito para que la Palabra llegue plena e íntegra al destinatario.

Doy gracias a Dios por vosotros y, a la vez, os manifiesto mi más sincero agradecimiento por la acogida del don que recibís en la “Missio”. Os agradezco la entrega generosa, no exenta de dificultad, que día a día demostráis en vuestros respectivos ambientes educativos. Lleváis a cabo una hermosa tarea, que ayuda a vuestros alumnos a crecer en el conocimiento de Dios, de Jesucristo y de su Evangelio, que les ayudará a que crezca en ellos el Reino de Dios, que llevan dentro de sí mismos la nueva vida que recibieron en su Bautismo

La formación religiosa católica, que impartís, pide que estéis identificados con la fe y la moral del Evangelio. Optáis libremente para ser profesores de religión; nadie os obliga a ello. Esta opción no puede basarse en el mero deseo de completar un horario, ni tampoco en tener un puesto de trabajo remunerado. El profesor de religión es, sobre todo, un creyente católico y testigo de la fe en Jesucristo y es un testigo que quiere enseñar en nombre de la Iglesia la Buena Noticia de la salvación de Dios que se ha manifestado en Cristo y en su Evangelio.

En vuestra misión habéis de proclamar con vuestra vida, con vuestra palabra y con vuestra enseñanza la comunión con

Dios en el seno de la Iglesia que os otorga esta dignidad de enseñar. En vuestra tarea trasmitís no sólo conocimientos sino ante todo vida. El profesor de religión, como cristiano católico elegido para participar en la misma misión de la Iglesia, ha de ser coherente en su vida con lo que enseña.

No se me oculta la situación difícil en la que debéis llevar a cabo vuestra tarea educativa. Pero os recuerdo que Dios no se cansa ni fatiga, él reanima al cansado y reconforta al débil. *“La debilidad de Dios es más fuerte que los hombres”*, dice San Pablo. Porque la semilla de la Palabra casi siempre encuentra una tierra buena y da su fruto; la Palabra de Dios nunca vuelve vacía a Él.

La educación y maduración en la fe y vida cristiana se realiza por diversos cauces, entre los que destacan la familia, la parroquia y la escuela. Pero la enseñanza religiosa se enfrenta hoy a nuevos retos en la transmisión de la fe a las nuevas generaciones. Hoy es necesaria una propuesta de la fe que lleve al encuentro con Jesucristo, que integre la fe y la vida. Así se comprende que el anuncio de la fe debe ir unido a la educación del ser humano, para que el mensaje de la fe pueda ser acogido en la vida personal.

Volvamos nuestra mirada al Señor, confiemos en su palabra y en su presencia en medio de nosotros. Fiados de su palabra avivemos nuestra confianza en él y retomemos el aliento necesario para el camino que hoy comenzamos en el inicio del nuevo curso escolar.

¡Qué Santa María, que supo acoger con fe y obediencia la Palabra de Dios, sea vuestro modelo en la misión que tenéis como profesores de Religión católica! ¡Que ella os aliente, os conforte y os proteja! Amén.

**†Camilo, Obispo de Astorga**

## Homilia de la Virgen del Pilar, Patrona de la Guardia Civil

*Astorga, (12.10.2015)*

*(1 Cr 15, 3-4. 15-16; 16,1-2; Sal 26; Lc 11,27-28)*

*Muy querido D. Blas, párroco de esta iglesia de San Pedro.*

*Estimado Sr. Capitán de la Comandancia de la Guardia Civil de Astorga. Le agradezco su amable invitación a presidir esta Eucaristía en el Día de la Patrona de la Benemérita.*

*Estimadas autoridades civiles y militares.*

*Hermanas y hermanos en el Señor*

*Saludo también con afecto a todos los miembros del Cuerpo de la Guardia Civil y a sus familias en el día de la fiesta del Pilar; ella es desde 1913, por propio deseo del Cuerpo, patrona, protectora y guía de la Guardia Civil. Hoy nos unimos a todos vosotros en esta Eucaristía de acción de gracias y de oración en la fiesta de vuestra patrona.*

Una antigua y venerada tradición dice que María reconforta y fortalece a orillas del Ebro en Zaragoza, al apóstol Santiago,

cansado y desalentado en la difícil tarea de anunciar el Evangelio y desde entonces la Virgen del Pilar es la protectora de los cristianos de España y más tarde, de los pueblos de Hispanoamérica, de la obra siempre nueva y urgente de anunciar el Evangelio de Jesucristo, así como la tarea para acogerlo y vivirlo durante nuestra vida personal, familiar y profesional.

La primera lectura de hoy nos habla del Arca de la Alianza, que el rey David, mandó trasladar a la tienda construida para darle cobijo. En el Antiguo Testamento, el Arca de la Alianza era el lugar de la presencia de Dios en medio del pueblo de Israel, que peregrinó por el desierto, porque María es la Virgen del Pilar “arca” de la nueva alianza por ser la madre de Dios y haber llevado en su seno virginal al mismo Dios; ella también es signo de la presencia de Dios en nuestro mundo, en medio de todo el pueblo cristiano y singularmente en medio de nuestro pueblo español.

La Virgen es como la columna que nos guía y sostiene día y noche. El Pilar, columna sobre la que se aparece y es representada la Virgen; es el signo de la acción de Dios en la historia y en la que el hombre puede dar cabida a Dios en su vida. El Pilar es el soporte de lo sagrado, de la vida, y del mundo y el lugar donde la tierra se une al cielo y en su alrededor ha de girar la vida cotidiana, si quiere ser de verdad humana.

En María, Madre de Dios, la tierra y el cielo, Dios y el hombre, se han unido para siempre en su Hijo, Jesucristo. En Cristo Jesús, Dios mismo entra en nuestra historia y se hace presente, para mostrarnos quién es Dios.

Por eso dijo Jesús en el evangelio de hoy: “¡Mejor, dichosos los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen!” (Lc 11, 27-28). María es dichosa, sí, por ser la Madre de Dios, por haberle llevado en su vientre y haberle amamentado. Pero, sobre todo,

es dichosa por haber creído en Dios y por haberse fiado de su Palabra.

María se convierte así en modelo de fe, y en pilar seguro y firme de la Iglesia y de los creyentes: la fe en su Hijo, Jesucristo, y la profunda devoción a María, son los pilares sobre los que se fundamenta y va creciendo el pueblo de Dios en España y en los pueblos de Hispanoamérica.

Por eso hermanos: “¡Mejor, dichosos los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen!” Estas palabras van dirigidas hoy a nosotros, porque Jesús nos invita a abrir nuestra mente y nuestro corazón a Dios, ha convertirnos a él, a escuchar y acoger su palabra, a avivar nuestra fe y vida cristiana y llevar una vida coherente con la fe que profesamos. El Señor nos invita hoy a una renovación profunda de nuestra fe a la vida cristiana, personal y comunitaria, profesional y pública. La fe, que hemos heredado, es un tesoro que hoy necesita ser personalizada e impregnada por la experiencia de Dios, por el encuentro personal con Cristo, para que nuestra fe no sea mera tradición y los bautizados lleguemos a ser verdaderos creyentes y testigos.

No nos avergoncemos de ser cristianos, en privado o en público, en nuestra familia o en nuestra profesión. La fe cristiana no es algo del pasado, sino tremendamente actual, porque Cristo Jesús vive, y da la vida porque ha resucitado.

La Virgen del Pilar vuelve nuestra mirada a Dios y desea ardientemente que abramos nuestro corazón a Dios. Una sociedad que se cierra a Dios se va haciendo cada vez más inhumana. Por el bien del ser humano, por el bien de nuestra sociedad y por el bien de nuestro pueblo es hora de volver a abrir las ventanas para que la luz de Dios entre en nuestra vida y en nuestra sociedad. En estos momentos de crisis profunda y generalizada: es hora de contar con Dios, de avivar las raíces cristianas de nuestro pueblo en lugar de negarlas



o marginarlas. Miremos hoy a la Virgen del Pilar y, como ella, fundamentemos nuestra vida y nuestro trabajo en Dios.

*Queridos miembros del Cuerpo de la Guardia Civil. Pido a Dios, que María, la Virgen del Pilar, os siga protegiendo en vuestro trabajo de servicio al bien común de nuestra sociedad y de nuestro pueblo español: un trabajo silencioso, que no siempre es bien comprendido ni suficientemente valorado; pero un trabajo que es siempre necesario para la libertad, la seguridad y la convivencia en nuestra sociedad.*

*A Dios ruego también por todos vuestros compañeros y familiares, fallecidos o víctimas de la violencia, así como por todas sus familias. Que el Señor conceda su paz eterna a los difuntos, y consuelo y esperanza a los atribulados. A Él se lo pedimos de manos de María, la Virgen del Pilar, por Jesucristo Nuestro Señor. Amén.*

**†Camilo, Obispo de Astorga**

## Nombramientos Eclesiásticos

**RVDO. D. JOSÉ PRIETO GONZÁLEZ**

PÁRROCO de la PARTROQUIA de:

RIEGO DE LA VEGA

Dado en Astorga, a uno de Septiembre de dos mil quince.

**RVDO. D. ENRIQUE MARTÍNEZ PRIETO**

ADMINISTRADOR DEL

SEMINARIO MAYOR DIOCESANO

Dado en Astorga, a uno de Septiembre de dos mil quince.

Y

DIRECTOR DE LA

LIBRERÍA DIOCESANA DE ASTORGA

Dado en Astorga, a uno de Septiembre de dos mil quince.

**RVDO. D. EMILIO GARCÍA SANTÍN**

PÁRROCO de las PARROQUIAS de:

FONTORIA DEL BIERZO

OCERO

Dado en Astorga, a once de Septiembre de dos mil quince.

**RVDO. D. AVELINO RELLÁN LÓPEZ**

PÁRROCO de la PARROQUIA de:

SÉSAMO

Dado en Astorga, a once de Septiembre de dos mil quince.

**RVDO. D. MAUEL ÁLVAREZ MARTÍNEZ**

PÁRROCO de las PARROQUIAS de:

BERLANGA

LANGRE

SAN MIGUEL DE LANGRE

Dado en Astorga, a once de Septiembre de dos mil quince.

**RVDO. D. RAÚL VEGA CORDERO**

PÁRROCO de la PARROQUIA de:

VILOIRA DE VALDEORRAS

Y CAPELLÁN

DEL HOSPITAL COMARCAL DE VALDEORRAS

Dado en Astorga, a veintiocho de septiembre de dos mil quince.

**RVDO. D. PEDRO ANDRÉS FERNÁNDEZ**

PÁRROCO de la PARROQUIA de:

SANTA MARÍA DE COMPOSTILLA (PONFERRADA)

Dado en Astorga, a veintiocho de septiembre de dos mil quince.

**RVDO. D. JOSÉ ANTA JARES**

CONFESOR ORDINARIO

De la comunidad

Del Convento de Sancti Spiritus de Astorga

Dado en Astorga, a 28 de septiembre de 2015

**RVDO. P. RUFINO TEDEJO MARTÍNEZ**

CONFESOR ORDINARIO

de la Comunidad del Convento de Santa Clara de Astorga

Dado en Astorga, a 1 de octubre de 2015

**RVDO. P. PAULINO SUTIL JUAN**

CONSILIARIO DE VIDA ASCENDENTE

DE LA DIÓCESIS DE ASTORGA

Dado en Astorga, a cinco de octubre de dos mil quince.



## **INFORMACIÓN**

---

*Diocesana*

# Agenda Pastoral del Sr. Obispo

## **SEPTIEMBRE 2015**

<b>DÍA</b>	<b>ACTIVIDAD</b>
Días 1- 4:	Audiencias.
Día 6:	Preside la Misa de toma de posesión del Padre Juan Jose como Párroco de la Parroquia de Puerta de Rey, de Astorga.
Día 7:	Audiencias.
Día 8:	Preside, en Ponferrada, la Santa Misa de la Fiesta de la Virgen de la Encina.
Día 9:	Audiencias.
Día 10:	Por la mañana Preside la Reunión de Vicarios y Arciprestes y, por la tarde, la Reunión del Consejo de Gobierno.
Día 11:	Audiencias.
Día 12:	Asiste, en la Catedral de Oviedo, a la Misa homenaje del 50 Aniversario de la Consagración Episcopal de Monseñor Gabino Díaz Merchán.
Días 14-17:	Audiencias.
Día 18:	Preside el Retiro para los Sacerdotes de la Zona de Galicia.
Día 20:	Preside la Procesión y la Misa en el Santuario de Castrotierra con motivo de la Clausura del Año Jubilar.

Días 21-25: Asiste, en Astorga, a la Semana de Ejercicios Espirituales para Sacerdotes.

Día 28: Preside el Retiro para los Sacerdotes de la Zona de Zamora.

Día 29: Audiencias.

Día 30: Preside el Retiro para los Sacerdotes de la Zona del Bierzo.

### **OCTUBRE 2015**

<b>DÍA</b>	<b>ACTIVIDAD</b>
Día 1:	Preside el Retiro Espiritual para Sacerdotes de la Zona de Astorga.
Día 2:	Preside, en la Residencia “Hogar 70” (Fuentesnuevas) la Misa con motivo de la Despedida de las Hijas de la Caridad.
Día 3:	Asiste, en la Catedral de Santander, a la Beatificación de varios Mártires Diocesanos.
Día 4:	Preside, en la Catedral de Astorga, la Misa con motivo de la Ordenación Presbiteral del Diácono Carlos Hernández Prieto.
Día 5:	Bendición de Obras y Misa de Inicio de Curso en el Seminario Mayor.
Día 6:	Asiste a la Apertura del Curso en el Seminario de León.
Día 7:	Preside la Reunión de Vicarios y Arciprestes.
Días 8 y 9:	Audiencias.
Día 10:	Por la mañana preside la Misa en el Seminario con motivo de la entrega de la “Missio” a los profesores de Religión y, por la tarde, preside la Reunión del Consejo Pastoral Diocesano.

## INFORMACIÓN / DIOCESANA

Día 12: Preside la Misa en San Pedro de Rectivia de Astorga, con motivo del Día del Pilar, Patrona de la Guardia Civil.

Días 13 y 14: Asiste al 58º Cursillo Diocesano de Liturgia en el Seminario de Astorga.

Días 15 y 16: Audiencias.

Día 17: Confirmaciones en San Román de Bembibre.

Día 18: Preside, en la Catedral, la Misa con motivo del día del Domund.

Días 19 y 20: Audiencias.

Día 21: Asiste, en Madrid, a la Reunión de la Comisión Gestora del Fondo de Nueva Evangelización.

Días 22 y 23: Audiencias.

Días 26-29: Audiencias.

Día 30: Preside la Reunión del Consejo de Gobierno.

## Reuniones de Vicarios y Arciprestes

El jueves 10 de Septiembre a las 11:00 h, en la sala de reuniones del obispado de Astorga, se celebró la reunión mensual de Vicarios y Arciprestes, tras el paréntesis veraniego, en la que actuó como moderador D. Lisardo Paradelo, Vicario de la Zona de Galicia, y cuyo Orden del Día fue el siguiente:

### Orden del Día

- 1 Lectura y aprobación del Acta de la reunión anterior.
- 2 Presentación del Programa Pastoral del curso 2015-2016
- 3 Diálogo y propuesta de actividades en los arciprestazgos para la realización del Programa Pastoral del curso 2015-2016.
- 4 Diálogo y propuesta de actividades, en los arciprestazgos o a nivel diocesano, con motivo del Jubileo de la Misericordia.
- 5 Diálogo y propuesta de temas que se considera conveniente tratar en las reuniones de Vicarios y Arciprestes.
- 6 Ruegos y preguntas.



El miércoles 7 de octubre a las 11:00 h en la sala de reuniones del Obispado de Astorga tuvo lugar la reunión mensual de Vicarios y Arciprestes bajo la moderación de D. Antonio Gómez, Vicario de la Zona del Bierzo, con el siguiente orden del día:

- Lectura y aprobación del Acta de la reunión anterior.
- La Memoria de Actividades de la Iglesia (exposición a cargo del Secretario General).
- El Jubileo de la Misericordia en nuestra Diócesis: Líneas pastorales (exposición a cargo del Vicario de Pastoral).
- La acogida a los refugiados en nuestra Diócesis: Situación actual (exposición a cargo del Vicario General).
- Ruegos y preguntas.

## *Programa Pastoral para el Curso 2015-2016*

**Ser testigos alegres de la fe en Jesucristo en el mundo de hoy**

### PRIMER OBJETIVO PRIORITARIO

"DISCÍPULOS MISIONEROS,  
TESTIGOS DE MISERICORDIA"

**Favorecer la experiencia de comunión en la fe, los Sacramentos y la comunidad eclesial para ser testigos de Cristo hoy.**

#### **Acciones:**

1. Con la apuesta por la conversión pastoral según los criterios de *Evangelii Gaudium*.
2. Con el cuidado de la pastoral familiar creando o fortaleciendo grupos estables de matrimonios y familias y difundiendo las enseñanzas del Sínodo de la Familia.

### SEGUNDO OBJETIVO PRIORITARIO

**Vivir el encuentro con Cristo, Palabra de Dios, en la celebración evangelizadora y misionera.**

#### **Acciones:**

1. Con la preparación y la dignificación del Día del Señor y de la celebración de los sacramentos como acciones de Cristo.
2. Con el fomento de la lectura creyente de la Palabra de Dios como fuente de vida cristiana.

## TERCER OBJETIVO PRIORITARIO

### **Testimoniar la caridad y la justicia como exigencia esencial e irrenunciable de la fe en Cristo**

#### **Acciones:**

1. Con el ejercicio de la misericordia creando, revitalizando y fortaleciendo grupos de Cáritas, de acuerdo con *Misericordiae vultus* e Iglesia, servidora de los pobres.
2. Con la promoción del voluntariado organizado para la pastoral samaritana de la Iglesia y el estudio de la Doctrina Social de la Iglesia.

## CUARTO OBJETIVO PRIORITARIO

### **Despertar y cultivar la vocación y misión del laico en la Iglesia para ser testigos de Cristo en el mundo**

#### **Acciones:**

1. Con nuevo impulso a la creación y desarrollo de los Consejos Pastorales y de Asuntos Económicos en las parroquias y arcipres-  
tazgos.
2. Con nuevas iniciativas para suscitar la responsabilidad misionera de individuos y grupos.

## Hace cien años

### **CARTA DE S. S. BENEDICTO XV CON MOTIVO DEL ANIVERSARIO DE LA GUERRA EUROPEA**

Cuando fuimos llamados, aunque inmerecidamente, a suceder en el Trono Apostólico al mansísimo Pontífice Pío X, a quien el dolor de la lucha fratricida que acababa de encenderse en Europa había abreviado su santa y benéfica vida, también Nos sentimos inclinados a dirigir una mirada de angustia hacia los ensangrentados campos de batalla con el horror de una madre que viera devastada y desierta su casa por furioso huracán. Y pensando con indecible pena en los jóvenes hijos Nuestros que a millares eran segados por la muerte, recogimos, con el corazón dilatado por la caridad de Cristo, todo el quebranto de las madres, de las esposas enviudadas antes de tiempo, todo el llanto inconsolable de los niños privados prematuramente de los cuidados paternos. Nuestro ánimo, participando de la afanosa trepidación de tantas familias, está penetrado de los imperiosos deberes que Nos impone la sublime misión de paz y de amor que en tan desgraciados días se Nos ha confiado;

concebimos al momento el firme propósito de consagrar toda Nuestra actividad y todo Nuestro poder a reconciliar a los pueblos combatientes, y hasta hicimos de ello solemne promesa al Divino Salvador, que quiso, con el precio de su sangre, hacer a todos hermanos.

Y de paz y de amor fueron las primeras palabras que, como Supremo Pastor de las almas, dirigimos a las naciones y a sus gobernantes. Mas Nuestro afectuoso e insistente consejo de padre y de amigo no fue escuchado, lo cual acrecentó en Nos el dolor, pero no disminuyó Nuestro propósito; y por esto proseguimos dirigiéndonos con confianza al Omnipotente, que tiene en su mano la mente y el corazón tanto de los vasallos como de los reyes, invocándole por la cesación del terrible azote.

A Nuestra ferviente y humilde súplica quisimos que se asociaran todos los fieles, y, para hacerla más eficaz, procuramos que fuese acompañada con obras de cristiana penitencia.

Pero hoy, triste aniversario del comienzo de la tremenda conflagración, sale más ardoroso de Nuestro corazón el deseo de que cese pronto la guerra; más alto se eleva el clamor paternal de la paz. ¡Pueda ese clamor, venciendo el espantoso fragor de las armas, llegar hasta los pueblos ahora en guerra y hasta sus jefes, inclinando a unos y a otros a consejos más pacíficos y serenos!

Por el Santo Nombre de Dios, nombre celestial de Nuestro Padre y Señor; por la bendita Sangre de Jesús, precio de la humana redención, os conjuramos a los que la Divina Providencia ha puesto para el gobierno de las naciones beligerantes, a que pongáis finalmente término a esta sangrienta carnicería que desde hace un año deshonra a Europa. ¡Es sangre de hermanos la que se derrama en tierra y en mar!

Las más hermosas regiones de Europa, de este jardín del mundo, se han sembrado de cadáveres y ruinas, y donde poco antes florecían las industrias por obra de las fábricas, y se fecundaban los campos por el trabajo, retumba ahora espantosamente

el cañón con su furia demoledora, que ni respeta pueblos ni ciudades, sino que en todas partes siembra estragos de muerte. Vosotros tenéis delante de Dios y delante de los hombres tremenda responsabilidad por la paz y por la guerra. Escuchad Nuestras súplicas, la voz paternal del Vicario del Supremo y Eterno Juez, al cual habéis de dar cuenta tanto de vuestras empresas públicas como de vuestros actos privados.

¿Consienten acaso la continuación de la guerra a toda costa las copiosas riquezas con que Dios Creador ha dotado las tierras sujetas a vuestro imperio? Respondan por Nos millares de jóvenes, y las vidas que se apagan todos los días sobre los campos de batalla. Respondan las ruinas de tantas ciudades y pueblos y de tantos monumentos debidos a la piedad y al genio de nuestros abuelos. ¿No indican también lo mismo aquellas amargas lágrimas derramadas en el secreto de las paredes domésticas? ¿y aquellas manos suplicantes ante los altares no proclaman que es grande, excesivamente grande, el precio de la lucha tan continuada?

Dígase lo que se quiera, tamaño conflicto puede componerse sin violencia de armas. Depónganse mutuamente los propósitos de destrucción; reflexionen que las naciones no mueren; humilladas y oprimidas llevan con rabia el yugo que se les impone, preparando la reacción, transmitiendo de generación en generación la triste herencia del odio y de la venganza.

¿Por qué desde ahora no ponderar con serena conciencia los derechos y las justas aspiraciones de los pueblos? ¿Por qué no iniciar con ánimo generoso el intercambio directo o indirecto de pretensiones a fin de tener en cuenta, en la medida de lo posible, los derechos y las aspiraciones, para llegar así a poner término a la cruel lucha, como ha sucedido en otras semejantes circunstancias?

¡Feliz el que primero levante el ramo de oliva, y lo extienda al enemigo con la diestra ofreciéndole la paz en condiciones

razonables! El equilibrio del mundo, la próspera y segura tranquilidad de las naciones descansa sobre la mutua benevolencia, sobre el respeto a los demás, sobre los derechos y sobre la autoridad de los otros, más, mucho más que sobre la multitud armada y sobre los formidables cercos de las fortalezas.

Es este el clamor de la paz que en Nuestro ánimo se levanta más alto en este desgraciado día.

Nos invitamos a cuantos son amigos de la paz del mundo a darnos la mano para acelerar el término de la guerra, que ya desde hace un año ha cambiado a Europa en vasto campo de batalla.

¡Quiera el misericordioso Jesús, por intercesión de su dolorida Madre, que al fin amanezca, después de tan horrible tormenta, la aurora plácida y luminosa de la paz, imagen del Divino Rostro! ¡Resuenen pronto los himnos de gratitud al Altísimo, dador de todo bien por haberse verificado la reconciliación de los Estados! ¡Vuelvan los pueblos, unidos por el amor, a la pacífica emulación de los estudios, de las artes, de las industrias, y una vez restablecido el imperio del derecho, resuelvan confiar en adelante la solución de las divergencias propias, no ya al filo de la espada, sino a la razón, a la equidad, a la justicia, después de haberlo ponderado con la debida calma, ponderación que será para las naciones la más gloriosa conquista.

Abrigando la grata esperanza de que el árbol de la paz, de fruto tan deseado, alegrará pronto al mundo, damos de corazón la bendición apostólica a cuantos forman la mística grey que se Nos ha confiado, y también rogamos al Señor por los que no pertenecen aún a la Iglesia Romana, a fin de que los estreche con Nos por los vínculos de perfecta caridad.

Roma en el Vaticano, a 28 de Julio de 1915.

**Benedicto. PP. XV**

## Letanías Lauretanas

Las letanías son un tipo de oración dialogada, compuesta por una serie de invocaciones breves dirigidas a Dios a modo de súplicas y a la Virgen o a los Santos en forma de intercesiones; una persona o un coro las recita o canta y otras personas, que participan en la oración, las repiten o contestan, sucediéndose unas a otras de forma ordenada. Naturalmente, también se pueden rezar de forma individual.

Este tipo litánico de oración surgió en los primeros siglos del cristianismo. En principio, las Letanías se dirigían exclusivamente a Dios en forma de súplicas pero, poco a poco, se les fueron añadiendo invocaciones a modo de intercesiones, sobre todo a través de la santísima Virgen pero también por medio de otros santos

Las Letanías a los santos se originaron en el siglo VII, y las relativas a María se multiplicaron progresivamente en distintas iglesias cristianas.



Proliferaron sobre todas las demás las Letanías de la Virgen y, entre estas, las “Lauretanas” fueron las más divulgadas. Ya testimoniadas en el siglo XII, deben su nombre al hecho de haber surgido como invocaciones a la Virgen de Loreto (Italia), cuyo santuario fue el ámbito en que se desarrollaron. Por todas partes (iglesias, conventos, congregaciones...) se multiplicaron las letanías marianas; incluso en Loreto llegaron a tener una versión distinta para cada día de la semana. El desconcerto era no pequeño. Para poner el orden necesario, el papa Clemente VIII, el 6 de septiembre de 1601, con el decreto *Quoniam multi* suprimió todas las letanías existentes con excepción hecha de las incluidas en el Misal y en el Breviario y, naturalmente, las Lauretanas que nosotros conocemos.

Entonces faltaban algunas invocaciones que se fueron añadiendo a lo largo del tiempo, como ya había hecho Pío V con el título *Auxilio de los cristianos* pidiendo la intercesión de María para lograr la victoria en la Batalla de Lepanto.

Clemente XIII concedió el título *Madre inmaculada* a petición del rey Felipe IV, para los dominios hispánicos, el 12 de septiembre de 1767. Fue también concedido por el papa Pío IX al obispo de Malinas en 1846; tras la definición dogmática de 1854, lo hizo extensivo a toda la Iglesia. Por otra parte y con el mismo motivo, también añadió la invocación *Reina concebida sin pecado original*.

León XIII concedió otros dos títulos: *Reina del santo Rosario*, y *Madre del Buen Consejo*. El primero al consagrar el mes de octubre al rezo del Santo Rosario.

Benedicto XV como motivo de la Primera Guerra Mundial añadió *Reina de la paz*.

Pío XII, después de la definición del dogma, concedió el título de *Reina asunta al cielo*.

Pablo VI con ocasión del Vaticano II le dio el título de *Madre de la Iglesia*.

Por último y hasta la fecha, fue el papa san Juan Pablo II el que la adornó con la hermosa invocación *Reina de la Familia*.

Algunas órdenes religiosas, si no todas, la proclaman Reina de la orden correspondiente.

La estructura o contenido de las Letanías Lauretanas, tal como están en la actualidad, se inicia con una serie de nueve invocaciones dirigidas a Dios: Las cinco primeras se refieren a Cristo Señor, las tres siguientes a cada una de las tres divinas Personas para terminar con una dirigida a la “Trinidad Santa, un solo Dios”. Al final de la Letanía figuran tres invocaciones dirigidas al “Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo” con las correspondientes súplicas de “Perdónanos, Señor”, “Escúchanos, Señor” y “Ten misericordia de nosotros”.

Las 52 intercesiones que ocupan el cuerpo central de la Letanía están dirigidas a la Virgen con la única respuesta “Ruega por nosotros” a cada una de ellas.

Según el orden en que figuran, las podemos clasificar de la siguiente manera en torno a seis títulos marianos como son:

3 a la santidad de María

13 a su maternidad

6 a su virginidad

10 a su ejemplaridad

7 a su mediación

13 a su realeza

Son, por tanto, sesenta y cuatro invocaciones con sus correspondientes respuestas. Termina la Letanía con el versículo:” V) *Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios. R) Para que seamos dignos de alcanzar las promesas de Cristo*”. El remate final es la oración que proceda, dirigida por el que preside el rezo.

En consecuencia, al principio y al final nos dirigimos a Cristo y a la Santísima Trinidad. Imploramos su misericordia para que nos libren de nuestras miserias materiales y espirituales (pecados). Invocamos a María para que interceda por nosotros ante Dios. “Ella es ante Él la omnipotencia suplicante” y es la Madre de Dios para conseguirlo todo de su Hijo, y Madre nuestra para concedérselo todo. Por lo tanto a Dios damos un culto de adoración, honra y gloria y a la Virgen María damos un culto de veneración, devoción y respeto.

Aunque rezamos las Letanías como una parte del Rosario, está claro que son una oración “autónoma” y se pueden rezar en cualquier otra ocasión en que parezca oportuno. Fue el papa León XIII el que prescribió finalizar el rezo del rosario con las letanías durante el mes de octubre.

En alguna ocasión se me ocurrió hacer una especie de eco sobre las Letanías, en el que cada uno de los presentes, bastante numerosos, proclamaba la invocación de sus preferencias y los demás nos asociábamos a sus deseos con nuestra súplica o ruego; se creó un clima muy interesante, y algunas de las invocaciones fueron muy repetidas.

También es buen ejercicio piadoso repetir, a modo de jaculatoria, algunas de las advocaciones que mejor se correspondan con el estado de ánimo de la situación vivida.

Los títulos marianos de las Letanías Lauretanas, con sus aspectos y matices, se corresponden con los epígrafes más destacadas del tratado de Mariología más exigente. Todos ellos son realmente teológicos y están extraídos de los libros inspirados de la Biblia.

Que estas breves y sencillas consideraciones nos ayuden a rezar con mayor fervor, si cabe, esta rica y tan extendida forma de oración. Lo importante es que las Letanías no se nos conviertan en una tediosa repetición.

## Sábados de la Misericordia

En el “Año de la Misericordia” la Iglesia nos recomienda la práctica de las obras de misericordia de una manera más intensa y consciente. Son un modo muy concreto y práctico de encontrarnos con Cristo en nuestros hermanos “más humildes”.

La miseria de la condición humana aparece en repetidas ocasiones, si bien es cierto que en nuestra cultura materialista y hedonista existe un esfuerzo grande de ocultar la precariedad humana para no incomodar el egoísmo en que vivimos. De esta artimaña son víctimas también los niños y los jóvenes a los que se les engaña para que no se acerquen a la finitud de la existencia, ni practiquen el amor al prójimo.

Para comenzar a romper con esta dinámica, con pequeños signos concretos, las Delegaciones Diocesanas de Juventud y Vocaciones llevarán a cabo una actividad llamada “Sábados de

la Misericordia”, en colaboración con instituciones eclesiales y laicas que tienen por finalidad asistir a los necesitados.

Esta iniciativa se estructurará en torno a tres apartados: el primero será una explicación catequética y dinámica de la obra de misericordia que se realiza ese día. El segundo consistirá en la práctica de la obra de misericordia, y el tercero será una oración común que recoja la experiencia y la ponga en manos de Dios para que produzca frutos.

La actividad está dirigida a adolescentes y jóvenes de primero de E.S.O. en adelante.

El Primer “Sábado de la Misericordia” será el próximo veinticuatro de octubre. La obra de misericordia escogida es “visitar al enfermo” y se efectuará en la Residencia de la Fundación Valdés “Ntra. Sra. de la Encina” en Campo. Ponferrada.

Sabemos que vamos muy justos de tiempo, pero os invitamos a implicaros con los jóvenes que os son cercanos para que juntos redescubramos el rostro de Jesús en nuestros hermanos más necesitados.

José Antonio Prieto, Delegado de Pastoral Vocacional  
Enrique Martínez, Delegado de Pastoral Juvenil

## Breves Noticias

### **1.- Concluye el Año Jubilar de la Virgen de Castrotierra.**

Del 18 al 20 de septiembre tuvo lugar un triduo para honrar a la Virgen de Castrotierra con motivo del primer aniversario de su Coronación Canónica. El viernes 18 se celebró una eucaristía solemne en el santuario de Nuestra Señora del Castro. El sábado 19 de septiembre los pueblos subieron al santuario con sus cruces, pendones y vírgenes. Una vez allí dio comienzo la Eucaristía a las 13:00 h. A las cinco de la tarde finalizó el encuentro con un rosario y la bendición. El domingo 20 de septiembre a las 18:00 h el Sr. Obispo, D. Camilo Lorenzo, presidió una procesión hacia el santuario donde se terminó con la solemne Eucaristía a las 19:00 h.

**2.- La Virgen del Castro procesionó a La Bañeza.** El viernes 25 de septiembre salió en peregrinación desde Castrotierra hasta La Bañeza, precedida de pendones, Nuestra Señora del Castro. Como

estaba previsto, a las 20 h comenzó una Eucaristía de Acción de Gracias, presidida por el Vicario de Pastoral, con motivo del Año Jubilar Teresiano y del primer aniversario de la Coronación Canónica en la iglesia de Santa María. El sábado 26 a las 7:30 h, Rosario de la Aurora por las calles de La Bañeza con la imagen, y el domingo 27, las misas se celebraron a las 11 y a las 12:30 h.

**3.- Cursillo para Catequistas.** Tuvo lugar en Camarzana, A Rúa, Ponferrada y Astorga. Como todos los años la Delegación Diocesana de Catequesis organizó un cursillo de formación en las cuatro zonas de la Diócesis del 23 al 26 de septiembre. En esta ocasión bajo el lema: “Camino Espiritual. El catequista vive la experiencia de Dios y la cultiva en el niño progresivamente”. La profesora de catequética y delegada de Apostolado Seglar de la Archidiócesis de Oviedo, Carmen Alonso García, fue la encargada de impartir estas jornadas.

**4.- Beatificación de los Mártires de Viaceli y Fons Salutis. Cinco de ellos son naturales de la Zona del Bierzo de nuestra Diócesis** El sábado 3 de octubre el Sr. Obispo, D. Camilo Lorenzo, acudió con unas setenta personas del arciprestazgo del Boeza a la ceremonia de Beatificación de los Mártires de Viaceli y Fons Salutis, cinco de los cuales son naturales de la Diócesis de Astorga. La ceremonia se celebró en la catedral de Santander y estuvo presidida por el cardenal Mons. Angelo Amato. El sábado 10 se celebró una Misa de Acción de Gracias por los nuevos beatos en Noceda del Bierzo. Fue organizada por el Arciprestazgo del Boeza de donde eran oriundos nuestros Beatos. Durante la Guerra Civil española (1936-1939) fueron asesinados varios monjes cistercienses y dos monjas. Ellos pertenecían a la Abadía de Viaceli, en Cóbreces, Cantabria. Las monjas, al monasterio de Fons Salutis (Valencia).

**5.- Ordenación Sacerdotal.** Carlos Hernández Prieto fue ordenado sacerdote el domingo 4 de octubre a las 18:00 h por el Sr. Obispo, D. Camilo Lorenzo Iglesias, en la Catedral de Astorga. Concelebró un gran número de sacerdotes de la Diócesis, de la Diócesis de Getafe donde cursó estudios y del Colegio Español de Roma, ciudad en la que sigue cursando estudios de Teología Dogmática. La Catedral estaba completamente abarrotada de feligreses procedentes, fundamentalmente, de la ciudad y de la vecina ciudad de La Bañeza de donde es natural el nuevo presbítero. La víspera, a las 20:00 h, se celebró una vigilia de oración en la capilla del Seminario.

**6.- Cursillo Diocesano de Liturgia.** Se ha celebrado, con la asistencia e interés de otras convocatorias, la 58ª edición del Cursillo Diocesano de Liturgia los días 13 y 14 de octubre en el seminario de Astorga. El tema general fue **Valor del Sacramento de la Penitencia. Acercamiento teológico, litúrgico y pastoral ante el año jubilar de la Misericordia.** Este fue el programa que se desarrolló tal como estaba previsto en la convocatoria del mismo: El **martes 13** se abordó el sacramento de la Reconciliación desde diversas perspectivas: teología, derecho canónico y pastoral. Intervinieron como ponentes reconocidos especialistas en estos campos: nuestro compañero sacerdote y teólogo **D. Adolfo Rodríguez Iglesias**, y los sacerdotes **D. Nicolás Álvarez de las Asturias** y **D. Jesús Hígueras Esteban** que trabajan en la parroquia de Sta. María de Caná en Pozuelo de Alarcón, diócesis de Madrid. El **miércoles 15** tuvimos la oportunidad de escuchar y dialogar con el sacerdote salmantino **D. Emilio Vicente de Paz**, delegado diocesano de Liturgia de Salamanca, que nos ofreció pistas bien fundamentadas desde la teología litúrgica para relanzar celebrativamente el sacramento del perdón en nuestras parroquias y arciprestazgos. Antes de la comida de fraternidad, nos ofrecieron algunos **Apuntes de actualidad litúrgica.**





### D. José Prieto González

Una honda consternación nos embarga, de una manera especial, a todos los residentes y empleados de la Casa Sacerdotal de Astorga por el fallecimiento inesperado e imprevisible de nuestro director y querido compañero. Después del acostumbrado paseo vespertino, un inmisericorde infarto de corazón lo derrumbó en el suelo; acudieron prestos los servicios sanitarios locales que lo remitieron al Centro Hospitalario de León donde, pese a la diligencia y a los esfuerzos de los médicos, nada pudieron hacer para mantenerlo con vida.

Todo ello sucedía en la tarde-noche del día 30 de octubre de 2015, a la edad de setenta años.

Había nacido en Castrocontrigo (León) el 16 de marzo de 1945. Siguiendo el ejemplo de su hermano sacerdote, D. Juan ya fallecido, cursó los estudios eclesiásticos en nuestro Seminario Conciliar, y se ordenó sacerdote el 14 de junio de 1970.

Desarrolló todas sus actividades pastorales en la que hoy denominamos Zona Pastoral de Astorga, empezando como párroco de Manzaneda, Villar, Pozos, Quiuntanilla de Yuso y Cunas en La Cabrera; pasando por el Seminario de La Bañeza como vicedirector y profesor para terminar en la ciudad de Astorga, desde la que atendió feligresías de este entorno, además de ser auxiliar durante un tiempo en la oficina de la Administración Diocesana, profesor de Religión en el Instituto hasta su jubilación oficial, párroco de San Andrés Apóstol desde el fallecimiento de D. Faustino en 1996, nombrado arcipreste de esta zona en las pasadas elecciones y por último, como queda indicado, director de la Casa Sacerdotal. Esta es la relación completa de

los pueblos cercanos de los que estuvo encargado como pastor en distintos momentos desde que fijó su residencia en Astorga: Al principio, Valdespino y Lagunas de Somoza, y Villar del Golfer, Filiel y Boisán; más tarde, Valdeviejas, Valderrey, Matanza, Bustos, Cuevas y Tejados de Sequeda, con Celada y, últimamente, Riego de la Vega.

Era un hombre de fácil convivencia, trabajador abnegado, crítico, práctico y buen compañero. Aparte de convivir con él en la residencia, tuve la oportunidad de ser su colega como profesor de Religión en el Instituto. Recuerdo con gratitud y gozo aquella época, y lamento sinceramente que ya se me hayan ido los dos compañeros del departamento: el recordado D. Zacarías Fernández y el ahora llorado D. José Prieto, ambos más jóvenes que yo.

Su cadáver fue velado, de tres a once de la tarde el día 31 en la parroquia de San Andrés; el funeral “còrpore insepulto” y posterior entierro se celebraron en su pueblo de Castrocontrigo el día 1 de noviembre a partir de las cuatro y media de la tarde; presidió el Vicario General, Mons. Marcos Lobato Martínez. A pesar de ser días tan ocupados desde el punto de vista pastoral y laboralmente festivos, la afluencia de compañeros, familiares, feligreses y amigos de diversa procedencia fue realmente grande.

En la parroquia de San Andrés de Astorga se tuvo otra misa funeral el día 2 a las cinco de la tarde; fue presidida por el Sr. Obispo, D. Camilo Lorenzo Iglesias, acompañado por unos cuarenta sacerdotes concelebrantes, el Sr. Alcalde, miembros de la cofradía del Bendito Cristo, familiares y la parroquia en pleno.

No se presenta fácil la posibilidad de llenar el espacio que D. José deja vacío. Que Dios le haya premiado sus anhelos y sus aciertos que han sido muchos.

*“El Señor es mi pastor; nada me falta; en verdes praderas me hace recostar; me conduce hacia fuentes tranquilas y repara mis fuerzas; me guía por el sendero justo, por el honor de su nombre” (Sal 22,2 y 3)*

*Pertenecía a la Asociación de Sufragios. Hacía el número 1.395*

**Título:  
Poético Balbuceo  
en honor a Leopoldo Panero**

**Autor: Mateo Martínez Cavero**

Me ha sorprendido gratamente este estreno, para mí al menos, de D. Mateo como inspirado poeta. Lástima que se trate de un cuadernillo de tan solo 16 páginas ilustradas con fotografías, incluidas las dos tapas. Es una separata de “Argutorio - I semestre 2015”. El contenido, como alude el título, es una descripción del entorno físico e inmediato en el que se desarrolló la vida de L. Panero tanto en Astorga como en Castrillo de las Piedras. Utiliza el verso sencillo, casi siempre de ocho u once sílabas, sometido a la férrea disciplina del metro y de la rima en forma de redondillas, cuartetos y sonetos. No se le pueden negar inspiración poética ni acertados logros como las abundantes sinestesias y metáforas logradas. Enhorabuena.

# Caresa

*mucho mas que*  
**campanas**

## OFERTA EXCLUSIVA PARA LA DIOCESIS DE ASTORGA

Refundición de  
campanas o cambio de  
campanas rotas por  
nuevas de igual peso.

Para campanas de 100 Kg

**358 €**

Para campanas de 250 Kg

**894 €**

**Con una garantía de 20 años**



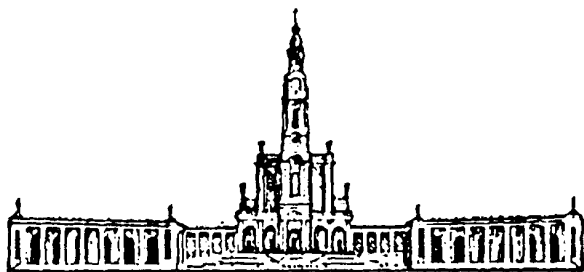
**Caresa**  
campanas

email: [caresa@caresa.es](mailto:caresa@caresa.es)  
www: [www.caresa.es](http://www.caresa.es)



Caresa campanas, C/ Coballo, Parc. 121-Q  
Tel. 983 306 185 • Fax 983 308 597 • 47012 VALLADOLID

**DE INTERÉS PARA PARROQUIAS Y  
ORGANIZADORES DE PEREGRINACIONES**



# *Peregrine a Fátima*

**¡¡NO ALOJAMOS, ACOGEMOS EN FÁTIMA!!!**

Y por confiarnos la gestión y reserva hotelera correspondiente, le ofrecemos como interesantes servicios de la **AGENCIA DE VIAJES PEREGRINACIONES FÁTIMA** (una iniciativa de la «Casa de España» en Fátima), asesoramiento y asistencia permanente, acompañamiento y animación auténtica, ayudándole a descubrir lo que Fátima encierra.

Al organizar sus peregrinaciones a FÁTIMA, beneficiese de precios hoteleros muy interesantes.

**CONSÚLTENOS, por favor.**



## **INFORMACIÓN**

Por correo a través del Apartado de Correos nº 8 de 2496 Fátima (Portugal)  
TELÉFONO: (00 351 249) 53 23 87 • FAX 53 27 67 • MÓVIL, EMERGENCIA Y PERMANENTE: 351 917 246114  
[www.fatimavirtual.com/CAESFA](http://www.fatimavirtual.com/CAESFA) • [caesfa@netc.pt](mailto:caesfa@netc.pt)



**SONLECA, S.L.**  
COMUNICACIONES

**UNE UDE**

**BOUYER**

Canónigo Juan de Grajal, 3 bajo 24007 LEÓN Tfno./ Fax 987 807 648 - 649 822 370

EMAIL. [sonleca@usuarios.retecal.es](mailto:sonleca@usuarios.retecal.es)

[sonleca6@hotmail.com](mailto:sonleca6@hotmail.com)

[www.iespana.es/sonleca](http://www.iespana.es/sonleca)



**SOMOS ESPECIALISTAS EN SONORIZACIÓN, C.C. TV,  
INTERFONÍA Y COMUNICACIÓN EN GENERAL**

Realizamos Estudios, Demostraciones y Presupuestos.  
Sin compromiso por su parte.



**SOLAMENTE**



**TRABAJAMOS**



**LAS**



**PRIMERAS**

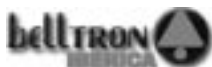


**MARCAS**



**Y AHORA, EN DIRECTA COLABORACIÓN CON UNO DE LOS FABRICANTES  
MAS ACREDITADOS DEL SECTOR, Y CON LA GARANTIA DE SONLECA, S.L.  
LES OFRECEMOS:**

- ELECTRIFICACIÓN DE CAMPANAS.
- CARILLONES ELECTRÓNICOS.
- RELOJES.
- CAMPANAS Y TODO TIPO DE ACCESORIOS.
- TRABAJOS DE MECANIZADO Y FUNDICIÓN, DERIVADOS.





Ctra. Madrid-Coruña nº 145 – ASTORGA (León)  
987 602 236 / 696 555 435 / [procesoarte8@procesoarte8.com](mailto:procesoarte8@procesoarte8.com)

# *Z.L. Martín* **VIDRIERAS ARTÍSTICAS DE GALICIA**

*Desde 1.963 trabajando para toda España.*



Diseño, Fabricación, Restauración e Instalación de Vidrieras.  
Blindaje de protección para vidrieras antiguas.

Grabados al ácido, en oro y plata.

Vidrio industrial y espejos.

Cerramientos con vidrio de seguridad y templado para pórticos,  
claustros y cubiertas.

Carpinterías de acero, aluminio y PVC.

Calle Palomar 28. 15004 A Coruña

Tlf. 981.90 88 80

[www.vidrierasartisticasdegalicia.com](http://www.vidrierasartisticasdegalicia.com)

[info@vidrierasartisticasdegalicia.com](mailto:info@vidrierasartisticasdegalicia.com)





Marta Eva Castellanos Prieto

Diplomada en Restauración y  
Conservación de Bienes Culturales  
Licenciada en Historia del Arte  
Perito Judicial en Antigüedades

Tel. 615 858 080

Urbanización Las Lomas, 25  
24228 Valdefresno (León)  
marteva@hotmail.es



### **ORACIÓN DEL PAPA FRANCISCO POR LAS FAMILIAS**

Jesús, María y José  
en vosotros contemplamos  
el esplendor del verdadero amor,  
a vosotros, confiados, nos dirigimos.

Santa Familia de Nazaret,  
haz también de nuestras familias  
lugar de comunión y cenáculo de oración,  
auténticas escuelas del Evangelio  
y pequeñas Iglesias domésticas.

Santa Familia de Nazaret,  
que nunca más haya en las familias episodios  
de violencia, de cerrazón y división;  
que quien haya sido herido o escandalizado  
sea pronto consolado y curado.

Santa Familia de Nazaret,  
que el Sínodo de los Obispos  
haga tomar conciencia a todos  
del carácter sagrado e inviolable de la familia,  
de su belleza en el proyecto de Dios.

Jesús, María y José,  
escuchad, acoged nuestra súplica. Amén